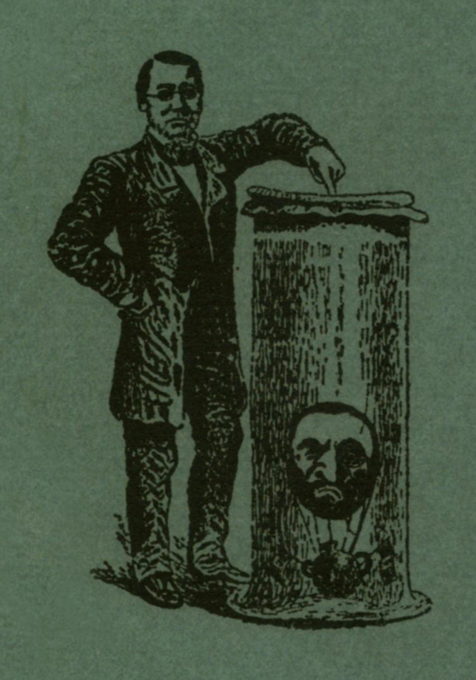
HISTORIA MEXICANA

44



EL COLEGIO DE MEXICO

EL COLEGIO DE MÉXICO

acaba de publicar

FUENTES DE LA HISTORIA CONTEMPORÁNEA DE MÉXICO

Libros y folletos

Estudio preliminar, ordenamiento y compilación de

LUIS GONZÁLEZ

con la colaboración de

GUADALUPE MONROY, LUIS MURO Y SUSANA URIBE

TRES VOLÚMENES

LXXXIII + 527, 682, 652 páginas
(24,078 fichas bibliográficas)

Distribuido por

FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

AV. DE LA UNIVERSIDAD 975 MÉXICO 12, D. F.

APARTADO POSTAL 25975

Ya está a la venta

EL TOMO V

de la

HISTORIA MODERNA DE MEXICO

EL PORFIRIATO:

Vida política exterior

(Primera Parte)

por

DANIEL COSÍO VILLEGAS

XXXIII + 813 páginas, 38 ilustraciones, $ 125.00

Editorial HERMES

IGNACIO MARISCAL, 41

MÉXICO 1, D. F.

HISTORIA MODERNA DE MÉXICO

Tomos publicados,

La República Restaurada

LA VIDA POLÍTICA:
por DANIEL COSÍO VILLEGAS

LA VIDA ECONÓMICA:
por FRANCISCO CALDERÓN

LA VIDA SOCIAL:
por LUIS GONZÁLEZ Y GONZÁLEZ
EMMA COSÍO VILLEGAS
GUADALUPE MONROY

El Porfiriato

LA VIDA SOCIAL:
por MOISÉS GONZÁLEZ NAVARRO

4 hermosos volúmenes empastados

4,000 páginas

400 ilustraciones

$ 560.00

Editorial HERMES

IGNACIO MARISCAL, 41
MÉXICO 1, D. F.



Ediciones de la Universidad

Chiapas indígena, por GERTRUDE DUBY. 49 pp., 138 ils., 4 láms. a color. $ 60.00

Relaciones inter-raciales en América Latina (1940-1960), por JUAN COMAS. 75 pp. $ 12.00

El teatro mexicano en la época de Juárez (1868-1872), por LUIS REYES DE LA MAZA. 249 pp. $ 25.00

La prensa en México. Datos históricos, por RAFAEL CARRASCO PUENTE. Prólogo de MARÍA DEL CARMEN RUIZ CASTAÑEDA. 300 pp., ilustrs. $ 70.00

Historia bibliográfica del Instituto Médico Nacional (1888-1915), por FRANCISCO FERNÁNDEZ DEL CASTILLO. 206 pp. $ 20.00

La canción mexicana. Ensayo de clasificación y antología, por V. T. MENDOZA. 671 pp. $ 70.00

Historiografía soviética iberoamericana (1945-1960), por JUAN A. ORTEGA Y MEDINA. 193 pp. $ 20.00

Picasso grabador. Exposición homenaje a los ochenta años de Picasso. Textos de PICASSO, L. CARDOZA Y ARAGÓN y ÁLVARO CARRILLO GIL. 29 pp. $ 20.00

LIBRERÍA UNIVERSITARIA

Ciudad Universitaria o Justo Sierra Nº 16

México 20, D. F. México 1, D. F.

OTRAS LIBRERÍAS



Ediciones de la Universidad

Libros Recientes

Estudios de cultura maya. Seminario de Cultura Maya. Vol. I. 273 pp. $ 35.00

La constitución real de México-Tenochtitlán, por Alfredo López Austin. 168 pp. $ 30.00

Nacionalismo incipiente en los historiadores coloniales. Estudio historiográfico, por Gloria Grajales. 135 pp. $ 20.00

Introducción al estudio de los virreyes de la Nueva España (1535-1746), por Ignacio Rubio Mañé. Tomo III. 357 pp., láms. $ 40.00

El liberalismo mexicano. III: *La integración de las ideas,* por Jesús Reyes Heroles. 681 pp., ilustrs., $ 70.00

¿Puede ser definida la Revolución Mexicana?, por Rafael Moreno. 50 pp. $ 10.00

Pinotepa Nacional. Mixteca, negros y triques, por Gutierre Tibón. 276 pp. $ 45.00

LIBRERÍA UNIVERSITARIA

Ciudad Universitaria o Justo Sierra Nº 16

México 20, D. F. México 1, D. F.

OTRAS LIBRERÍAS

Revistas Trimestrales

PUBLICADAS POR

EL COLEGIO DE MÉXICO

HISTORIA MEXICANA

Número suelto $ 10.00 en el interior del país y Dls. 1.25 en el extranjero. Suscripción anual $ 32.00 y Dls. 5.00, respectivamente.

Índice de sus primeros diez años. Julio 1951-Junio 1961. **74 pp. $ 5.00; Dls. 0.50.**

FORO INTERNACIONAL

Número suelto $ 12.00 en el interior del país y Dls. 1.25 en el extranjero. Suscripción anual $ 40.00 y Dls. 5.00, respectivamente.

NUEVA REVISTA DE FILOLOGÍA HISPÁNICA

Número suelto $ 20.00 en el interior del país y Dls. 2.00 en el extranjero. Suscripción anual $ 70.00 y Dls. 7.00, respectivamente.

Correspondencia, canje y suscripciones a:

EL COLEGIO DE MÉXICO

Guanajuato 125 México 7, D. F.

Teléfonos: 28-68-61 — 28-71-59

Estudios literarios publicados por

EL COLEGIO DE MÉXICO

ACABAN DE APARECER

Fernán Caballero: ensayo de justificación, por José F. Montesinos. xiii + 178 pp. $ 25.00

Pereda o la novela idilio, por José F. Montesinos. viii + 309 pp. $ 35.00

OTRAS OBRAS

Ortografía castellana, por Mateo Alemán. 120 pp. $ 32.00

La expresión de la irrealidad en la obra de J. L. Borges, por A. M. Barrenechea. 192 pp. $ 17.00

El Unamuno contemplativo, por Carlos Blanco. 300 pp. $ 25.00

Documentos gongorinos, por E. Joiner Gates. 156 pp. $ 23.00

Vida y obra de Guillermo Prieto, por M. D. McLean. 159 pp. $ 24.00

Lírica infantil de México, por V. T. Mendoza. 180 pp. $ 33.00

Julián del Casal y el modernismo hispanoamericano, por J. M. Monner Sans. 276 pp. $ 22.00

La elaboración artística en "Tirano Banderas", por E. Speratti-Piñero. 208 pp. $ 24.00

Publicaciones periodísticas anteriores a 1895, por R. del Valle Inclán. 224 pp. $ 19.00

Distribuidas por

FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

Av. de la Universidad 975 **México 12, D. F.**

Apartado Postal 25975

DOCUMENTOS PARA LA HISTORIA DEL MÉXICO COLONIAL

publicados por

FRANCE V. SCHOLES

y

ELEANOR B. ADAMS

Vol. IV

Información sobre los tributos que los indios pagaban a Moctezuma. Año de 1954

México, 1957, 238-1 pp. $ 200.00

Vol. V

Sobre al modo de tributar de los indios de Nueva España a Su Majestad, 1561-1564

México, 1958, 141 pp. $ 130.00

Vol. VI

Moderación de Doctrinas de la Real Corona administradas por las Órdenes Mendicantes, 1623

México, 1959, 80 pp. $ 100.00

Vol. VII

Cartas del Licenciado Jerónimo Valderrama y otros documentos sobre su visita al Gobierno de Nueva España, 1563-1565

México, 1961, 424 pp. $ 400.00

ANTIGUA LIBRERÍA ROBREDO

Esq. Argentina y Guatemala **Tels. 12-12-85 y 22-20-85**

Apartado postal 88-55 **México 1, D. F.**

VALIOSAS OBRAS

EDITADAS POR UTEHA

AVENIDA UNIVERSIDAD 767
MEXICO 12, D. F.

HISTORIA DE LA ECONOMIA DEL MUNDO OCCIDENTAL, por HARRY ELMER BARNES, Ph. D., Profesor de Historia de la Economía en la New School for Social Research, de Nueva York. Traducción al español por el Profesor ORENCIO MUÑOZ.

Un tomo de 910 + XVI páginas, 23 × 16 cm, 10 mapas fuera de texto (6 de los mismos a color) y 24 fotografías, 40 páginas de índice alfabético. Encuadernado en tela, con estampaciones en plata fina, película roja y sobrecubierta a tres tintas.

ORIGENES DE LA ECONOMIA OCCIDENTAL (SIGLOS IV-XI), por ROBERT LATOUCHE, Decano Honorario de la Facultad de Letras de Grenoble (Francia). Traducción al español por JOSE ALMOINA, Profesor de Historia.

Un tomo de 307 + XIX páginas, 23× 16 cm, 4 mapas y 16 láminas fuera de texto. 10 páginas de Bibliografía, 12 páginas de Indice de nombres y 15 páginas de índice alfabético. Encuadernado en tela, con estampaciones en oro fino, película verde y sobrecubierta a todo color.

EL SOCIALISMO EN EUROPA, por UGOBERTO ALFASSIO GRIMALDI, traducción al español por CARLOS GERHARD, Licenciado en Derecho, primera edición en español.

Un tomo de la colección MANUALES UTEHA, de 17 × 11.5 cm, con 135 páginas, e índice de materias.

LA IDEA LIBERAL, por PANFILO GENTILE, traducción al español por CALOGERO SPEZIALE, primera edición en español.

Un tomo de la colección MANUALES UTEHA, de 17×11.5 cm, con 99 páginas e índice de materias.

EUROPA DESDE 1918 HASTA HOY, por MARIO RIVOIRE, traducción al español por CARLOS GERHARD, Licenciado en Derecho, primera edición en español.

Un volumen de la colección MANUALES UTEHA, de 17× 11.5 cm, con 122 + VI páginas, incluye Indice de materias y tres mapas.

INTRODUCCION A LA ECONOMIA, por JOHN V. VAN SICKLE y BENJAMIN A. ROGGE, Profesores de Economía en el Wabash College, de Indiana, U.S.A., traducción al español por ANGEL GAOS, Licenciado en Derecho.

Un volumen de 801 páginas, 23 ×16 cm, encuadernado en tela, con estampaciones en plata fina y película roja, 15 páginas de índice alfabético al final de la obra.

TEORIA GENERAL DE LA ECONOMIA, por el Dr. ANDREAS PAULSEN, Profesor de Economía de la Universidad Libre de Berlín, traducción al español por el Dr. MANUEL SANCHEZ SARTO, Profesor de Carrera de la Escuela Nacional de Economía, de la Universidad Autónoma de México.

Dos tomos, de la serie MANUALES UTEHA, con un total de 307 + VIII páginas, 17 ×11.5 cm, 43 figuras, 7 páginas de índice de materias, 16 páginas de bibliografía, 5 páginas de índice de autores y 16 páginas de índice alfabético.

LA ECONOMIA ANTIGUA, por J. TOUTAIN, ex miembro de la Escuela Francesa de Roma. Director de Estudios en la Escuela de Altos Estudios, en la Sorbona. Traducción al español por el Licenciado JOSE LOPEZ PEREZ.

Un tomo de 316 + XXIV páginas, 23× 16 cm, 6 mapas fuera de texto, 4 páginas de bibliografía, 8 páginas de índice alfabético. Encuadernado en tela con estampaciones en oro fino, película verde y sobrecubierta a todo color.

HISTORIA DE LAS DOCTRINAS ECONOMICAS MODERNAS, por JENNY GRIZIOTTI KRETSCHMANN, traducción al español por CARLOS GERHARD, Licenciado en Derecho.

Un tomo de la colección MANUALES UTEHA de 17× 11.5 cm, con 217 páginas + V, incluyendo índice de materias y bibliografía.

HISTORIA DE LA BANCA, por LEO GOLDSCHMIED, traducción al español de la 2a. edición en italiano por el Lic. ALBERTO PONZANELLI.

Un volumen de la serie MANUALES UTEHA, de 17 × 11.5 cm, con 114 páginas e índice de materias.

PUNTO DE EQUILIBRIO. PERDIDAS Y GANANCIAS, por HOWARD E. Mc. GAUGHY, Bachiller en Artes (Ohio Wesleyan University), Contador Público Titulado (Pennsilvania), traducción al español por JESUS A. VELEZ, Contador Público Titulado (I. P. N. de México), primera edición en español.

Un volumen de la colección MANUALES UTEHA, de 17 ×11.5 cm, con 76 páginas, índice de materias, bibliografía y 11 ilustraciones fuera de texto.

EL COMUNISMO EN EUROPA, por ANTONIO GIOLITTI, traducción al español por CARLOS GERHARD, Licenciado en Derecho, primera edición en español.

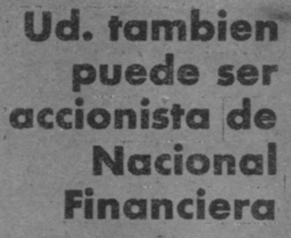
Un tomo de la colección MANUALES UTEHA, de 17×11.5 cm, con 353 + VII páginas, incluyendo índice de materias y bibliografía.

HISTORIA DEL FASCISMO, por GIAMPIERO CAROCCI, traducción al español por CARLOS GERHARD, Licenciado en Derecho. Primera edición en español.

Un tomo de la colección MANUALES UTEHA, de 17 × 11.5 cm, con 114 + IV páginas, incluye índice de materias y resumen bibliográfico.

LA ECONOMIA DE LA UNION SOVIETICA, por LUCIANO CAFAGNA, traducción al español por CARLOS GERHARD, Licenciado en Derecho, primera edición en español.

Un tomo de la colección MANUALES UTEHA, de 17×11.5 cm, con 143 + VIII páginas; incluye índice de materias y dos mapas fuera de texto.







Y ser copropietario de la institución nacional de crédito encargada de coadyuvar al fomento industrial de México, cuyos activos totales ascienden a 9,367 millones de pesos.



LAS ACCIONES DE NACIONAL FINANCIERA SERIE "B"

Se ofrecen a su valor nominal de $ 100.00 cada una.

Ganan el 8% mínimo anual **y un dividendo adicional**

Crecen en su valor con el desarrollo industrial de México.

SUSCRIBALAS EN SU BANCO DE PREFERENCIA. CON SU AGENTE DE BOLSA O EN LAS OFICINAS DE...



ACIONAL FINANCIERA, S.A.

VENUSTIANO CARRANZA 25 MEXICO, D. F.

Banco Nacional de Comercio Exterior, S. A

INSTITUCIÓN DE DEPÓSITO Y FIDUCIARIA

Fundada el 2 de julio de 1937

CAPITAL Y RESERVAS: $ 363.051,714.75

ATIENDE AL DESARROLLO DE IMPORTACIÓN Y EXPORTACIÓN.

ORGANIZA LA PRODUCCIÓN DE ARTÍCULOS EXPORTABLES Y DE LAS EMPRESAS DEDICADAS AL MANEJO DE DICHOS PRODUCTOS.

FINANCIA LAS IMPORTACIONES ESENCIALES PARA LA ECONOMÍA DEL PAÍS.

ESTUDIA E INFORMA SOBRE LOS PROBLEMAS DEL COMERCIO INTERNACIONAL.

VENUSTIANO CARRANZA Nº 32

MÉXICO 1, D. F.

(Publicación autorizada por la H. Comisión Nacional Bancaria en Oficio Nº 601-11-15572)

ALGUNAS OBRAS DE HISTORIA PUBLICADAS POR

EL COLEGIO DE MÉXICO

Estudios de historiografía de la Nueva España, por H. DÍAZ THOMÉ *et al.* 332 pp. $ 28.00

Estudios de historiografía americana, por I. GUTIÉRREZ DEL ARROYO *et al.* 588 pp. $ 26.00

Homenaje a Silvio Zavala: Estudios históricos americanos, por JULIO LE RIVEREND *et al.* 796 pp. $ 46.00

El misoneísmo y la modernidad cristiana en el siglo XVIII, por P. GONZÁLEZ CASANOVA. 230 pp. $ 15.00

Juan de Valdés y el pensamiento religioso europeo en los siglos XVII y XVIII, por D. RICART. 144 pp. $ 16.00

Vida y obra de Guillermo Prieto, por W. MCLEAN. 164 pp. $ 24.00

Índice y extractos de los protocolos del Archivo de Notarías (1524-1553), por A. MILLARES CARLO y J. I. MANTECÓN. 2 vol.: 880 pp. $ 62.00

Estadísticas económicas del Porfiriato Comercio exterior de México (1877-1911). 560 pp. $ 50.00

La colonización en México, por M. GONZÁLEZ NAVARRO. 164 pp. $ 20.00

Distribuidas por

FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

AV. DE LA UNIVERSIDAD 975 **México 12, D. F.**

APARTADO POSTAL 25975

HISTORIA MEXICANA

REVISTA TRIMESTRAL PUBLICADA POR EL COLEGIO DE MÉXICO

Guanajuato, 125. México 7, D. F.

Fundador: Daniel Cosío Villegas

Redactores: Emma Cosío Villegas, Luis González, Moisés González Navarro, Guadalupe Monroy, Luis Muro, Berta Ulloa, Susana Uribe, María del Carmen Velázquez.

VOL. XI — ABRIL-JUNIO, 1962 — NÚM. 4

SUMARIO

ARTÍCULOS:

TESTIMONIOS:

ARCHIVOS:

NUESTRA VIÑETA: De *La Orquesta,*
Tomo III, 7 de mayo de 1862, No. 3

HISTORIA MEXICANA aparece el 1º de julio, octubre, enero y abril de cada año. El número suelto vale en el interior del país $ 10.00 y en el extranjero Dls. 1.25; la suscripción anual, respectivamente, $ 32.00 y Dls. 5.00.

Impreso y hecho en México
Printed and made in Mexico
por
GRÁFICA PANAMERICANA, S. DE R. L.
Parroquia 911, Esq. Nicolás San Juan, México 12, D. F.

LA MISIÓN DE MR. PICKETT

José FUENTES MARES

MIENTRAS LOS ESTADOS DEL SUR adoptaban definidas medidas bélicas, en Washington la administración del presidente Buchanan boqueaba, y moría por fin de muerte natural. Si un presidente, en todas partes, no pasa de ser figura decorativa durante los meses últimos de su gestión, puede juzgarse cuál sería la situación de Buchanan en aquellos días previos al 4 de marzo de 1861, en que hizo entrega del poder. Esclavista y sudista por convicción, Buchanan había carecido de fuerza para ganar la simpatía franca del sur, en tanto que los republicanos, como era de esperarse, le hacían objeto de nada piadosos comentarios. Los representantes del Norte en el Congreso, hacia diciembre de 1860, pensaban que si los acontecimientos se desencadenaban finalmente en la forma esperada, se justificaría la necesidad de colgarlo,[1] en tanto que los prohombres del Sur desconfiaban de él, y en aquellos días se veía a sus agentes rondar por las inmediaciones de su casa, a modo de que no pudiera olvidar que le tenían en su poder.[2] Pero los temores surianos eran infundados. Hubbard, un amigo de Lincoln, tenía razón cuando suponía que el presidente se encontraba absolutamente de acuerdo con el Sur en punto al problema secesional. "Se me ha dicho por personas de gran distinción, y por alguien que ha regresado recientemente de Washington —escribió Hubbard a Lincoln— que Mr. Buchanan se ha comprometido no sólo a no oponerse a la secesión de cualquier Estado suriano, sino a prestarle su apoyo inclusive. Este es un hecho indiscutible a los ojos de los Estados algodoneros, y de aquí su prisa por consumar la secesión inmediatamente." [3]

Al finalizar 1860, la situación de Buchanan resultaba desesperada. Sin prestigio ni poder en lo político, con un "black republican" en calidad de sucesor, y sobre todo, encima, con el problema de la secesión de Carolina del Sur. El día último del año hizo de tripas corazón y se dirigió al

Congreso, para leer su cuarto y último mensaje anual. No se resolvió a defender abiertamente al Estado rebelde, pero tampoco se atrevió a proponer medidas en su contra. En plena acrobacia constitucional, inclinado a la causa que compartía su corazón, aseguró que ningún Estado tenía el derecho de separarse de la Unión, pero al mismo tiempo agregó que el Gobierno federal carecía de facultades legales para mantener a un Estado dentro de la Unión.[4] Gracioso galimatías que Mr. Seward glosó poco después, agudamente, al escribir: "Es deber del presidente ejecutar las leyes, a menos de que alguien se oponga. Y es claro que ningún Estado tiene el derecho de separarse de la Unión, a menos de que así lo decida." [5]

Bajo la tormenta que se cernía sobre la capital federal y el país entero, Buchanan entregó el poder y se fue a su casa, a escribir la defensa de su administración. Entonces pronunció Lincoln su discurso inaugural, en el plano del gran lógico y gran orador que era. Su palabra quiso ser aceite sobre las aguas broncas, y quedó en voz de solitario. Quiso ser un gran político cuando la política se encontraba atropellada por la fuerza, e hizo un llamado a la concordia cuando el odio cerraba el horizonte y la discordia corría por el viento. Hizo cuanto pudo, cuanto sabía que era inútil hacer. Finalmente, dejó la responsabilidad de la paz bajo la cuenta exclusiva de los hombres del Sur. Todas las guerras de la historia han pendido de un hilo, que alguien ha cortado bajo su responsabilidad. Si allí la guerra pendía también de un hilo, los hombres del Sur tendrían que cortarlo. Y lo cortaron. El hilo se llamaba Fort Sumter, en la Bahía de Charleston.

En el mes de diciembre anterior, Buchanan había llegado a un acuerdo con los representantes de Carolina del Sur en el Congreso, acuerdo absurdo, producto a la vez de su conflicto personal ideológico, y de la prisa que tenía por salir de sus responsabilidades. El convenio se reducía, en suma, a la promesa de no avituallar los fuertes de la Bahía de Charleston en tanto que las fuerzas del Sur se abstuvieran de atacarlos. En otras palabras, que las guarniciones tendrían que rendirse o morir de hambre,[6] sin quedarles otra alternativa. El convenio era tan idiota que el pobre de Buchanan, bajo la presión

nordista, tuvo que dar marcha atrás, y al mes siguiente mandó provisiones de boca al Fuerte Sumter, cuya entrega frustraron los soldados de Carolina del Sur. Aquí estaba ya el "casus belli", de bulto, pero Buchanan pasó por alto el atentado y se sometió una vez más: ya sólo le importaba que llegara el 4 de marzo para irse a su casa.

Lincoln, por supuesto, aunque en principio opuesto a la idea de la guerra, no podía transigir con una situación como esa. Buscó todavía una solución política, y el 8 de abril se dirigió al gobernador Pickens, de Carolina, advirtiéndole que proporcionaría provisiones de boca a la guarnición de Fort Sumter, pero que se abstendría de enviar refuerzos de hombres o materiales de guerra. La medida no podía ser más conciliadora, pero el Sur no estaba ya para tales refinamientos. En respuesta a la nota de Lincoln, el gobierno de Montgomery dio instrucciones al general Beauregard para que al frente de siete mil soldados confederados, acantonados en Charleston, reclamara la rendición del Fuerte, que se consumó al siguiente día. El 15 de abril, Lincoln llamó a filas a 75,000 hombres, y proclamó el estado de guerra entre los Estados Unidos y los Estados Confederados de América.[7] Rechazaba, por supuesto, el presunto derecho constitucional a la secesión. Si las leyes de la federación no se cumplían espontáneamente, él acudiría a la fuerza para hacerlas observar. Lincoln, el gran político, no había podido evitar la guerra, pero lograba por lo menos el otro de sus fines: con su ataque sobre Fort Sumter, el Sur cargaba con la responsabilidad moral de la gran contienda.

EN EL MOMENTO DE ESTALLAR LA GUERRA, el Norte y el Sur eran ya en realidad dos países perfectamente diferenciados. Desde el punto de vista territorial ocupaban áreas semejantes, pero el índice demográfico, en cambio, nada bueno auguraba a la causa del Sur, con sus nueve millones de habitantes —casi cuatro de los cuales eran negros—, frente a veintidós millones de norteños. El Sur tenía sus ventajas, por supuesto, pero todas insuficientes: una mejor agricultura, un espíritu bélico más vivo, y sobre todo, esta sí mayúscula, la de poder hacer la guerra defensiva.[8] El Norte, para vencer, tenía que

llevar sobre el Sur una verdadera guerra de conquista. El Sur, para vencer, no tenía que derrotar y conquistar al Norte. Tenía sólo que conservar más o menos sus posiciones, hasta convencer al enemigo de que la única salida honorable sería la del reconocimiento de la secesión.

Posiblemente fueron las tres ventajas que envalentonaron a los estadistas surianos. Pasaron por alto el creciente poderío industrial del Norte. Pasaron por alto que el Norte podía fabricar sus propios pertrechos militares, en tanto que ellos tendrían que adquirirlos en el extranjero. Olvidaron que de su enorme cosecha de algodón industrializaban menos que un tres por ciento, lo que significaba que la industria textil del Sur, en su conjunto, beneficiaba la materia prima en cuotas inferiores a las de una sola ciudad del Norte, la de Lowell, Massachusetts, por ejemplo.[9] No prestaron atención al hecho de que una sola ciudad del Norte —Nueva York— se acercaba entonces al millón de habitantes, y que la Unión producía hierro, textiles, calzado, implementos de labranza, y empacaba productos alimenticios, y construía naves comerciales y de guerra. Que el Norte contaba con las tres cuartas partes del kilometraje total de líneas férreas construidas en el país hasta 1860, y que el índice de analfabetismo suriano —hasta un 15 % de la población—, contrataba con el medio por ciento de regiones como Massachusetts. Pero sobre todo la gran disparidad industrial. Al principiar la guerra, sólo el Estado de Nueva York producía el doble, en valor de productos manufacturados —y Pennsylvania casi el doble— que el total de los Estados Confederados. El Norte producía, sobre el Sur, en la relación de doce a uno.[10]

En la primavera de 1861, la sola sospecha de estas cifras disipaba la duda acerca de quienes tendrían que vencer, pero entonces las pasiones velaban su significación. Nadie dudaba de la victoria en el Norte. Nadie dudaba de la victoria en el Sur. Sólo que el primer gran encuentro distó de confirmar las previsiones de los datos estadísticos. Bajo la presión de la opinión pública, y sin la suficiente instrucción militar, treinta mil hombres del Norte, al mando del general McDowell, cruzaron el Potomac en su marcha sobre Richmond, la nueva

capital confederada. A treinta y cinco millas al sur-oeste de Washington, en un punto llamado Manassas Junction, el general Beauregard, el vencedor de Fort Sumter, acantonaba veintidós mil hombres. Muy cerca, en el valle Shenandoah, el general confederado Johnston tenía bajo sus órdenes nueve mil más. Un choque entre fuerzas iguales numéricamente. Las armas también iguales. La decisión correría, entera, por cuenta del mejor espíritu bélico y de la mejor organización.

El 21 de julio se consumó el gran encuentro, sobre el riachuelo llamado Bull Run. Primero se peleó bien y tenazmente por ambas partes, pero cuando inesperadamente irrumpieron en el campo los nueve mil hombres de Johnston, los reclutas del Norte se entregaron a la fuga. Vergonzosamente abandonaron armas y material de guerra, y corrieron en busca del refugio del Potomac. Jefferson Davis, personalmente, estuvo presente en la última fase de la batalla. El Secretario de Estado confederado informaba ese día de quince mil bajas nordistas, entre muertos y heridos. También informó que toda la artillería, provisiones de boca y municiones del ejército de McDowell se encontraban en manos confederadas, más una bandera de los Estados Unidos.[11]

La capital de los Estados Unidos, aterrorizada, contempló durante dos días el regreso de los fugitivos, y el Gobierno llegó incluso a pensar en abandonar la ciudad. Pero los vencedores no supieron capitalizar la victoria, y Washington se salvó. Engolosinados, se dedicaron a escribir el nombre de Bull Run en la historia. Nada más. Como tantos otros vencedores, antes y después.

UNA NACIÓN NUEVA, nada inesperada, emergía de la Convención de Montgomery, un mes justo antes de que Abraham Lincoln, en Washington, ocupara la Presidencia de los Estados Unidos. El 9 de febrero, fue designado presidente del gobierno provisional de los Estados Confederados el famoso Jefferson Davis, y en su discurso inaugural, entre otras muchas cosas interesantes, dijo:

> Hemos logrado nuestra actual situación política en forma que en la historia de las naciones carece de precedentes, proporcionando

un ejemplo vivo de la idea americana de que los gobiernos se fundan en el consentimiento de los gobernados, y que en el pueblo radica la potestad de modificarlos o suprimirlos a discreción, cuando esos gobiernos llegan a ser contrarios a los fines para los que se constituyeron... Los Estados soberanos, aquí representados, han procedido a formar esta Confederación, y es un abuso de lenguaje hablar de una revolución para señalar un acto de esta naturaleza. Cierto que forman una nueva alianza, pero el gobierno se conserva dentro de cada Estado... Ha cambiado el intermediario mediante el cual mantenían relaciones con las naciones extranjeras, sin que por ello deban interrumpirse necesariamente dichas relaciones... Ansiosos de cultivar la paz y el comercio con todos los pueblos, podremos por lo menos, si no evitar la guerra, si confiar que la posteridad nos releve de la responsabilidad de habernos comprometido en ella innecesariamente.[12]

En Davis, como en Lincoln, se observa idéntica preocupación a liberarse de la responsabilidad que pudiera imputárseles, como causantes de la guerra, pero en el mensaje del presidente de los Estados Confederados se hacía notable, además, la decisión de echar las bases de las relaciones internacionales del nuevo país, y ello sin dilación, al mismo tiempo que se ajustaban las apremiantes cuestiones domésticas.

La política exterior de los Estados Confederados tenía dos metas definidas: en primer lugar el reconocimiento del nuevo gobierno por parte de las potencias europeas —Inglaterra y Francia sobre todo—, y luego la conclusión de una alianza ofensiva y defensiva con el gobierno de México. Sólo en el caso de que una alianza de esta naturaleza resultara imposible, la diplomacia confederada reducía sus pretensiones al simple aseguramiento de *la neutralidad mexicana.* Sin contar con dicha neutralidad por un lado, y por el otro con el reconocimiento anglo-francés, no era posible emprender más ambiciosas aventuras en punto a relaciones exteriores.

El 16 de marzo, un mes escaso después de haberse organizado el gobierno, el secretario de Estado Mr. Robert Toombs instruyó a William L. Yancey, Pierre Rost y A. Dudley Mann para que, con el carácter de comisionados especiales de los Estados Confederados de América, desempeñaran en Europa la misión que les confiaba el presidente. A la misión se atribuían los siguientes objetivos:

a) Informar a aquellos gobiernos —al de Inglaterra principalmente—, que los Estados Confederados habían asumido de nuevo los poderes anteriormente delegados en el Gobierno Federal para el logro de fines específicos, bajo el pacto conocido como Constitución de los Estados Unidos de América.

b) Comunicar la formación de un gobierno independiente, cabal en cuanto a sus funciones, y dotado de los atributos necesarios para ocupar un lugar entre las naciones de la tierra; y

c) Reclamar el reconocimiento, como independiente, que se debe a todo pueblo capaz de gobernarse a sí mismo, y dotado con la fuerza necesaria para hacerse respetar, negociando finalmente tratados de Amistad, Comercio y Navegación con dichos países, al obtenerse el reconocimiento oficial.[13]

Dos meses después —México resultaba menos importante que Inglaterra y Francia—, el secretario de Estado Robert Toombs extendía nombramiento e instrucciones en favor de John T. Pickett como "agente del gobierno de los Estados Confederados cerca del gobierno de México". A la misión de Pickett se asignaba como objeto fundamental la conclusión de una alianza entre ambos países, que a juicio de Jefferson Davis se encontraba abonada por razones de toda índole. Al tanto de las precarias relaciones que el gobierno mexicano mantenía con los de Francia e Inglaterra, y por supuesto al corriente del rompimiento con España, que aparejaba la nada vaga amenaza de un conflicto armado, Jefferson Davis conocía también las metas que Juárez perseguía con el Tratado McLane-Ocampo, la más importante de las cuales, prevista por la Convención anexa, consistía en la conclusión de una alianza ofensiva y defensiva con los Estados Unidos, destinada a que México pudiera contrarrestar, con el auxilio americano, los planes intervencionistas europeos. El mismo Davis fue testigo en Washington, sólo un año antes, de cómo influyó sobre todo, en el rechazo del Tratado y la Convención Mc Lane-Ocampo por parte del Senado, el riesgo de que las obligaciones bilaterales consignadas en la Convención pudieran arrastrar a los Estados Unidos a un conflicto bélico con las naciones europeas, y en defensa de los intereses mexicanos. El presidente de los Estados Confederados de América distaba de ser un político improvisado, y tampoco era un memo.

Precisamente al hecho de encontrarse enterado de las urgencias mexicanas ha de atribuirse la oferta nada velada, deslizada en las instrucciones de Pickett, que apenas ocultaba su condición de cebo y anzuelo:

> Si los Estados Confederados tuvieran que defender a México contra cualquier invasión extranjera, es obvio que podrían hacerlo con mayor eficacia y rapidez que cualquiera otra nación distante.[14]

Esta verdadera promesa, contenida en el memorándum a Pickett, ofrecía una garantía a los viejos temores de Juárez en punto a la intervención europea —española principalmente— en los asuntos de México, a cambio de contrarrestar las maniobras de Washington que sin duda procuraban también, en aquel momento, asegurar una alianza con el gobierno mexicano.

Ésta era la meta, el fin a la vez ideal y fundamental. Pero era preciso contar también con la posibilidad de que el gobierno mexicano, por muy explicables temores, no accediera a concertar la alianza propuesta. Entonces el agente se conformaría con asegurar el segundo de los objetivos, o sea el de una garantía de neutralidad frente al conflicto que se ventilaba en los Estados Unidos. En este caso, trataría de conseguir que México hiciera extensivos, a los confederados, los beneficios y privilegios contenidos en los Tratados celebrados entre su gobierno y el de los Estados Unidos.

Para concertar una alianza entre ambos pueblos, abundaban las razones en opinión de Jefferson Davis:

> Ambos pueblos —se lee en el memorándum a Pickett— se ocupan principalmente en labores agrícolas y mineras, siendo por lo mismo homogéneos sus intereses. Por otro lado, la institución de la esclavitud doméstica en un país, y la del peonaje en el otro, establecen entre ellos tales semejanzas en sus respectivos sistemas de trabajo, que bastarán para evitar que se propenda, de una u otra parte, a descuidar los intereses o sentimientos de la otra.[15]

En suma: que la misión que se encomendaba a Mr. Pickett no podía resultar más flexible: reclamar el reconocimiento de los Estados Confederados, en el caso de considerarlo viable, y

no hacerlo en el contrario; proponer una alianza entre ambos países, si la estimaba hacedera, y no tocar el asunto, también en el caso contrario. Pero algo era importante, absolutamente fundamental: asegurar la neutralidad mexicana durante la contienda. La sola idea de que tropas de la Unión pudieran cruzar por territorio mexicano, y atacar a los confederados por la espalda, ponía fuera de quicio a Jefferson Davis.

Todo lo flexible que se quiera en relación con las diversas cuestiones diplomáticas planteadas en su memorándum, Mr. Pickett tenía que mostrarse inflexible en punto al problema de la neutralidad. Para asegurarla tendría que valerse de todos los medios, sin que mal fundados escrúpulos le hicieran torcer su camino al objetivo propuesto. El memorándum concluye maliciosamente:

> Al Agente se le proporcionarán medios suficientes para que mantenga su decoro diplomático y se allegue colaboradores de fiar, así como para que pague los informes importantes que se le proporcionen, y otros servicios secretos, cuando sólo por ese medio pueda obtenerlos. Un millón o cosa así, empleado juiciosamente, basta para comprar el reconocimiento diplomático de aquel Gobierno. Los mexicanos no pecan por exceso de escrúpulos (overscrupulous), y nuestra misión actual no consiste en mejorar su moralidad.[16]

JOHN T. PICKETT, típico caballero del Sur, moralmente muy semejante a su gran amigo, el antiguo ministro de los Estados Unidos en México, Mr. John Forsyth, cuya recomendación debió tener alguna influencia en su nombramiento,[17] partió de Montgomery con destino a Veracruz, portador además de una carta credencial de Jefferson Davis para Benito Juárez, que como todas las de su género presentaba al agente de los Estados Confederados de América, y solicitaba del gobierno mexicano que se le recibiera y diera el trato que, a la recíproca, se proporcionaría a los agentes que México acreditara cerca del gobierno de los Estados Confederados.[18]

El 12 de junio se encontraba ya en Veracruz Mr. Pickett, pues lleva esta fecha la extensa nota que dirigió al ministro de Relaciones José María Mata, previa advertencia del carácter exclusivamente privado de la misma. El texto de Mr.

Pickett, en cierta medida cauto y astuto, podría incluso ser calificado de inteligente si, como premisa previa, reconociésemos la imbecilidad de los demás. Pretende el agente, en pocas palabras, pasar a la ciudad de México para establecer allí, con el gobierno, relaciones de amistad y buena vecindad. Pero claro, tampoco desea exponerse a un frentazo. Primero quiere conocer la opinión de Mata acerca de la viabilidad de su misión:

> Si mi misión ha de ser inútil —escribe Pickett con seráfica ingenuidad—, aunque no pretende mucho más que anunciar a un vecino inmediato el nacimiento de una nueva nación, no me inspira gran entusiasmo afrontar ni los riesgos del camino, ni el fatal tifo de la ciudad de México.[19]

Aprovecha la ocasión, por supuesto, para enhebrar una serie de consideraciones acerca del movimiento separatista de los Estados Confederados, cuyos orígenes han de buscarse en los mismos motivos que produjeron las luchas intestinas de México, a saber: la defensa de la soberanía de los Estados en contra de las usurpaciones del gobierno central. Partiendo del principio de que "el derecho de gobernar se funda en el consentimiento de los gobernados, no hemos hecho más que imitar el ejemplo de nuestros vecinos mexicanos",[20] concluye Pickett, sin que la monstruosidad del elogio le hiciera temblar el pulso. Insiste una y otra vez en que los Estados Confederados no luchaban por imponer su dominación sobre los Estados del Norte, sino sólo por impedir que éstos se impusieran a ellos. Pinta luego en los colores más vivos la amenaza del "atroz despotismo" y concluye campanudamente: "nosotros no lo tememos, pero ¿qué será de Hispanoamérica cuando la intolerancia puritana y la intromisión yanqui cubran el hemisferio?" Y al presentar a Mata sus condolencias por el asesinato de Melchor Ocampo: "¡qué rotunda semejanza entre el partido de la Iglesia en México, y los puritanos del Norte. Podría decirse que los extremos se tocan!" [21]

Hacía bien el agente confederado al forzar su dialéctica hasta tales extremos, pero desgraciadamente padecía una grave pasión epistolar, hasta el grado de que, una vez en sus

manos, dejaba correr la pluma sin miramientos. Para cualquier hombre con mediana sensibilidad política, colocado en el desempeño de un puesto como el suyo, la historia de las relaciones diplomáticas entre México y los Estados Unidos tenía que caer en el dominio de lo prohibido. Ante el riesgo de recordar el pasado, habría retrocedido cualquier principiante en cuestiones diplomáticas, pero no ciertamente Mr. Pickett:

> ¿Quién fue el primero en reconocer a México el derecho de país beligerante? —exclama— Un Presidente de Virginia. Quien fue el primero en reconocer su independencia absoluta? Un Presidente de Tennessee, un Senador de Kentucky, y un enviado de Carolina del Sur. En las últimas épocas, al triunfo del Plan de Ayutla, el General James Gadsden, de Carolina del Sur, Ministro Plenipotenciario de los Estados Unidos, abandonó la ciudad de México para ir a abrazar, en Cuernavaca, al General Álvarez.[22]

Mas no se detiene aquí, por supuesto. Una vez con la pluma en la mano, no hay poder humano que pueda frenarlo. Sigue, y con el mayor desembarazo alega, como servicios, todos los actos que México hubiera podido esgrimir como ofensas.

> ¿Y Forsyth? ¿Y McLane?, preguntaba todavía. En cambio ¿quiénes echaron abajo los tratados de Forsyth y de McLane? A usted, mi querido amigo, no necesito decir que tal fue la obra de los Sedores yanquis. Pero admito que me estoy volviendo prolijo. . .[23]

Lo que se estaba volviendo Mr. Pickett era otra cosa. Un poco tonto, por ejemplo. Por grande que fuera la pasión americana de hombres como José María Mata, no era menos cierto que mencionar en México la labor diplomática de los hombres del Sur equivalía, por lo menos, a nombrar la soga en la casa del ahorcado. Mata dio cuenta a Juárez con la nota privada de Mr. Pickett, y el presidente resolvió contemporizar. Tampoco era aconsejable dar al agente confederado con la puerta en las narices. Con la habilidad nata del político, Juárez sabía que cuando las agudas crisis se presentan, es un buen procedimiento hacer que choquen las fuerzas enemigas, para obtener, del choque, resutados medios.

Una de esas fuerzas se encontraba, y actuaba ya poderosamente en la capital: Mr. Thomas Corwin, nuevo ministro de los Estados Unidos. ¿Por qué, pues, no dejar franco el paso al otro, al confederado? Cierto que podría provocar algunos embarazos al gobierno, pero era también indudable que serían mayores los beneficios si se le manejaba juiciosamente. Vistas así las cosas, Mata contestó el 19 de junio: reconocía en primer lugar cuán difícil resultaba la misión del agente de los Estados Confederados; agregaba que, de momento, el gobierno mexicano no se encontraba en condiciones de resolver satisfactoriamente los asuntos que el mismo agente planteaba, y concluía autorizándole a pasar a la ciudad de México, donde se le atendería y serviría en la medida posible.[24] Nada en suma: la clásica "salida" de un político.

En Washington, mientras tanto, hacía largos meses que nadie descansaba, ni William H. Seward, el providencial hallazgo de Lincoln para el Departamento de Estado, ni el tenaz Matías Romero. Con la mira puesta en su fin primordial —desbaratar los planes confederados sobre México—, Lincoln había estudiado con todo cuidado el nombramiento de un nuevo ministro para este país. Pensó en alguien cuyo solo nombre sirviera, a la vez que para escandalizar en los Estados del Sur, para que México lo recibiera como testimonio del cambio radical que se operaba en el rumbo de la diplomacia norteamericana, y en su favor mandó extender el nombramiento. El hombre era Thomas Corwin, de Kentucky, famoso catorce años antes, cuando en el Senado de los Estados Unidos criticó vigorosamente la guerra que el presidente Polk había llevado a México, oponiéndose además a la autorización de nuevos fondos para fines militares.

> Licenciemos nuestros ejércitos —dijo Corwin entonces—, hagámoslos volver inmediatamente dentro de nuestros límites reconocidos; demostradle a México que sois sinceros cuando decís que no deseamos quitarle nada por conquista... hagamos, en este templo consagrado a la república, una solemne lustración: lavemos de nuestras manos la sangre mexicana, y sobre estos altares, en presencia de esa imagen del padre de la Patria que nos contempla desde lo alto, juremos conservar una paz honrosa con todo el mundo.

El 6 de abril, con ventaja de mes y medio sobre los confederados, se entregaron a Mr. Corwin las instrucciones para su misión. Jamás habían salido del Departamento de Estado conceptos como los que se comunicaban ahora al nuevo ministro. Por primera vez se dejaba en paz el viejo asunto de las reclamaciones, que había proporcionado hasta entonces —y que proporcionará después— el tema conflictivo de las relaciones entre ambos países,[25] para ocuparse de los designios agresivos de la Confederación en primer término, y luego de los proyectos intervencionistas de las potencias europeas. Era preciso convencer al gobierno mexicano de que en la guerra civil no se ventilaban intereses locales de los Estados Unidos, sino cuestiones que afectaban el futuro de todos los pueblos de América, y particularmente del país vecino:

> El triunfo del gobierno de los Estados Unidos —decía Seward—, puede depender en pequeña parte de la acción del Gobierno y el pueblo mexicanos. El Presidente de México no puede dejar de ver que lejos de aprovechar a su país la destrucción o debilitamiento de la autoridad federal (en los Estados Unidos) esto no podría sino exponerle a terribles peligros. Por otra parte, la continuación de la anarquía en México debe ser necesariamente un atractivo para los que conspiran contra la Unión, estimulándoles a buscar su engrandecimiento a costa de conquistas en México, y en otros territorios de la América española... La organización de un gobierno distinto en la parte de la Unión que linda con México, sería más perjudicial para este país que para los Estados Unidos.[26]

Allí mismo, el argumento fundamental:

> Interesa a las naciones de América ser amigas por la misma razón que son vecinas, y prestarse ayuda y apoyo las unas a las otras, en la medida compatible con la soberanía que cada una disfruta, tanto en contra de actividades tendientes a su desintegración interna como en contra de influencias extranjeras, más allá de sus fronteras.[27]

Éste era un lenguaje que tenía que sonar como música celestial en los oídos de Juárez. Catorce meses antes, sólo para obtener una declaración como esa, el Benemérito se había sometido a las indignas estipulaciones del Tratado McLane-Ocampo. Y no la consiguió, a pesar de lo que cedió entonces. Ahora, por el vuelco en los acontecimientos domés-

ticos, Lincoln se la mandaba gratis. En el arranque mismo de la guerra, a sólo seis días de que sobre Fort Sumter principiaran a caer las bombas confederadas, Washington modificaba, a fondo, su política mexicana...

En los Estados Confederados, por supuesto, no se conoció el texto de las instrucciones de Mr. Corwin, pero si el hecho de su nombramiento, y el escándalo se armó en Montgomery tal y como Lincoln lo tenía previsto. Ya en las instrucciones a Pickett se le decía que hiciera ver al presidente Juárez que los Estados Confederados observaban, "con sorpresa", que el gobierno de Washington "no había vacilado" en nombrar ministro plenipotenciario, cerca del gobierno de México, a un hombre "infamado en su propio país, y en el extranjero, como traidor notorio", agregando que dicho nombramiento resultaba "insultante para la dignidad mexicana" y que la sola negociación de un Tratado con una persona como Mr. Thomas Corwin, aunque afectase "en grado mínimo" los intereses de los Estados Confederados, "sería vista como particularmente ofensiva para con los mismos".[28] Todo esto dijo Mr. Pickett a Mata en cuanto pisó tierra mexicana.[29] Tal parecía que los confederados se proponían colocar en un pedestal la figura de Mr. Corwin. Si en los Estados Unidos se le había llamado traidor por el hecho de defender a México frente a una guerra injusta, ni a un principiante en diplomacia se le podría haber ocurrido continuar llamándolo de ese modo, en México, y por el mismo motivo. Pero tan extraordinaria idea cupo en el cerebro de los hombres del Sur. Es frecuente que la idiotez tenga como función completar, y hacer más notable, la obra de la inteligencia.

Don Matías Romero, por su parte, no descansaba en Washington. El 25 de febrero había ido a la Casa Blanca para despedirse de Buchanan, y manifestarle su gratitud "por los buenos servicios que prestó a México en circunstancias difíciles, y las cuales contribuyeron a la pacificación de la República",[30] pero unos días antes había tomado el tren para Springfield, donde se encontraba el presidente electo. En una nota del 19 de enero nos relata su charla con Mr. Lincoln:

Me dijo... que durante su administración procurará hacer todo lo que esté a su alcance en favor de los intereses de México, y que se le hará entera justicia en todo lo que ocurra, y que se le considerará como una nación amiga y hermana. Me agregó que no creía que nada pudiera hacerlo cambiar de ese propósito... Entonces le dije que México se había congraciado mucho con el triunfo del partido republicano, porque esperaba que la política de ese partido sería más leal y amistosa, y no como la del democrático, que ha estado reducida a quitarle a México su territorio para extender la esclavitud.[31]

El presidente Lincoln sospechaba hasta qué punto la amistad mexicana podría resultar importante para los Estados Unidos, al hacer crisis su querella doméstica. Valía la pena, pues, dejar tendidos los puentes. Cuando Lincoln habló con Romero, era un hecho la secesión de Carolina del Sur, y se insinuaba la Convención de Montgomery y el nacimiento de los Estados Confederados. Se anunciaba la guerra. Nuestro D. Matías, por su parte, jugaba sus cartas como un pillo redomado. En Springfield decía a Lincoln exactamente lo contrario de lo que aseguró a Buchanan, en Washington, unos cuantos días antes. Era cierto, por otra parte, que Mr. Buchanan no merecía tratamiento de caballero. Seguramente el bondadoso oaxaqueño quiso endulzarle la píldora, en el momento amargo de dejar el puesto.

Pero apenas había partido Mr. Corwin, los hombres de Washington adoptaron un plan radical para poner fin al conflicto. Diez días antes de que en Montgomery se nombrara a John T. Pickett para su misión mexicana, William H. Seward mandó llamar a Matías Romero al Departamento de Estado. Era el 9 de mayo, y Washington quería que el gobierno mexicano le concediera un favor. Sólo un pequeño favor. D. Matías Romero reproduce la petición en su estilo seco, de oficinista mal pagado: "7 de mayo. Me dijo (Seward) que tenía que pedirme un favor, y era que se permitiera a tropas americanas pasar por territorio de México, para ir de San Francisco a Arizona, por Guaymas".[32] Como se ve, sólo un pequeño favor. Que los dejaran pasar por la puerta de atrás para caer sobre los confederados, por la espalda, y pegarles la clásica puñalada florentina.

El 27 de junio, mientras el Congreso mexicano discutía en sesión secreta el pequeño favor que los Estados Unidos pedían, el señor John T. Pickett desafiaba los riesgos del camino, la amenaza del tifo en la ciudad de México, y se detenía en Jalapa para dar el pésame a la hija de Ocampo —la esposa de Mata— por el "most horrid assassination" de su padre.

Cuando el 27 de junio se detiene el Agente Confederado en Jalapa, con el objeto de satisfacer ciertas formalidades sociales, no se le oculta que el ministro de los Estados Unidos le lleva ventajas considerables. En Veracruz, conoció los pormenores de la recepción oficial de que se hizo objeto a su rival en la Capital, y las cordiales expresiones que entonces se cruzó con el presidente Juárez; no le hicieron gracia, por cierto. Sospechaba que la meta ambiciosa de su propia misión: la de concluir una alianza ofensiva y defensiva entre México y los Estados Confederados podría ser también la que Mr. Corwin traía en cartera, y aunque dudaba que "los astutos mexicanos" se dejasen llevar por las intrigas de su enemigo, él, Mr. Pickett, se había valido de "ciertas conexiones" para hacer saber a Juárez lo que ocurriría de ajustarse un convenio que facilitara el tránsito de tropas de la Unión por territorio mexicano. "Confío que mi firme advertencia no puede producir sino los más saludables efectos", escribió entonces a Mr. Toombs.[33] Algunos días después, ya en la Capital, creyó confirmar la especie: algo tramaba Mr. Corwin con el Gobierno mexicano. Algo que podría resultar en extremo desagradable. Y se valió otra vez de sus "conexiones" para circular la noticia de que, en el caso de no tomarse en cuenta su advertencia, "treinta mil agentes diplomáticos confederados" cruzarían la frontera mexicana en el momento menos esperado.[34]

Finalmente, el 26 de julio, Manuel María de Zamacona, nuevo ministro de Relaciones Exteriores, le recibió extraoficialmente y en su casa. Allí, Mr. Pickett le sometió los puntos fundamentales de su misión:

a) Participar el deseo del pueblo y gobierno de los Estados Confederados de mantener, con México, relaciones es-

trechas y amistosas, hasta el extremo de una alianza ofensiva y defensiva, si se consideraba hacedera.

b) En el caso de que esto último resultara imposible, comunicar la esperanza de la que participaba el Gobierno confederado, en el sentido de que el mexicano observaría en todo caso una neutralidad estricta en relación con la guerra civil; y

c) Sentar claramente que de momento no se reclamaba el reconocimiento oficial de la independencia de los Estados Confederados, aunque sí se confiara que las estipulaciones y privilegios contenidos en los Tratados celebrados entre México y los Estados Unidos, se harían extensivos a ambos beligerantes, en igualdad de condiciones.[35]

La entrevista confidencial terminó, pero Zamacona no soltó prenda. Recibió y despidió a Mr. Pickett afectuosamente; aseguró que llevaría al Presidente la copia de su carta credencial, y que luego le llamaría. Nada más.[36]

Cuando Mr. Pickett se presentó en México, a principios de julio, estaba ya en puerta el decreto de suspensión de pagos de la deuda extranjera, que inmediatamente dio lugar al ultimátum de los ministros de Francia e Inglaterra, y que finalmente proporcionó a Napoleón, como es sabido, el pretexto para fraguar con Inglaterra y España el pacto de Londres, unos meses más tarde. Pero, ¡si Mr. Pickett hubiera sabido lo que pasó el 29 de junio! ¡Si Mr. Pickett hubiera sabido que cuando él llegó a México ya el Congreso, en sesión secreta, había autorizado el paso de tropas de la Unión entre California y Arizona, a través de Sonora! El único punto realmente importante de su misión consistía en asegurar la estricta neutralidad mexicana. Pero la neutralidad quedaba ya reducida a un concepto sin sentido. Por el hecho mismo de que el Gobierno de México accedía al "favor" que Mr. Seward pidió en Washington a Matías Romero, el Gobierno de México se convertía en co-beligerante al lado de la Unión. Todo bajo sus propias narices, mientras él se detenía en Jalapa para dar el pésame, a la hija de Ocampo, por el "most horrid assassination" de su padre.

Cuando Manuel María de Zamacona recibió a Pickett en

su casa, confidencialmente, hacía casi un mes que el Congreso había concedido el permiso para el paso de las tropas, y resulta extraordinario que corrieran los días y las semanas sin que el Agente sospechara, siquiera, la consumación del "favor" solicitado por Mr. Seward. Pero en cambio ha invertido muy buenas y largas horas en pontificar acerca de la semejanza entre las instituciones e intereses mexicanos y confederados:

> La Institución de la esclavitud africana en un país —escribía—, no es menos benéfica y humanitaria que la del peonaje en el otro, con la notable diferencia de que si bien el africano nace con pocos derechos civiles y sin derechos políticos algunos, el peón se encuentra reducido —y es de suponerse que por su propia culpa—, de la orgullosa situación de un ciudadano que ha nacido libre, a la poco envidiable condición de un ilota.[37]

A su juicio, los mexicanos carecían de títulos morales para enjuiciar adversamente la "peculiar institución". Mas en el caso de que llegara a darles por la filantropía, él tenía a su alcance los antecedentes para probar al mundo, y a los mexicanos mismos, que "el peonaje es una forma de la esclavitud incuestionablemente más perniciosa y degradante".[38]

Sociología, historia, dialéctica. Pero nada, ni una sospecha siquiera de la resolución que adoptó el Congreso mexicano el 29 de junio. ¡Hasta en Washington sabía ya Seward lo que en México ignoraba Mr. Pickett! Leemos en el Diario de Matías Romero:

> 17 de julio. Fui a ver a Mr. Seward, para comunicarle que el Gobierno de México había concedido permiso a las tropas mexicanas para pasar por el territorio de la República.[39]

Curiosamente, al día siguiente de que Zamacona proporcionara todo género de seguridades acerca de la "estricta neutralidad" mexicana,[40] llegó a oídos de Mr. Pickett la terrible noticia. Incrédulo todavía, mandó a Mr. Cripps, antiguo secretario de la Legación de los Estados Unidos en los días de Gadsden, para que hablara con Zamacona, y con él ratificara o rectificara la especie. Aquí el mexicano, cogido ya con los dedos contra la puerta, no pudo negar más, y concedió que su Gobierno había otorgado el permiso para el tránsito de

tropas de los Estados Unidos, aunque sólo entre Guaymas y Arizona.[41] Previamente aleccionado por Pickett, Mr. Cripps adoptó un aire de gran preocupación. Aseguró a Zamacona que su jefe tendría la obligación de poner en conocimiento de los texanos la autorización concedida, para que ellos tomaran las providencias del caso. Era un decir solamente para aterrorizar a Zamacona, ya que Pickett tenía la convicción de que bastaría dar curso a la noticia para que los "impetuosos texanos" se apoderaran de Tamaulipas, y una medida como esa, tan extremada, no entraba todavía en los planes confederados. Se trataba, pues, de amenazar solamente, pero por lo visto la flecha no dio en el blanco. "Me asegura Mr. Cripps —escribió luego a Toombs—, que la noticia no pareció alterar en lo más mínimo al Ministro." [42]

Burlado como un chino, despechado además, Mr. Pickett debió sentir el impulso de buscar a Zamacona para romperle la cara, pero se contuvo todavía, por última vez. Sólo un milagro podría salvar a Zamacona de la embarazosa situación personal en la que se hallaba, y el milagro se consumó providencialmente. La Providencia, que se vale de los más extremos medios para imponer sus decisiones inescrutables, se sirvió en este caso del más infalible, o sea de la propia tontería de Mr. Pickett. Sólo sobre esta base podríamos comprender la singular nota que el Agente envió a Zamacona, diciéndole "suponer que el permiso otorgado para que tropas de la Unión pasaran de California a Arizona", cruzando territorio mexicano, provino seguramente de ignorar el Gobierno mexicano que el territorio de Nuevo México —del cual Arizona era un Distrito—, luchaba bajo la bandera de la Confederación.[43] ¡Y además le mandaba una lista de los Estados Confederados, para su conocimiento!

Manuel María de Zamacona se apresuró a contestar cómo lamentaba no haber sido advertido, a tiempo, que el territorio de Nuevo México combatía bajo la bandera confederada. De haberlo sabido, seguramente su Gobierno no habría autorizado el paso de las tropas. El delicioso episodio recuerda el caso del buen marido, viajero habitual, que al regresar a casa inopinadamente, y sorprender allí a su rival, le pro-

porciona disculpas por su regreso inesperado, y una lista además, con las fechas seguras de su ausencia. El amante tomaría medidas —como Zamacona en el caso de Pickett—, para que el caso no volviera a repetirse.

AL PRINCIPIAR SEPTIEMBRE, y bajo el amago de la intervención europea, el gobierno de Washington decidió hacer algo para frenarla. El 10 de ese mes habló Mr. Seward con Lord Lyons, Ministro de la Gran Bretaña en los Estados Unidos, poniéndole al corriente de un plan norteamericano, contenido en las instrucciones que pocos días antes ee enviaron a Mr. Corwin. El plan se reducía, en concreto, a proponer al Gobierno mexicano la suscripción de un Tratado, mediante el cual Washington asumiría el pago del interés al 3 %, y por el término de cinco años, de la deuda consolidada que México tenía pendiente con los tenedores de bonos, cuyo capital se calculaba en cerca de sesenta y dos millones de pesos, obligándose México al reembolso del dinero, al interés de 6 %, amén de la garantía de las tierras públicas y los derechos sobre minas en los Estados de Baja California, Chihuahua, Sonora y Sinaloa, que pasarían a ser propiedad de los Estados Unidos en el caso de que, al vencimiento del plazo estipulado, no se hubiera efectuado el reembolso en cuestión.[44]

Matías Romero, que en Washington había sido uno de los más entusiastas de la idea del préstamo, llegando hasta el extremo de entrevistar a Mr. Seward para que hiciera extensivas a España las proposiciones que se habían hecho ya a Inglaterra y Francia respecto del pago de los intereses de la deuda mexicana,[45] no contaba seguramente con la autorización de su Gobierno, ya que en cuanto Mr. Corwin puso el plan en conocimiento de Juárez, el Presidente consideró más riesgoso el auxilio de los amigos que la amenaza de los enemigos, y rehusó el "auxilio" proyectado.

Mientras que el Gobierno mexicano rechaza abiertamente la oferta de Washington, Mr. Pickett continuaba dedicado a la sociología, por lo visto su diversión favorita:

> No existe posibilidad alguna de mejoría —advierte a Toombs—

en tanto que México sea gobernado, o que se le intente gobernar, por mexicanos. Sin la intervención extranjera, de uno u otro origen, el *grand finale* puede ser una insurrección del elemento indio, que representa las tres cuartas partes de la población... El Ministro de Relaciones presume que el país se salvará en dos meses más, de lo cual yo concluyo que se encuentra en trámite una alianza ofensiva y defensiva con los Estados Unidos. Cuando me encuentre completamente seguro de ello, será mi deber tomar las medidas adecuadas. ¡El Presidente Zuolaga, el Clero y los antiguos jefes del ejército se arrojarán gustosos en brazos de los Estados Confederados.[47]

Y esgrime finalmente su arma secreta, digna de un genio de la intriga, al proponer al Gobierno mexicano "la retrocesión" de los territorios adquiridos por los Estados Unidos, como botín de la guerra, en 1848. Nada menos que devolvernos California y Nuevo México. Así como así. "Arma formidable que he esgrimido en contra del Ministro de los Estados Unidos",[47] asegura campanudamente. Mr. Corwin se echaría a temblar. Y Manuel María de Zamacona a reír. Si Mr. Pickett era "el más apto", según la carta de Forsyth a Jefferson Davis, cabe suponer cómo andarían los irrecomendables.

Finalmente, al advertir que en el Gobierno no hacen mella ofertas ni amenazas, Mr. Pickett pierde "toda esperanza de conservar la paz".[48] Reconoce que Juárez no rectificará sus pasos respecto del cruce de tropas de la Unión por territorio mexicano, y concluye: "debiéramos ocupar una buena posición militar en las márgenes del río Grande, y marchar sobre Monterrey. Una vez en nuestro poder esa ciudad, estaríamos en condiciones de controlar las provincias del Sur".[49] Nada más que una nueva y "dorada oportunidad", que se presentaba al pueblo de los Estados Confederados "para llevar a su término ese destino inevitable que les empuja hacia el Sur".[50]

De pronto, inesperadamente, concluye la misión de Mr. Pickett. Inesperadamente para quien no conociera las dotes de su carácter. Un tal Mr. Benton, boticario radicado en la ciudad de México, tuvo la osadía de "insultar públicamente" a Jeferson Davis, y lo hizo en presencia del Agente, quien

sin más la emprendió a bastonazos con el pildorero. Las lesiones de Mr. Benton debieron ser relativamente serias, ya que Mr. Pickett fue a dar con sus huesos a la cárcel, sin que mejorara su suerte al aducir las "inmunidades" de su puesto. En la cárcel —y para confirmar el viejo principio de que un amigo en la desgracia es un amigo de verdad—, contó con el auxilio de Dubois de Saligny, quien le brindó el asilo y protección de la Legación de Francia, pero nuestro hombre, aunque agradeció el cumplido, creyó inoportuno aceptar la oferta, ya que "darme refugio —escribió a Saligny—, exasperaría a las autoridades policíacas, especialmente a un tal Porfirio Díaz, jefe de la misma, y notorio salteador de caminos".[51] Prefiere irse de México, en cuanto le dejen libre, ya que por lo visto no se le comprende. Además se siente enfermo. Tal vez el amago del tifo, al que tanto teme. Saligny le asegura que el Gobierno le dará satisfacciones, "para prevenir las enojosas consecuencias de acto tan lamentable",[52] pero al inefable Mr. Pickett le interesa sólo partir. Piensa que vivir bueno y sano entre los mexicanos es castigo suficiente, "pero encontrarse enfermo, y además residir en México, resulta definitivamente intolerable".[53]

Una semana más tarde, ya en camino, dirige a su Gobierno lo que él califica como "uno de los más extraordinarios despachos que un Agente diplomático haya redactado en los tiempos modernos".[54] Por lo visto le perdía el optimismo, pues la cosa no era para tanto. Se reduce Pickett a relatar aquí la paliza que propinó al boticario "que insultó públicamente a Jefferson Davis"; a fundar su resolución de retirarse en el hecho de que el Gobierno ni atiende sus reclamaciones ni, en general, le hace el menor caso, por todo lo cual resolvió "cortar el nudo gordiano" de la naciente diplomacia de su país. Y concluye:

> Si mi gobierno se aprovecha de oportunidad tan ventajosa, no habré sufrido en vano. Nuestro pueblo ha de tener una salida al Pacífico. Diez mil hombres en Monterrey controlarían toda la parte Norte de la República. El comercio, y no la espada, daría pronto fin a la obra.[55]

Salió de México lleno de rencor, como tres años antes su

gran amigo Mr. Forsyth, y llegó a Veracruz cuando las fuerzas españolas ocupaban el puerto. La bandera española, batida por los vientos de San Juan de Ulúa, llenaba su alma con proyectos descabellados. Sueños. Quimeras. España, la odiada y despreciada España, pero... ¿por qué no? Y escribió a Richmond: "Las revoluciones nos colocan al lado de extrañas compañías".[56]

MESES ANTES, EN SEPTIEMBRE, inminente ya el riesgo de la intervención europea, Mr. Pickett sugería a su Gobierno tanto la conveniencia de entenderse con las Potencias interventoras, como la posibilidad de concertar convenios separados con los Estados mexicanos del Norte, "tan independientes" del Gobierno Federal, a su juicio, "como lo es Carolina del Sur de Washington",[57] ya que contaban con su propio ejército, elaboraban aranceles ajustados a sus necesidades, cobraban y distribuían sus ingresos, etc., etc. El caso de Santiago Vidaurri, gobernador de Nuevo León y Coahuila, era por supuesto el más agudo, sobre todo a raíz del escándalo que produjo el regreso al país de D. Ignacio Comonfort, instalado en Monterrey bajo su protección, sin que hicieran mella en su actitud las gestiones del Gobierno Federal, que reclamaba la entrega del ex-Presidente para someterlo a juicio. La conducta pública de Vidaurri delataba su nada amistosa actitud hacia Juárez, que dos años más tarde le llevaría tan lejos, y Mr. Pickett sugirió luego a Jefferson Davis la conveniencia de aprovecharla, en beneficio de la causa confederada.[58]

Sólo que, en Richmond, al tanto de la situación que prevalecía en los Estados mexicanos del Norte —tan independientes del Gobierno Federal, efectivamente, como pudiera serlo Virginia de Washington—, tenían ya urdido un plan magnífico, superior al que insinuaba su Agente en México, cuyo drama, por lo visto, consistía en llegar siempre tarde con sugerencias y noticias. A Jefferson Davis interesaba no sólo el caso de Vidaurri, pues algo sabía de otros dos grandes caudillos norteños, los gobernadores de Chihuahua y Sonora Luis Terrazas e Ignacio Pesqueira, por ejemplo. ¿Se atreverían Terazas y Pesqueira hasta los extremos de Santiago

Vidaurri? Tal vez no o tal vez sí. Desde luego valdría la pena intentarlo.

El 27 de diciembre de 1861, en cumplimiento de instrucciones secretas, el general brigadier H. H. Sibley entregó al coronel James Reily, del cuarto regimiento de la caballería voluntaria texana, un pliego de instrucciones, mas una carta personal "To His Excelency, the Governor of the State of Chihuahua", ambos documentos fechados en Fort Bliss, en las inmediaciones de Franklin, hoy la ciudad de El Paso, Texas.[59] El 2 de enero partió el Coronel Reily hacia la ciudad de Chihuahua. Cruzó el río Grande, y valerosamente, en compañía de una pequeña escolta de rancheros, se aventuró en un país devastado por las correrías indias.

Las instrucciones que entregó el general Sibley a Reily, breves y enigmáticas, parecían reducirse a "poner en conocimiento del gobernador los alcances y naturaleza general de los propósitos que en este momento se tienen en cartera (which are at present in contemplation); explicar esas metas en detalle, haciendo patente la política en cuestión; combatir influencias adversas, y obviar las objeciones que pudieran enderezársele, tal es el objetivo fundamental de la misión que se le confiere".[60]

El coronel Reily justificó las esperanzas que en él depositó su general brigadier, ya que le bastaron menos de dos semanas para cruzar el desierto, vencer los riesgos del camino, llegar a Chihuahua, cumplir su misión y emprender el regreso. El 20 de enero, acampado junto al Carrizal (in camp near Carisal), envió a Sibley seis anexos de singular importancia, más un informe pormenorizado de su viaje. Asegurándole llevar consigo una carta del gobernador de Chihuahua para el de Sonora, concluía:

> Tengo el gusto de informarle que mi recepción por parte del Gobernador y demás funcionarios del Estado, fue en extremo bondadosa y amable... Permítame felicitarle, General, por haber obtenido el primer reconocimiento oficial del Gobierno de los Estados Confederados por parte de una potencia extranjera.[61]

¿Qué había pasado en Chihuahua? ¿Cuál sería el propósito real de la misión de Reily? ¿Qué decía el gobernador

Luis Terrazas en su carta a Sibley, que éste posteriormente considerará "importante y altamente satisfactorio"? ¿En qué se fundaba Reily para adjudicarse la singular alabanza de haber obtenido "el primer reconocimiento oficial" de los Estados Confederados de América por parte de "una potencia extranjera" Veamos la cosa serenamente, con el propósito de desentrañar el acertijo.

Parece indudable que la misión de James Reily abarcaba tres objetivos fundamentales: *a)* Obtener seguridades del Gobernador de Chihuahua en el sentido de que, a pesar del permiso concedido por el Gobierno mexicano, no se consentiría el paso de tropas de la Unión a través del territorio del Estado; *b)* conseguir, del mismo gobernador, autorización para que soldados del ejército confederado pudieran acantonarse en territorio del Estado, con el objeto aparente de prevenir las incursiones indias; y *c)* garantizar, con el consentimiento y apoyo del mismo gobernador, la compra de toda clase de víveres dentro del Estado, para el sostenimiento de los efectivos confederados en las regiones limítrofes. Tales eran los fines de la misión, que en rigor podría reducirse al primero de los objetivos planteados, ya que los dos restantes podrían considerarse accesorios, de tener éxito en el principal.

El 9 de enero de 1862, en el palacio de gobierno del Estado, recibió Luis Terrazas al coronel Reily, que "se anunció como Coronel del ejército confederado, vistió como tal, con el uniforme de un oficial de caballería de dicho ejército, llevando al cinto su espada".[62] Reily puso en manos del gobernador la nota de Sibley, una síntesis de la cual se consigna en el párrafo anterior, mas Terrazas se excusó de opinar sobre su contenido aduciendo que, por no leer ni hablar el inglés, necesitaba que primero se le preparara una traducción,[63] y citó al emisario para una nueva entrevista, a la misma hora del siguiente día.

Reunidos puntualmente en el despacho del gobernador, Terrazas entró luego en materia, diciendo ignorar que el Gobierno Federal hubiera concedido autorización, pocos meses antes, para que tropas de la Unión cruzaran el territorio del Estado. "Ni tal cosa ha llegado a mi conocimiento —escribió

luego Terrazas a Sibley—, ni tampoco pasaría mi gobierno por ello, excepto en los términos y bajo las condiciones con sujeción a las cuales el Congreso Federal, exclusivamente, tiene facultades para conceder o negar la entrada de tropas extranjeras en el territorio de la federación, así como para consentir en la estación de escuadras de otras potencias, por más de un mes, en aguas de la República".[64]Con esta evasiva declaración, que fundaba en la Fracción XVI del artículo 72 de la Constitución Federal de 1857, el gobernador Terrazas mataba dos pájaros con el mismo perdigón: no se allanaría al cruce de tropas de la Unión por territorio del Estado si el permiso provenía de una simple decisión de Juárez, pero dejaba abierta la posibilidad de permitirlo si, mediante la venia del Congreso, se satisfacían las exigencias constitucionales. Pero fundado en el mismo criterio, él, como gobernador, tampoco podría consentir que se acantonaran efectivos militares confederados en territorio del Estado, ni aún que cruzaran su línea fronteriza en persecución de los salvajes, dado que, de acceder, violaría la misma disposición constitucional aducida en relación con el punto anterior. Por último, en cuanto al tercer objetivo de la misión de Reily, el gobernador no se opondría a que el ejército confederado se avituallara en territorio del Estado, "con tal de que esto ocurra sin intervención oficial, que pudiera ser interpretada como un acto contrario a la absoluta neutralidad que México, y los Estados que constituyen la Federación, han de observar en el caso de la desgraciada lucha que priva entre los Estados del Norte y del Sur de la Unión Americana".[65]

La nota de Luis Terrazas al general Sibley es un modelo en su género, ya que ni despacha con cajas destempladas al emisario del peligroso vecino, ni se compromete tampoco con sus ofertas. Contiene sólo una serie de declaraciones evasivas, muy políticas, y contrasta, por lo mismo, con la versión que el propio Reily proporcionó a Sibley acerca de la misma entrevista. En la versión de Reily, asegura éste que el gobernador le dijo *"que aun en el caso de que se le hubiera notificado el acuerdo del Presidente, sancionado por una ley del Congreso,* él (Terrazas) no creía que pudiera consentir

en el paso de tropas de la Unión por el territorio de Chihuahua, para invadir Texas".[66] Seis días después, en una carta destinada indirectamente al propio Jefferson Davis, insistía Reily una vez más en esta versión totalmente contraria a la que resulta de la ya citada nota que el propio Terrazas dirigió a Sibley:

> Mi misión resultó enteramente satisfactoria —escribió el Agente—; no cabe duda que allá existía algún entendimiento acerca del paso de tropas de California, a través de Chihuahua. Esto no se permitirá, y este mando militar no tiene por ahora enemigo sobre su flanco... El General Sibley ha tenido el honor, por mi conducto, de haber obtenido el primer reconocimiento oficial de los Estados Confederados de América por parte de una potencia extranjera.[67]

Entre dos afirmaciones tan violentamente contradictorias ¿cuál corresponde a la verdad? Si hemos de juzgar la conducta de Terrazas en aquella compleja coyuntura, parece lógico que nos ciñamos a lo que él mismo dejó sentado en su carta a Sibley, bajo su firma, y no a lo que el emisario escribió al redactar la crónica de la entrevista. El coronel Reily tenía motivos para procurar elevar sus bonos a los ojos de sus superiores, y es por ello explicable que abultara sus logros a los ojos de Sibley primero, y luego a los del mismo Jefferson Davis. Que Reily era un tipo engreído, un verdadero pavo, se prueba con su empeño en asegurar que los Estados Confederados habían obtenido, "por su conducto", el primer "reconocimiento oficial" de su independencia, sin temblarle el pulso cuando llama "potencia extranjera" al miserable Estado de Chihuahua, exangüe, incapaz de ponerse a salvo, siquiera, de las incursiones apaches.

En el apasionante relato de James Reily —un lobezno del Destino Manifiesto—, leemos además:

> Encontré a Chihuahua disfrutando de un clima delicioso, circundada por minas de riqueza indescriptible, con ricas tierras agrícolas en sus alrededores, y sin embargo la ciudad misma más pequeña cada día, cada año más y más reducida al extremo de la pobreza.[68]

Y en otro lugar, en la carta que destinaba indirectamente a Jefferson Davis:

> Tenemos en Chihuahua amigos cálidos e influyentes. Es un vecino rico y magnífico, cuya situación mejoraría de encontrarse bajo la bandera confederada. No hay minas en el mundo como las que se encuentran a la vista de la ciudad de Chihuahua... Con Sonora y Chihuahua obtendremos Baja California, y mediante un ferrocarril a Guaymas haremos de nuestro Estado de Texas la gran vía de las naciones.[69]

Los planes confederados sobre México no pecaban ciertamente por exceso de originalidad. Continuaban con las botas puestas para llevar los intereses del esclavismo hasta el Darién. Para que el triunfo de los Estados del Norte nos sirva de consuelo, bastará con imaginar nuestra suerte en el caso de haber vencido los del Sur.

Ahora, en cuanto a la misión que Reily pensaba llevar a Sonora, no hemos encontrado la menor huella del viaje, lo que nos permite suponer que por ignoradas razones no se intentó. Mas de haberse consumado, tenemos derecho a suponer que el Agente tropezó en Sonora con problemas semejantes a los que encontró en Chihuahua, pues no es de creerse que Pesqueira le proporcionara algo más que las promesas, nada sustanciales, que recibió de Terrazas.

El caso de Vidaurri difería por completo, ya que el neolonés alentaba ideas y rencores de los que ni Terrazas ni Pesqueira participaban. Por eso mismo, cuando llegó a Monterrey el Agente confederado —un tal Quintero, que inició sus gestiones el 22 de mayo de 1861—, se encontró con que Viduarri pretendía ir más allá de los planes de Jefferson Davis, ya que acariciaba el proyecto de una verdadera unión política entre la Confederación y los Estados mexicanos del Norte.[70] La cosa no fue más lejos porque el mismo Davis rechazó la idea, como impolítica para los intereses de ambas partes,[71] pero ello no obstante persistió Vidaurri en el empeño de asegurar para su causa la simpatía de los confederados, proporcionando a Quintero todo género de seguridades

en el sentido de que, llegado el caso, se opondría por la fuerza al paso de las tropas de la Unión por los Estados de Nuevo León y Coahuila.[72]

En Richmond mientras tanto, y no obstante el sonado fracaso de Mr. Pickett, Davis no abandonó el sano proyecto de cubrirse las espaldas. Salvo en el caso de Vidaurri, a quien en aquellos círculos se consideraba un virtual aliado,[73] la diplomacia confederada había fracasado en toda la línea y todos los frentes —lo mismo en México que en Europa—, pero ello no obstante, cuando en 1863 Juárez y el gobierno abandonaron la capital, y en ella se instaló la Regencia, volvieron a la carga. En este año, coincidiendo con el establecimiento del gobierno provisional de la Regencia, Jefferson Davis designó a Wiliam H. Preston para que desempeñara una misión semejante a la de Mr. Pickett, pero el nuevo Agente, poco animoso sin duda, no quiso exponerse a un desaire y se mantuvo en La Habana en espera de la favorable coyuntura, que nunca llegó, para trasladarse a México.

No andaban ciertamente acertados con sus nombramientos los estadistas de la Confederación. Primero Pickett, atrabiliario, incapaz de satisfacer los requisitos personales de una misión tan delicada, y luego Preston, seguramente nada más que un tímido. Los extremos se tocaron en este caso, con resultados igualmente negativos. Carecían de justificación, por lo mismo, las previsiones de Mr. Pickett al conocer el nombramiento de Mr. Preston. Previsiones optimistas, con un halo de resentimiento. Le desea buena suerte, y cuando sospecha que pueda recoger su cosecha, la que él dejó a medio cultivar, repite con Virgilio:

"Hos ego versiculos feci, tullit alter honores..."

Quería decir que a él se debía la obra, y que otro se llevaría los honores, pero aquí también se equivocaba nuestro hombre de medio a medio.

Mas luego se consuela. La noticia de los éxitos militares franceses le reanima, y su endemoniado orgullo, maltrecho, recobra lozanía. ¡Benditos franceses, que le han vengado![74] Y ruega a su sucesor que presente sus recuerdos "a Mr. Juárez, a quien considero el último de los Moctezumas".

NOTAS

1 Lymann Trumbull a Abraham Lincoln; Washington, 24 de diciembre de 1860; en *Lincoln Papers,* Selected by David C. MEARNS, New York, 1948, Vol. II, p. 353.

2 L. Swett a Abraham Lincoln, Washington, 31 de diciembre de 1860, en *op. cit. supra,* Vol. II, p. 363.

3 A. Hubbad a Abraham Lincoln; Marion, Ala., 13 de noviembre de 1860, en *op. cit.* supra, Vol. I, p. 309.

4 Clement WOOD, *A Complete History of the United States;* New York, 1941, Cap. XXII, p. 283.

5 Clement WOOD, *loc. cit.*

6 Clement WOOD, *op. cit.,* p. 291.

7 James D. RICHARDSON, *Messages and Papers of the Confederacy,* Nashville, 1906, Vol. I, p. 20.

8 Allan NAVINS y H. S. COMMAGER, *A Short History of the United States, New York,* 1945, Cap. XIII, p. 226.

9 NAVINS y COMMAGER, *op. cit.,* p. 228. Clement WOOD, *op. cit.,* p. 299.

10 Clement WOOD y NAVINS y COMMAGER, *op. cit.*

11 H. Hunter a W. L. Yancey, P. A. Rost y a A. D. Mann; Despacho Nº 7; Richmond, 29 de julio de 1861, en RICHARDSON, *op. cit.,* Vol. II, p. 49.

12 J. D. RICHARDSON, *op. cit.,* Vol. I, p. 20.

13 J. D. RICHARDSON, *op. cit.,* Vol. II, pp. 4 *ss.*

14 Robert Toombs: Memorándum of Instructions for Mr. John T. Pickett, en RICHARDSON, *op. cit.,* Vol. II, p. 25.

15 *Ibid., loc. cit.*

16 *Ibid., loc. cit.*

17 John Forsyth a Jefferson Davis; Washington, 20 de marzo de 1861, en *Confederate States of America Papers.* Books Acc. 3081, Vol. XII, México, en División de Manuscritos de la Biblioteca del Congreso; Washington, D. C. En lo sucesivo esta fuente se mencionará con la siglo C.S. of A.P.

18 Jefferson Davis al Presidente de la República de México; Montgomery, 17 de mayo de 1861. en: C.S. of A.P.

19 John T. Pickett a José María Mata; Veracruz, 12 de junio de 1861, en *op. cit., loc. cit.*

20 *Ibid., loc. cit.*

21 *Ibid., loc. cit.*

22 *Ibid., loc. cit.*

23 *Ibid., loc. cit.*

24 José María Mata a John T. Pickett; México, 19 de junio de 1861, en *op. cit., loc. cit.*

[25] A. H. FELLER, *The Mexican Claims Commissions*, Cap. I, p. 1. New York, 1935.

[26] William H. Seward a Thomas Corwin; Washington, 6 de abril de 1861; en *Instructions to Mexico*, Vol. XVII; General Records of State Department; National Archives, Washington, D. C.

[27] William H. Seward a Thomas Corwin: *op. cit., loc. cit.*

[28] Robert Toombs: Memorándum of Instructions for Mr. John T. Pickett; en RICHARDSON, *op. cit.*, Vol. II, p. 25.

[29] John T. Pickett a José María Mata; Veracruz, 12 de junio de 1861, en C.S. of A.P., *loc. cit.*

[30] Matías ROMERO, *Diario*, p. 387. Edición con prólogo y notas de Emma Cosío Villegas. México, El Colegio de México, 1960.

[31] *Ibid.*, p. 378.

[32] *Ibid.*, p. 401.

[33] John T. Pickett a Robert Toombs: Despacho Nº 2, Jalapa, 27 de julio de 1861, en C. S. of A. P., *loc. cit.*

[34] John T. Pickett a Robert Toombs; Despacho Nº 3, México, 11 de julio de 1861, en C. S. of A., *loc. cit.*

[35] Memorándum de la entrevista con el Ministro Manuel María de Zamacona. En John T. Pickett a Robert Toombs, Despacho Nº 5, México, 3 de agosto de 1861, en C. S. of A. P., *loc. cit.*

[36] *Op. cit., loc. cit.*

[37] John T. Pickett a Manuel María de Zamacona; México, 3 de agosto de 1861. Anexo al Desp. Nº 6, a Robert Toombs, México, 16 de agosto de 1861, en C. S. of A. P., *loc. cit.*

[38] *Op. cit., loc. cit.*

[39] Matías Romero: *Diario*, p. 412.

[40] Manuel María Zamacona a John T. Pickett, México, 16 de agosto de 1861, en C. S. of A. P., *loc. cit.*

[41] John T. Pickett a Robert Toombs; Despacho Nº 7, México, 25 de agosto de 1861, en *op. cit., loc. cit.*

[42] *Op. cit., loc. cit.*

[43] John T. Pickett a Manuel María de Zamacona, México, 26 de agosto de 1861, en *op. cit., loc. cit.*

[44] Niceto de ZAMACOIS: *Historia de México*, México-Barcelona, 1880. Tomo XV, p. 758. También Francisco de PAULA ARRAGOIZ, *México de 1808 a 1967*, Tomo II, p. 399; *México a través de los siglos*, México, 1956, Tomo V, p. 475.

[45] Matías ROMERO: *Diario*, p. 423.

[46] John T. PICKETT a Robert TOOMBS: Despacho Nº 10, México, 28 de septiembre de 1861, en C. S. of A. P., *loc. cit.*

[47] *Op. cit., loc. cit.*

[48] John T. PICKETT a Robert TOOMBS: Despacho Nº 11, México, 12 de octubre de 1861, en *op. cit., loc. cit.*

[49] *Op. cit., loc. cit.*

[50] Jhon T. PICKETT a Robert TOOMBS: Despacho Nº 12, México, 29 de octubre de 1861, en *op. cit., loc. cit.*

[51] John T. PICKETT a Dubois de SALIGNY, México, 20 de noviembre de 1861, en *op. cit., loc. cit.*

[52] Dubois de SALIGNY a John T. PICKETT, México, 7 de noviembre de 1861, en *op. cit., loc. cit.*

[53] John T. PICKETT a Dubois de SALIGNY, México, 20 de noviembre de 1861, en *op. cit., loc. cit.*

[54] John T. PICKETT a Robert TOOMBS. Despacho Nº 13, San Cosme, D. F., 29 de noviembre de 1861, en *op. cit., loc. cit.*

[55] *Ibid., loc. cit.*

[56] *Ibid., loc. cit.*

[57] John T. PICKETT a Robert TOOMBS. Despacho Nº 10, México, 28 de septiembre de 1861, en *op. cit., loc. cit.*

[58] John T. PICKETT a Jefferson DAVIS, Veracruz, 22 de febrero de 1862, en *op. cit., loc. cit.*

[59] Los documentos relativos a las negociaciones entre el coronel James Reily y Luis Terrazas, gobernador de Chihuahua, se encuentran en "Official Records of the Union and Confederate Armies", en la Biblioteca del Congreso de Washington, D. C. En adelante mencionaremos esta fuente bajo la sigla O.R.U.C.A.

[60] O.R.U.C.A., Vol. IV, pp. 167-168.

[61] *Ibid., loc. cit.*

[62] *Ibid, loc. cit.*

[63] *Ibid., loc. cit.*

[64] *Ibid., loc. cit.*

[65] Anexo Nº 5 al informe de James REILY. Luis Terrazas a H. H. Sibley, Chihuahua, 11 de enero de 7862, en *op. cit., loc. cit.*

[66] James REILY a H. H. SIBLEY. In camp near Carisal, enero 20 de 1862, en *op. cit.*

[67] James Reily a J. H. Reagan, Fort Bliss, 26 de enero de 1862, en O.R.U.C.A., Series I, Vol. L, p. 825, Washington, 1897.

[68] James Reily a H. H. Sibley. In camp near Carisal, 20 de enero de 1862, en *op. cit., loc. cit.*

[69] James Reily a John Reagan, Fort Bliss, 26 de enero de 1862, en *op. cit., loc. cit.*

[70] James MORTON CALLAHAN: *The Diplomatic History of the Southern Confederacy*, Baltimore, 1901, p. 76.

[71] *Ibid., loc. cit.*

[72] *Ibid., loc. cit.*

[73] H. P. Bee a S. S. Anderson, San Aantonio, Texas, 30 de noviembre de 1862, en O.R.U.C.A., Series I, Vol. XV, pp 881-882, Washington, 1886.

[74] John T. Pickett a Jefferson Davis, Richmond, Va., 11 de enero de 1864, en C. S. of A. P., *loc. cit.*

FORTIFICACIÓN DE PUEBLA

Miguel A. Sanchez Lamego
Academia Nacional de Historia

La causa oficial de la Intervención francesa en nuestro país fue la suspensión de los pagos de la deuda exterior a Inglaterra, Francia y España, en vista del estado de bancarrota económica en que se encontraba el erario mexicano; pero la causa real no fue otra que el derecho del más fuerte para atropellar al débil. La preeminencia de este derecho hizo que el señor ministro Saligny desconociera la firma que había estampado en los tratados de Soledad y ordenara el avance de las tropas francesas sobre territorio mexicano. Fue así como se creó el estado de guerra entre Francia y México.

El ejército francés de invasión, compuesto aproximadamentemente de unos 5,200 hombres, marchó hacia el interior de la República sin encontrar resistencia decidida por parte de los mexicanos. El combate de Fortín (19 de abril de 1862) sólo fue una simple escaramuza y el de las Cumbres de Aculzingo (28 de abril) un conato de oposición mal realizado. Así, para el día 4 de mayo, el ejército francés se encontraba estacionado en el pueblo de Amozoc, a unos 17 kilómetros al oriente de la ciudad de Puebla. Entre tanto, el pequeño y maltrecho "Cuerpo del Ejército de Oriente" mexicano, que había ido replegándose sin oponer obstáculo serio al enemigo, había llegado a la ciudad de Puebla desde el 3 de mayo. Esta fuerza se componía de unos 4,900 hombres, que desde el 20 de febrero anterior, estaban a las órdenes del general de división Ignacio Zaragoza.

Seguramente que el general mexicano pronto se percató que, para poder enfrentar sus tropas a las huestes francesas, aureoladas con el prestigio de ser los "primeros soldados del mundo", era necesario, ante todo, organizar defensivamente la ciudad, y para el efecto, desde el día de su llegada dictó las órdenes relativas. Sin embargo, como había una carencia abso-

luta de herramientas, pues nuestras tropas no estaban dotadas orgánicamente de ellas, el general Zaragoza se dirigió al ministro de la Guerra el mismo día 3 de mayo, en los términos siguientes: "Por la diligencia de mañana, sírvase mandarme 300 zapapicos, 200 barretas y 150 palas o las más que sea posible de estas últimas..." Si el envío llegó a tiempo a Puebla, fue en esa exigua cantidad; con ello y con lo que se pudo conseguir en la ciudad, nuestros soldados ejecutaron los pocos trabajos de fortificación que era posible realizar, teniéndose como se tenía, el tiempo en contra y el enemigo al frente.

Todos esos trabajos de fortificación fueron concebidos y dirigidos por los jefes y oficiales que formaban la Sección de Ingenieros del Cuerpo de Ejército de Oriente, encabezada por el coronel del arma Joaquín Colombres y compuesta por el teniente coronel Francisco de P. Durán, capitanes segundos Agustín Linarte y Albino Magaña, y tenientes Agustín Arellano y Eugenio Izquierdo.

En nadie mejor que en ese jefe de Ingenieros pudo haber confiado el general Zaragoza la organización defensiva de la ciudad, pues el coronel Colombres aunaba al conocimiento profundo del arte de la fortificación el hecho de ser originario de Puebla; es decir, conocía cabalmente el terreno.

Los hechos siguientes hablan bastante sobre la experiencia que en asuntos de fortificación poseía Colombres: el 19 de noviembre de 1841 egresó del Colegio Militar con el grado de Teniente de Ingenieros; como oficial subalterno participó en la campaña de 1846-1848, contra los norteamericanos, obteniendo dos medallas de honor y un diploma por sus actuaciones en la organización defensiva de la ciudad de Monterrey, en septiembre de 1846, de Molino del Rey y del pueblo de Atzacoalco en el valle de México, en agosto y septiembre de 1847. Asistió, además, a la defensa del castillo de Chapultepec, donde fue hecho prisionero. Por otra parte, en el ejercicio de su carrera militar había ejecutado otros trabajos parciales de fortificación; unos en la ciudad de México en 1844, otros en la misma ciudad de Puebla en 1845, y, por último, unas reparaciones en el fuerte de San Carlos de Perote en 1855.

La experiencia de Colombres en materia de fortificación y defensa explica la aprobación inmediata que el general en jefe otorgó a su plan de defensa que consistió, a grandes rasgos, en lo siguiente: acondicionar solamente los frentes Norte, Oriente y Sur de la ciudad, en vista de que el enemigo se hallaba a muy corta distancia y el ataque podía producirse de un momento a otro.

En el frente Norte, la ciudad se halla dominada por una cresta topográfica de dirección general Noroeste-Sureste, que termina en sus extremos en dos cerros desnudos de vegetación. El cerro oriental, llamado de Guadalupe, con una altura aproximada de 100 metros sobre el nivel del valle, estaba coronado por el convento o iglesia dedicada a la Guadalupana, y el cerro occidental, llamado de Loreto, de un nivel más bajo que el anterior (50 metros más o menos), se encontraba coronado por un pequeño "fuerte" también llamado de Loreto. La distancia entre las dos cimas de los cerros era de 1000 metros, descendiendo la cresta suavemente de un cerro al otro, pero con las pendientes del lado exterior bastante inclinadas. La defensa de este frente era obra relativamente fácil de organizar, pues requería poco trabajo. El "fuerte" de Loreto necesitaba solamente pequeños acondicionamientos; y en cuanto al fortín del cerro de Guadalupe, se decidió que con apuntalar ligeramente las fortificaciones existentes sería suficiente.

En el frente Oriental, sector de posible ataque por ser la desembocadura probable del enemigo, se realizaron trabajos solamente de defensa exterior en los linderos de la población. Se puso especial atención en la iglesia de los Remedios, que fue fortificada, y se hicieron barricadas en todas las calles que desembocaban a este frente, desde el barrio de Xonaca hasta el del Carmen, aspillerando los muros de las casas que tenían vistas hacia el exterior.

El frente Sur, también sector de posible ataque, se organizó de modo semejante al anterior. Este frente se hallaba en mejores condiciones, debido a que delante de las barricadas se extendía un magnífico glacis natural, constituido por el terreno descubierto que existía en ese suburbio de la ciudad.

Las barricadas realizadas en los linderos de la población se repetían cada 200 ó 300 metros hacia el interior, de manera que constituían varias "líneas" sucesivas que daban "profundidad" a la organización defensiva; esta organización en profundidad fue facilitada por el gran número de iglesias y conventos y de otras recias construcciones coloniales que había ahí y cuyos muros, de mampostería de piedra de más de un metro de espesor, constituían magníficos abrigos contra las vistas y los fuegos del adversario.

Finalmente, se organizó un reducto en el centro de la ciudad, uniéndose por medio de comunicaciones cubiertas los conventos que rodeaban a la catedral, en cuyos muros se abrió gran número de aspilleras, y cerrando las bocacalles adyacentes con ayuda de barricadas.

Así, pues, los trabajos llevados a cabo en los frentes Sur y Oriental, no fueron, en resumen, más que barricadas, aspillerado de muros, apertura de fosos en los arroyos de las calles, horadación de muros en las casas adyacentes para ligarlas entre sí, etc. Es decir, más que trabajos de fortificación, fueron trabajos de acondicionamiento. En cuanto al frente Norte, se proyectó y organizó como sigue: el convento de Guadalupe debería quedar encerrado en un fortín con parapetos de tierra. Ahora bien, la iglesia o convento en cuestión, reconstruida en el año de 1758, a iniciativa de don Luis Osorio, sobre los restos de una antigua iglesia llamada de San Cristóbal, que había sido destruida por un rayo en el año de 1756 y reconstruida por fray Francisco de San Miguel, comprendía tres naves con dos torres que fueron demolidas para evitar que sirvieran al enemigo para referir su tiro de artillería.

El fortín proyectado y realizado quedó compuesto de dos baluartes hacia el frente Norte, unidos por una cortina de unos 40 metros de largo; el resto comprendía cinco tramos de muralla sin baluartes, de manera que el flanqueo del foso era incompleto en los frentes restantes. Debido a esto, más tarde, al organizar dicho fortín de una manera más completa, se le proveyó de tres redientes o "plazas de armas" exteriores, colocados en los frentes oriental, sur y occidental. La entrada a esta obra se hacía por un puente de mampostería que cru-

zaba el foso y quedó mediocremente defendida por medio de un "garitón" que se construyó en el interior.

La "muralla" o "escarpe", constituida por un muro de mampostería, adosado al terreno, con una altura mínima de 7 metros sobre el nivel del fondo del foso, quedó coronada por un parapeto de tierra de 1.60 metros de espesor, sosteniéndose la tierra, por el lado interior, con un delgado murete de mampostería de piedra de solo 0.25 metros de grueso. El obstáculo se completaba con un foso de una anchura media de 6.50 metros que rodeaba al reciento. La contraescarpa, con una altura media de solo 1.80 metros, también era de mampostería de piedra, de unos 0.40 metros de espesor. Prácticamente no existía un camino cubierto hacia el exterior, y la corona de la contraescarpa quedaba al nivel del terreno natural.

El convento, que poseía unos 18 locales, fue aprovechado como reducto del fortín, y en su interior se edificaron los abrigos, pues el espesor de sus muros (variable de 0.60 a 0.75 metros), proporcionaba seguridad suficiente. El polvorín fue instalado en el sótano de este edificio, una vez aspillerados convenientemente los muros de la edificación. Además, en el baluarte occidental se acondicionaron cinco troneras, otras tantas en el baluarte oriental, dos en la cortina Norte, cuatro en la cortina oriental, cuatro en la cortina occidental y tres más en los frentes restantes, de manera que el fortín podía admitir 22 piezas de artillería; todas, tirando a "barbeta". Debe aclararse que en todo el perímetro, el parapeto permitía el tiro de la infantería, y como el piso del interior del fuerte no estaba a nivel, en algunos tramos hubo necesidad de hacer una banqueta para permitir a los tiradores hacer cómodamente su tiro por encima del parapeto.

En cuanto al "fuerte" de Loreto, era una obra de planta cuadrangular, cuyas ruinas existen todavía. Este fuerte, de trazado abaluartado, comprendía cuatro baluartes circulares, que recuerdan los llamados "rondeles" tan usados en Europa durante el siglo XVI, ligados por otras tantas cortinas de unos 60 metros de longitud.

El obstáculo del "fuerte", es decir, el foso, también de 6.50

metros de anchura media en el fondo, tenía (y aún conserva en la actualidad) parte de su escarpa y contraescarpa cortadas en la roca caliza, pero su profundidad era pequeña pues en algunos lugares apenas alcanzaba 1.50 metros. La escarpa, de mampostería de piedra, tenía un espesor medio de 1.80 metros y estaba coronada por una banqueta de tiro, a lo largo de las cortinas solamente, y por un parapeto del mismo material, de un espesor variable de 0.80 a 0.90 metros en todo su desarrollo.

En el interior de la obra existía la antigua iglesia, edificada hacia 1720 por el padre Baltazar Rodríguez Zambrano, a semejanza de la catedral de la ciudad de Loreto, en los Estados Pontificios, encerrando la "Santa Casa". Este santuario se consideró como fortaleza a partir de 1789, fecha en que se creó el Regimiento Provincial de Puebla. Hacia 1803 se le destinó a lugar de arresto para oficiales; en 1812 se fortificó ligeramente y en 1821, el brigadier español Ciriaco del Llano mandó hacer allí una fortificación en toda forma, quedando comprendida en su interior la iglesia en cuestión, para resistir el ataque emprendido por Agustín de Iturbide, al sufrir la ciudad de Puebla el primer sitio que registra su historia y que concluyó con la entrada a la plaza del Ejército Trigarante, el 2 de agosto de 1821. Esa iglesia, cuyos muros tienen un espesor medio de 0.80 metros, servía de reducto a la guarnición defensora, pues comprendía unos 16 locales, sin sótanos, situados alrededor de un patio central.

La entrada del "fuerte', establecida hacia el Sur, estaba defendida débilmente por dos "garitones" interiores, por lo que se construyó un "rediente" para reforzar el lugar; el foso se salvaba por medio de un puente ciego de mampostería.

Además, fueron acondicionados 8 troneras en cada baluarte, por lo que el "fuerte" podía alojar 32 piezas de artillería en total.

Todos los trabajos antes mencionados con algún detalle, fueron emprendidos, unos desde el día 3 de mayo y los otros, sólo hasta el día 4, debido a que como ya se ha repetido varias veces, se carecía de la herramienta necesaria.

Organizada como acaba de indicarse la defensa de la ciu-

dad de Puebla, las tropas mexicanas ocuparon las obras en la forma siguiente:

La división del general Negrete (unos 1 200 hombres), fue destinada a ocupar los cerros de Loreto y Guadalupe, y con las brigadas Berriozábal, Díaz y Lamadrid, se formaron tres columnas para realizar los contraataques; pero en vista de que el adversario atacó los cerros, cosa que el general en jefe mexicano consideró poco probable, a última hora dispuso que la Brigada Berriozábal reforzara la posición defensiva de los cerros, ocupando el Cuerpo de Carabineros a Caballo la izquierda de la posición, para evitar el movimiento envolvente por ese lado; quedando el Batallón de Zapadores de la Brigada Lamadrid, en el barrio de Chanenetla, constituyendo la reserva de esas fuerzas.

De todas las obras de fortificación sólo el "fortín" de Guadalupe fue atacado. Este "fortín" fue sometido a un cañoneo ininterrumpido durante cerca de dos horas, recibiendo buen número de impactos de la artillería francesa, sin resultado favorable para la fortificación; y de las tres columnas de ataque lanzadas por los franceses sobre la línea de los cerros de Loreto y Guadalupe, solamente una pudo llegar a coronar el parapeto casi intacto del fortín de Guadalupe, sin que los asaltantes lograran apoderarse de la obra, porque el reducto jugó perfectamente su papel, al recibir a los atacantes con un vivísimo fuego de fusilería, que partía del parapeto y de la edificación interior, obligándolos a retirarse después de sufrir fuertes pérdidas.

Debido a la defectuosa preparación de las tropas mexicanas (la mayor parte de ellas tenía una mediana instrucción), el pánico hubo de hacer presa en ellas cuando algunos enemigos lograron coronar el parapeto, pero gracias a la energía del general Miguel Negrete, la confianza volvió al espíritu de aquellos soldados patriotas, que aún carentes de las buenas cualidades de las tropas veteranas, poseían un valor desmedido y una abnegación sin límites.

La batalla terminó, como es sabido, con la retirada tres días después del ejército expedicionario invasor rumbo a la ciudad de Orizaba, habiéndose realizado el milagro de que

el mal organizado ejército mexicano batiera a un ejército de tradición gloriosa, todo esto, debido en gran parte, a la utilización racional del noble arte de la fortificación.

Por último, conviene hacer constar que el triunfo de las armas mexicanas en Puebla se logró bajo las siguientes adversas situaciones.

1ª Los progresos habidos en la fortificación en aquella época, especialmente en los Estados Unidos, no eran aún conocidos en México. Me refiero, por una parte, a la aparición del "orden disperso" en lugar del "orden cerrado" acostumbrado hasta entonces. También hay que agregar que se prestó poca atención a las defensas accesorias.

2ª Las dos fortificaciones de Loreto y Guadalupe fueron organizadas para servir simultáneamente como baterías de artillería y como puntos de apoyo de infantería. Es decir: podían participar tanto en la lucha lejana como en la cercana, pero al estar colocadas ambas armas (infantería y artillería) en la misma cresta de fuego, se arriesgaba que los parapetos para la infantería fueran destruidos durante la lucha lejana y que, al llegar la lucha cercana, la infantería ya no tuviera sus parapetos en buenas condiciones. Esto no llegó a suceder, porque la artillería francesa no pudo arreglar su tiro de destrucción, debido a que los fortines mexicanos coronaban la cresta topográfica y el tiro no fue de fácil corrección para los artilleros.

3ª La carencia en el ejército mexicano de tropas en posesión de herramientas de trabajo eficaces, así como la falta de unidades con conocimientos técnicos —tropas de Ingenieros— hizo imposible realizar obras de mayor consistencia. El Batallón de Zapadores, que desde 1828 había existido en el ejército mexicano, desapareció en 1860 y no había sido reorganizado aún en el nuevo ejército federal. El Batallón de Zapadores de la Brigada Lamadrid, aunque llevaba ese nombre, en realidad era un batallón de infantería, pues su personal de tropa no estaba instruido en los trabajos relacionados con su especialidad y, además, la oficialidad era de aquella arma y no de ingenieros.

LA DOCTRINA JUÁREZ

Daniel Cosío *Villegas*
El Colegio de México

El fácil ejercicio periodístico de comentar y citar los mensajes presidenciales hasta hacer con ellos libros enteros donde se pretende presentar la "política" exterior, la educativa, o la agraria del país, no ha encontrado, por lo visto, mucha sustancia en el manifiesto y el mensaje de Juárez, ambos de 1867. Los dos son, sin embargo, documentos notables: resisten venturosamente la comparación con cualquier otro de esta u otra época de nuestra vida nacional. Muy conocido es, por lo menos, un párrafo del manifiesto que Juárez hace público el 15 de julio de 1867, al regresar el gobierno republicano después de cuatro años de ausencia, durante los cuales se repliega ante la acometida extranjera y conservadora, para sobreponerse a ella finalmente. Ese párrafo es el famoso de "... entre los individuos, como entre las naciones, el respeto al derecho ajeno es la paz". Pero en el mismo manifiesto hay esta otra frase: "Hemos alcanzado el mayor bien que podíamos desear al ser consumada por segunda vez la independencia nacional." Su importancia es singularísima, pues sin duda es la convicción de que sólo con la victoria sobre la Intervención y el Imperio México había alcanzado de verdad su autonomía. En esta idea se inspiró el otro documento, el mensaje que Juárez lee el 8 de diciembre de 1867 al reanudarse, con el IV Congreso, la vida constitucional del país. En sus escasas tres páginas y media no llega a asomar siquiera la jactancia, ni la propia de su autor, a quien los hechos habían convertido en el símbolo del triunfo republicano, ni de la República o del país, por la victoria completa sobre el partido conservador y la iglesia, sobre Francia y el Imperio, y sobre las potencias de la Europa occidental que, aun cuando no participaron en la lucha armada contra la República, tomaron sin vacilar y sin escrúpulo el partido de Francia y del Imperio. Tampoco, ni remotamente,

transpira odio por el enemigo vencido, ni la más lejana insinuación de vengarse o desquitarse de él. Sobrio en su extensión y en su lenguaje, es nobilísimo de intención, pues todo él, en rigor, se endereza a congratularse por la natural facilidad con que la República ha reiniciado su vida, conservando la paz, creando la confianza, eligiendo autoridades legítimas y estables, lo mismo las municipales que de los estados y la federación. Y anuncia también el mensaje la fe, la decisión y la firmeza con que la República debe acometer la tarea de reconstruir el país y hacerlo progresar hasta obtener el bienestar y la dicha prometidos por las leyes y las instituciones republicanas y democráticas.

De ese mensaje, sin embargo, no interesa aquí sino uno solo de sus aspectos, aun cuando de los más novedosos y menos comentados. Juárez dice en él que el pueblo había combatido la intervención monárquica, cuyo propósito fue destruir la República y su gobierno, hasta alcanzar el doble resultado de derribarla, y de que la República, en pie siempre, saliera con bien de la lucha y "más fuerte en el interior y más *respetada en el exterior*". En seguida hace la observación de que "los hijos del pueblo", al ir recuperando el territorio antes ocupado por los ejércitos adversarios, habían restablecido autoridades republicanas que desde el primer momento dieron protección y garantías a todos, inclusive a sus enemigos, fueran éstos mexicanos o extranjeros. En cuanto a la posición internacional en que se hallaba la República Restaurada, Juárez destaca el hecho de que México se quedó durante la guerra con la sola compañía de las repúblicas americanas, cosa explicable por ser comunes a todos los principios y las instituciones democráticas. En cuanto a las demás naciones, Juárez dice clara, templada y diplomáticamente:

> A causa de la Intervención, quedaron cortadas nuestras relaciones con las potencias europeas. Tres de ellas, por virtud de la Convención de Londres, se pusieron en estado de guerra con la República. Luego, la Francia sola continuó la empresa de la intervención; pero después reconocieron al llamado gobierno sostenido por ella los otros gobiernos europeos que habían tenido relaciones con la República, a la que desconocieron, separándose de la condición de neutralidad. De este modo, *esos* gobiernos rompieron

sus tratados con la República, y *han mantenido* y *mantienen* cortadas con nosotros sus relaciones.

La conducta del gobierno de la República ha debido normarse en vista de la de *aquéllos* gobiernos. Sin haber pretendido nada de ellos, ha cuidado de que no se haga nada que pudiera justamente considerarse como motivo de ofensa; y no opondría dificultad para que, en circunstancias *oportunas,* puedan celebrarse *nuevos* tratados, bajo condiciones *justas* y *convenientes,* con *especialidad* en lo que se refiere a los *intereses del comercio.*

Juárez recalca que su gobierno había cuidado de que los nacionales de esas potencias residentes en México gozaran de la protección de las leyes y de las autoridades del país en el mismo grado y con el mismo título que los mexicanos. Semejantes medidas, y la nobleza del pueblo mexicano, que hacía verlos no como enemigos personales y ni siquiera del país, habían dado el resultado de que ningún extranjero se hubiera quejado de nada. Así, Juárez todavía se da el lujo de comentar con la misma sobriedad:

Prácticamente se ha demostrado que por la ilustración de nuestro pueblo, y por los principios de nuestras instituciones liberales, los extranjeros residentes en México, *sin necesidad* de la protección *especial* de los tratados, son considerados con igualdad a los mexicanos y disfrutan de los derechos y las garantías otorgadas por las leyes.

En esa forma, sin alzar la voz y menos usar una sola palabra airada o siquiera altisonante, Juárez anuncia, a Europa y al mundo, que México se dispone a dar una nueva mano en el juego de cartas internacional.

En primer lugar, hace la observación de que la victoria había fortalecido interiormente al país, es decir, las diferencias profundas, en apariencia irreconciliables, que habían separado a los mexicanos, y que, por sobre todas las cosas, hicieron posible —y, para algunos, irremediablemente necesaria— la intervención, habían desaparecido, o, al menos, iban a hallar un modo de avenirse. Desde luego, los liberales, antes divididos por tanto motivo ideológico o personal, reconocieron ante la intervención y el Imperio el denominador común de su nacionalismo y de su republicanismo. En segui-

da, los conservadores, al ser derrotados militarmente de un modo ya irreparable, no sólo tendrían que renunciar a acudir de nuevo al extranjero para imponerse a sus adversarios, sino que debían hallar un *modus vivendi* dentro de las instituciones republicanas y democráticas previstas por la Constitución. Formarían y actuarían, sin duda, como un grupo o partido opositor, pero no de las instituciones, sino de los programas o medios del gobierno liberal.

Mas Juárez señala también la otra consecuencia necesaria de la victoria: ahora se respeta más a México en el exterior, porque, aparte de haber ganado internamente en cohesión y fuerza, cualesquiera que fueran las explicaciones y atenuantes, el hecho grueso, pero indiscutible, habría sido que el mayor poder militar de la tierra había fracasado en su propósito de mantener en México el imperio de Maximiliano. Esa fortaleza nueva a que Juárez se refería en su mensaje, la que creaba una actitud de respeto en el exterior, no era, por supuesto, de naturaleza militar, aun cuando la contienda, en último término, se hubiera liquidado militarmente. Su esencia, más que nada, era moral: la resolución tenaz, el carácter firme, para defender en todos los terrenos, incluso el de la lucha armada, un modo propio de ser, el suelo en que se vive y lo que en él florece, lo mismo lo espléndido o simplemente bueno, que lo malo y hasta lo condenable sin reserva.

Juárez en seguida subraya el hecho de que la protección de las autoridades republicanas, en cuanto se instalan en los lugares desalojados por sus adversarios, se extiende hasta sus enemigos, los mexicanos conservadores y los extranjeros que en alguna forma habían servido al gobierno imperial. Es más: la equidad de esas autoridades, y, sobre todo, la ilustración del pueblo mexicano, habían demostrado, con la fuerza incontrastable de los hechos que los extranjeros vivían exactamente como los mexicanos, sin necesitar para ello de la protección "especial" que pretendían otorgarles los tratados o convenciones internacionales. La experiencia había demostrado, pues, que esos tratados no eran tan necesarios como México lo había creído hasta entonces, y como ciertamente se lo habían asegurado las potencias extranjeras que los exigieron. Juárez

remacha suavemente este clavo al decir que si alguna vez México se decide a celebrar nuevos tratados con los países con quienes ahora no tiene relaciones, preferirá los comerciales, es decir, los que crean relaciones e intereses económicos, a los simplemente políticos, o sea, los que crean tan sólo relaciones de gobierno a gobierno.

Todo esto, sin embargo, no era sino el trasfondo o el soporte de la declaración más importante del mensaje: México consideraba insubsistentes todos los tratados que lo habían ligado a esas potencias hasta principiar la guerra de intervención. La importancia de esa declaración se mide con facilidad si se recuerda, primero, que los únicos tratados que México tenía con Inglaterra, Francia y España eran los que amparaban las deudas contraídas por el país, muchas de ellas desorbitadas, de un origen y una historia no ya irritantes, sino oprobiosas, y, por otra parte, que el incumplimiento de los tratados y del pago de las deudas que amparaban había sido la causa principal de coaligarse los tres países acreedores para imponer su pago con las armas.

Pero Juárez se cuidó mucho de darle a esa resolución el carácter de un acto resuelto por México; antes bien, la atribuye a la conducta de esas potencias. Decía que tres de ellas, España, Inglaterra y Francia, se habían puesto en estado de guerra contra México a consecuencia del convenio que firmaron en Londres el 31 de octubre de 1861, y aun cuando sólo Francia la llevó materialmente adelante, las otras desconocieron a la República al reconocer al Imperio, y, en consecuencia, ellas fueron las que cortaron sus relaciones con la República. De ese modo, los tres países rompieron *sus* tratados con México, a quien no le quedaba entonces otro camino que conformarse a lo resuelto por Francia, España e Inglaterra. A pesar de ello, México no opondrá dificultad para que, cuando sea oportuno, se celebren nuevos tratados; pero, como nuevos, tendrán que hacerse en condiciones también nuevas, o sea, "justas y convenientes" para México.

EZEQUIEL MONTES, a quien, como presidente de la cámara de diputados —única que entonces existía— le tocó contestar el

informe de Juárez, además de insistir en el buen trato que los franceses residentes en México habían recibido en los peores momentos de la guerra, recordó el decreto del 12 de abril de 1862, cuyo artículo 5º declaraba que quedaban bajo la salvaguarda de las leyes y las autoridades mexicanas. Define más los campos cuando declara que sería injusto tener como culpable de la Intervención al pueblo de Francia, pues había sido obra exclusiva de Napoleón III. Todavía más, admite agradecido que franceses eminentes hubieran protestado públicamente contra ella, hecho que —se aventura a suponer— alguna vez crearía una política francesa nueva, que haga justicia a México y repare los agravios cuya víctima había sido México.

Montes, sin embargo, en su deseo de ser, o más enérgico o más explícito, sólo recogió del mensaje de Juárez un punto, y ciertamente no el de mayor interés:

> México —dijo— no rehusa su amistad o su comercio a ningún pueblo de la tierra; pero no solicitará las relaciones diplomáticas de ninguna nación: ha probado al mundo que es capaz de defender sus derechos soberanos contra un enemigo poderosísimo, y está convencido de que no necesita de que ningún gobierno extranjero reconozca su existencia como nación independiente.

En el espíritu del mensaje de Juárez estaba que México no solicitara de nadie la reanudación de las relaciones diplomáticas, así como considerar innecesario a su condición de soberano el reconocimiento de los gobiernos extranjeros; pero, aun solicitada por éstos, ¿la reanudación se haría admitiendo la vigencia de los tratados que México había celebrado alguna vez con ellos, o, como Juárez lo había anunciado, sólo se celebrarían tratados nuevos, y, además, justos y ventajosos?

El mensaje de Juárez y la respuesta de Ezequiel Montes fueron comentados por los principales periódicos de la época, aun cuando no con mucha perspicacia ni especial detalle. *El Monitor Republicano* consideró importante esta declaración sobre una nueva política internacional, y aseguró que, en contraste con los problemas de política interna, respecto de los cuales las opiniones estaban divididas, expresaba "fiel-

mente la voluntad nacional". *El Globo,* vocero de la oposición porfirista, y dirigido por Manuel María de Zamacona, creyó que el mensaje usaba un lenguaje débil o de escaso relieve al comentar la situación internacional del país:

> Al triunfar México, han triunfado con él los pueblos todos que gimen bajo el yugo de la fuerza. Las palabras con que anunciamos solemenemente nuestra victoria son una promesa y una profecía de redención para todas las naciones oprimidas, y deberían haber tenido un tono grave y elevado para que penetraran en todos los corazones.

El Constitucional, además de creer que el mensaje expresaba ideas y sentimientos de toda la nación, extremaba hasta la vulgaridad la sensación de horror de volver a tratar con quienes tantos males habían traído a la nación:

> Por ahora, México sólo conserva relaciones amistosas con las repúblicas hermanas de la América, y ojalá que nunca volviéramos a entablar ningunas con los reyes europeos, tan falsos, tan desleales y odiosos.

El horror de *El Constitucional* resultó tan ingobernable, que censuraba la excesiva "espontaneidad" con que Juárez se disponía a recibir sugestiones para celebrar tratados comerciales con esos "reyes odiosos": antes de hacerlos, deberían, por lo menos, reparar las "enormes pérdidas" que le habían acarreado a México.

Fue Francisco Zarco —como era de esperarse— el comentarista más atento. Dedicó un largo artículo de *El Siglo XIX* a juzgar el mensaje presidencial, y otro a la respuesta de Montes. Zarco convenía en que, a diferencia de los norteamericanos, los mensajes presidenciales en México no eran largos ni detallados, ni se les destinaba a provocar el gran debate político, corriente en Estados Unidos. Las circunstancias especialísimas que acompañaban a éste de Juárez, sin embargo, habían creado una verdadera expectación, no sólo en el país, sino en el mundo entero, según Zarco suponía. Advierte y alaba su tono "sereno y tranquilo", así como la exclusión de toda pasión o resentimiento. A pesar de ello, Zarco, amigo

y admirador de Juárez, pero hombre independiente hasta la inhumanidad, hace esta observación, que debió herir profundamente a Juárez, y que ciertamente no justifica la sola lectura del mensaje:

> Hay, sin embargo, en el estilo cierta languidez, cierta debilidad, que hacen la impresión de la fatiga del viajero que, después de una penosa peregrinación, vence su última jornada.

Zarco hubiera deseado que el presidente, tras consignar el hecho de que México había contado durante los años aciagos de la intervención con la simpatía de las repúblicas americanas, anunciara su propósito de estrechar con ellas las relaciones hasta formar el reconocimiento expresado por el apoyo prestado a México por Estados Unidos, a pesar de haber sido tardío y de no haber pasado jamás de ser moral. Una aprobación total le merecen la declaración de que las potencias que reconocieron al Imperio habían roto sus tratados con México, y la disposición de celebrar nuevos que sean justos y convenientes.

La misma naturaleza de los mensajes presidenciales mexicanos hacía que las respuestas de los presidentes de la Cámara sean siempre "una lánguida paráfrasis de cada párrafo [de ellos], sin que expresen las opiniones y los propósitos de la representación nacional". En esta vez, por excepción —asegura Zarco—, la respuesta de Ezequiel Montes indica un "completo acuerdo" entre los dos poderes en la materia de las relaciones internacionales.

No provocaron una reacción inmediata la declaración del presidente Juárez y el comentario de Ezequiel Montes, pues la República debía hacer frente a una tarea de reconstrucción capaz de consumir íntegramente su tiempo y su energía. Así, Juárez mismo, el iniciador de esta nueva actitud internacional, no volvió a señalarla en sus seis siguientes mensajes al Congreso, de 29 de marzo, 1º de abril, 31 de mayo y 16 de septiembre de 1868, y del 21 de enero y 1º de abril del año siguiente. Y, sin embargo, tan el asunto estaba en el aire, que Manuel María de Zamacona, al responder al penúltimo de esos mensajes, donde Juárez aludió a la ratificación hecha

por la Cámara de la Convención de Reclamaciones firmada con Estados Unidos el 4 de julio de 1868, afirma que la tal convención era un "anuncio al mundo" de que "el pueblo mexicano" fincaría sus futuras relaciones internacionales en "bases de justicia, de igualdad y reciprocidad". Zamacona —como antes Ezequiel Montes— recogió sólo un punto de la declaración primitiva de Juárez: los nuevos tratados debían ser justos para México, o sea, que si algo concedía, algo debía recibir en cambio. En verdad era pertinente este comentario, pues, contrariamente a lo que en algún momento se temió, esa Convención de Reclamaciones preveía que las dos partes contratantes presentaran las reclamaciones que tuvieran contra la otra. Y Ezequiel Montes, como acaba de verse, insistió en que México no daría el primer paso para reanudar las relaciones con los países que lo habían ofendido con la Intervención. Pero ni uno ni otro aludieron siquiera a la insubsistencia de los viejos tratados, que, para Juárez, era el eje de la nueva posición internacional de México.

Juárez, ante esta comprensión apenas parcial de su doctrina y ante la posibilidad de lograr pronto su primer fruto, resolvió reiterarla ante el mismo IV Congreso, el 31 de mayo de 1869. Se refirió primero, a las relaciones con Estados Unidos, y, al hacerlo, inventó una expresión que más de sesenta años después iba a atribuirse a un presidente norteamericano: habló, en efecto, de que México mantenía con Estados Unidos las mejores relaciones de amistad y de "buena vecindad". Pero su objetivo no era inventar frases, por supuesto, sino reiterar que México consideraba insubsistentes los antiguos tratados, a pesar de lo cual estaba dispuesto a reemplazarlos con otros nuevos, justos y convenientes, en cuanto lo pidieran los gobiernos interesados. Esa resolución era tanto más justificada cuanto que Juárez pudo anunciar entonces, con sereno orgullo, que una "nueva y grande potencia europea", la Alemania del Norte, había iniciado sus relaciones con México proponiendo concertar un tratado de comercio.

EL PRESIDENTE de la Cámara—en esta vez Francisco Gómez del Palacio— comentó el tema de las relaciones exteriores, en

primer término, para dolerse de que, dada la situación creada en ellas por el Imperio, los legisladores poco habían podido hacer en esta materia, como no fuera asociarse, "declaradamente y sin reservas", con "simpatías y decidido apoyo", a la doctrina presidencial, que el poder legislativo encontraba "llena de conveniencia y de dignidad". Aun cuando —según se ha visto ya— los presidentes de la Cámara habían subrayado alguno de los puntos de la doctrina juarista, era ésta, en rigor, la primera vez en que se habló de una manera explícita y reiterada de que el poder legislativo la aprobaba. Tal vez ocurrió así porque Gómez del Palacio recogió algo más de su esencia, al decir:

> ...entablar de nuevo relaciones con los gobiernos de los países que le trajeron [a México] la ruina y la desolación, e intentaron arrebatarle su independencia, no es cosa que convenga a sus intereses ni cumple a su decoro tomar la inicitiva; jamás ha derivado beneficio alguno de sus tratados con las potencias europeas, y es natural que no desee con ellas más relaciones que las que exige la más estricta y rigurosa justicia...

Salvo la insubsistencia de los antiguos tratados, Gómez del Palacio había comentado los otros dos puntos de la doctrina de Juárez: México no tomaría la inicitiva para el reanudamiento de relaciones, y los nuevos tratados que se le propusieran debían ser justos y ventajosos para él.[1]

En esa expresión de su mensaje: *"grande* y *nueva* potencia" —expresión que, sin duda, Juárez escogió cuidadosamente— estaba el gran secreto..., un gran secreto que ni él ni su ministro de Relaciones descubrieron. Más de un año antes habían principiado las gestiones: George Bancroft, ministro norteamericano en Berlín, escribió el 17 de abril de 1868 al secretario de Estado, William H. Seward, una carta personal donde le transmite la noticia de que algún alto funcionario de un nuevo estado alemán —al cual él mismo y Seward llaman indistintamente en su correspondencia "Prusia", "Alemania del Norte", "Estados Unidos del Norte de Alemania", "Confederación Germánica del Norte", etc.— había manifestado su deseo de "restablecer" sus relaciones con México, cosa que a Bancroft le parecía sumamente recomendable.

Seward toma muy a pecho la sugestión, pues fortificaría la posición internacional de Estados Unidos como intermediario entre Europa y la América Latina, y aumentaría así el prestigio y la influencia de su gobierno en una y otra parte. Por cable y en cifra —vía La Habana—, en efecto, Seward instruye a su representante en México para que de una manera personal y confidencial se le transmita al presidente Juárez un mensaje suyo. Dice en él que le parece innecesario reiterar al Presidente su deseo de velar por la seguridad y el bienestar de México. De ahí que quiera recomendarle que considere la posición política peculiar de Prusia, "ahora la Alemania del Norte": sirve de freno de Francia y de Austria, las dos potencias de quienes México había sufrido más con la Intervención; Prusia, además, no se mezcla en los asuntos internos de los países americanos. Por eso cree que México se beneficiaría de mantener relaciones diplomáticas con Prusia, "cabeza de la Confederación Germánica del Norte". Seward, además, tenía razones para creer que, si se lo indicaba así, el rey de Prusia mandaría a México un ministro. Pedía, en fin, que se le contestara cuanto antes, y de una manera confidencial, a través de Edward Lee Plumb, su encargado de Negocios en México.

El 9 de junio pudo Plumb dar cuenta de haber cumplido con el encargo, y aun transmitir la respuesta de Lerdo de Tejada, respuesta que éste había considerado, sin embargo, durante tres largas semanas. El ministro mexicano principia por agradecer la intención y los términos benévolos del mensaje de Seward, y por declarar su conformidad con las consideraciones que éste hace para fundar la recomendación. A ellas, Lerdo quiere agregar una de su propia cosecha:

> El gobierno de México tiene también el mejor espíritu para desear [las relaciones], porque entre el recuerdo de sus dificultades con otras potencias europeas, conserva una grata memoria de que mantuvo relaciones de cordial amistad con Prusia, sin que ningún motivo de desacuerdo las turbase por muchos años.

Este aparente desahogo sentimental perseguía el propósito de paliar la siguiente dificultad, la única que Lerdo se sentía

obligado a señalar a Seward: el gobierno de México había declarado ya que consideraba caducos los tratados que tenía celebrados con los países que habían participado en la Intervención, o que desconocieron a la República al entablar relaciones con el Imperio. Por añadidura, como semejante declaración había sido aprobada ya por el Congreso, el Ejecutivo no podía ahora sino acatarla. Lerdo saca entonces una conclusión que parece confusa o débil, pero que sin duda es intencionada:

> La buena voluntad del Ejecutivo para reanudar relaciones con Prusia sólo se detendría por la necesidad de mantener generalmente ese principio respecto de otras naciones con las que la República ha tenido graves dificultades.

La conclusión parece confusa, porque dice de *reanudar* relaciones con Prusia, a pesar de que en esa misma nota Lerdo habla de esta potencia "como cabeza de la Confederación Norte-Alemana"; pero la intención se advierte cuando Lerdo la concluye asegurando que si Prusia quería mandar a un ministro para negociar un tratado de amistad nuevo, sería bien recibido, es decir, sería bien recibido porque Prusia llenaría las tres condiciones esenciales proclamadas por Juárez en su mensaje: solicitar la reanudación de relaciones, aceptar la caducidad de los viejos tratados, y celebrar nuevos, justos y convenientes para México.

Seward, o no entendió la duda de Lerdo, o no le dio el valor de un obstáculo insalvable para la negociación que hacía, y esto a pesar de que Lerdo, inseguro de haberse expresado con toda la eficacia necesaria, inmediatamente le pidió a Matías Romero —que "tanto sabía de la política internacional de Estados Unidos"— que le explicara a Seward la posición de México. Éste, sin embargo, le aseguró a Romero que le había parecido satisfactoria la respuesta del gobierno mexicano, y volvió a repetir que creía necesario que México reanudara cuanto antes sus relaciones con las potencias europeas, pues mientras viviera en el aislamiento en que ahora se encontraba, subsistiría el peligro de que se formara en su contra "alguna combinación". Por otra parte, Seward no per-

dió tiempo en mandar la respuesta de Lerdo a Bancroft, a quien le recomienda, por una parte, que ni ése ni ningún papel concerniente a esta negociación fuera registrado oficialmente en los archivos de la legación y en los de la cancillería alemana; por otra parte, que, a más de hablar con algunos de los altos funcionarios de esa cancillería sobre el asunto, les enseñe confidencialmente la nota de Lerdo.

Cuando esta comunicación de Seward llega a Berlín, Bancroft estaba ausente, de modo que la atendió el encargado de negocios Alexander Bliss. No pudo avanzar mucho, sin embargo, pues Delbrück, presidente de la Cancillería, quiso de momento reservarse su opinión sobre los documentos que se le dieron, limitándose a agradecer la mediación del secretario de Estado. Un mes después Bancroft —de regreso en su puesto— puede comunicar que la Confederación del Norte de Alemania había resuelto enviar a México un encargado de negocios con plenos poderes para negociar un tratado. Bancroft, a más de rogarle a Seward que interceda cerca del gobierno mexicano a fin de lograr una "buena recepción" para el enviado, explica la buena solución (que nadie había sospechado hasta entonces) que la Cancillería alemana había hallado: el encargado de negocios no representaría al reino de Prusia, sino a la Confederación del Norte de Alemania, que, como estado nuevo, no tuvo, ni podía haber tenido relaciones con el imperio de Maximiliano. Bancroft, temeroso, quizás, de que no se entendiera suficientemente la diferencia, insiste: "no se trata, pues, de una reanudación de relaciones diplomáticas, sino de que por primera vez se establecen".

El Secretario Seward se apresuró a darle tan buenas noticias a Matías Romero: "Deseo sinceramente, por el interés de México y de Estados Unidos, que el nuevo representante sea recibido bondadosa y favorablemente". Explica en seguida que no se trata de reanudar relaciones con un antiguo estado, sino de crearlas por la primera vez con uno nuevo. "Así —agrega— se evitan todas las antiguas complicaciones". Inseguro Seward de que todo esto pudiera satisfacer plenamente a Lerdo y a Juárez, concluye su nota informal a

Romero: "Confío demasiado en la discreción del gobierno mexicano para dudar de que inferirá las muchas razones que hay en favor de la opinión que he expresado, sin hacer una relación especial de ellas."

Lerdo de Tejada tuvo una reacción que pudo haber parecido curiosa a Seward, pero que se avenía perfectamente a la nueva política internacional del presidente Juárez: México recibiría con toda la consideración al enviado de la Confederación Germánica del Norte, aun cuanto antes había declarado que lo recibiría como representante de Prusia para que negociara con México un nuevo tratado. Lerdo se contuvo en sus instrucciones a Romero, pues no llegó a decir lo que, sin embargo, puede inferirse de ellas: puesto a elegir, México hubiera preferido reanudar sus relaciones con Prusia a crearlas con la Confederación Germánica del Norte, pues así hubiera logrado el primer acatamiento a su nueva política: Prusia había pedido la reanudación, y la había pedido reconociendo la caducidad de los viejos tratados, puesto que despachaba a un enviado especial a negociar uno nuevo.

Matías Romero no recibió en Washington esa nota de Lerdo, pues había sido llamado a México para encargarse de la Secretaría de Hacienda. Desde aquí le envió una copia a Seward, y éste, a su vez, la transcribió a Bancroft para que diera a conocer confidencialmente su substancia a las autoridades alemanas. El 15 de enero de 1869 Bancroft comunica (todavía bajo la forma de una carta personal) que la cancillería alemana le informaba que el rey de la Confederación había aprobado ya el nombramiento de un cónsul general y encargado de negocios, que se trasladaría a México. Bancroft, a más de felicitar a Seward por el feliz término de la negociación, insistía en que se le recomendara al gobierno de México darle al enviado alemán una recepción cordial. Menos de un mes después, Bancroft comunica, además del nombre del encargado elegido, la noticia de que en varias cortes europeas había suscitado gran interés este hecho, y que sabía, aun cuando privadamente, que Bélgica, Francia e Inglaterra podrían resolverse en no lejano tiempo seguir el camino así abierto por el gobierno de Estados Unidos.

Seward no da a entender que estuviera particularmente satisfecho con el éxito, quizás porque no dejaba de considerar que, después de todo, a él no se le había ocurrido iniciar la gestión, aun cuando no cabe duda de que la manejó con gran vigor. En cambio, parece preocuparle más de la cuenta la recepción que von Schloezer podía tener en México. Para asegurarse de que sería la mejor, escribió esta vez a su nuevo ministro en México, el general William J. Rosecrans: el enviado alemán es persona de gran distinción, como que desciende de un gran historiador alemán, y como está ya para embarcarse hacia México, quiere recomendarle que se le pida al presidente Juárez y a su ministro de Relaciones Lerdo que lo reciban amablemente:

> Estos dos distinguidos caballeros —le decía— están enterados de que yo, desde el punto de vista de los intereses de México, le concedo gran importancia al restablecimiento de relaciones diplomáticas con aquellos estados europeos con los cuales pueda hacerse sin comprometer el honor del gobierno de México o herir las susceptibilidades de la nación.

Seward agrega que tiene razones para creer que la decisión de la Confederación Germánica del Norte puede dar lugar a otras semejantes de parte de varias potencias europeas.

Von Schloezer llegó a México provisto de una carta credencial de Bismark, como Canciller de la Confederación Alemana del Norte, para el presidente Juárez, y aun cuando la singularidad de no proceder de un jefe de estado dio lugar a varias conversaciones entre él y Lerdo de Tejada, al fin se convino en que éste lo recibiría oficialmente el 4 de mayo de 1869, y que su entrevista con el Presidente, que tendría un carácter privado, ocurriría el 7. Presentadas sus credenciales, von Schloezer anuncia que trae consigo un proyecto de tratado de comercio, que desearía dejar en manos de Lerdo desde luego.[2]

GEORGE BANCROFT tomó vuelo con el éxito de su gestión, pues apenas conocido el nombre del encargado de negocios alemán —prenda que consideró como definitiva—, se lanzó a pro-

mover la iniciación de relaciones de México con Italia. El 19 de marzo de 1869, sin decirle agua va al departamento de Estado, le escribe una carta personal a su "amigo" Matías Romero, ministro de Hacienda entonces, que inicia con esta complacida afirmación:

> Tan firmemente establecida en Europa está mi reputación de amigo de la República Mexicana, que quienes le desean bien me hacen depositario de sus simpatías.

Le cuenta entonces a Romero que cree fundadamente que el reino de Italia desea enviar a México un ministro residente; pero que, para hacerlo, desearía estar seguro de que será bien recibido, y sin que esto obligue al gobierno de México a corresponder con el envío de un agente diplomático a Florencia, entonces capital de Italia.

Bancroft, conocedor de la tesis del gobierno mexicano, tras de asegurarle a Romero que no le escribiría esa carta sin tener la certeza de que así favorece los intereses y la buena fama de México, entra en explicaciones: el reino de Italia es, desde luego, una nueva potencia (formada apenas en 1861); a pesar de ello, ha adoptado una actitud claramente desfavorable a Austria, y ahora se empeña en tener una política exterior propia, sobre todo con respecto a Francia. La creación de relaciones con México, quien no las tiene con Francia y de la cual ha recibido agravios, equivale a que Italia proclame ante el mundo su independencia internacional, además de ser una prueba de amistad por México. Italia puede ayudar a reafirmar el crédito exterior de éste, y, por supuesto, no pretenderá mezclarse en sus asuntos interiores. Bancroft, en fin, le pide a Romero que hable del asunto con el Presidente Juárez y con el "secretario de Estado de México", y que le transmita pronto sus opiniones.

Romero, como era natural, envía la carta a Lerdo, acompañada, eso sí, de una versión al español, con el ruego de que se le diga qué debe contestar. Lerdo lo hace después de consultar con el Presidente: cree que las observaciones de Bancroft acerca de la posición y la política internacionales de Italia son "muy oportunas, sabias y fundadas". Además, la

circunstancia, también señalada por Bancroft, de que Italia "en su forma actual" es una potencia nueva, facilitaría mucho las cosas. Pero esta admisión de Lerdo no le impide repetirle a Romero que México había hecho desde el 8 de diciembre de 1867 una declaración sobre la caducidad de los viejos tratados y su disposición de negociar nuevos cuando así lo desearan las potencias que habían roto con la República. Repite asimismo que, como el Congreso había aprobado la declaración, el Ejecutivo debía ajustarse a ella. Pero claro que, dicho todo esto, y en un lenguaje sin variante alguna, Lerdo reconoce que nada de ello es aplicable al presente caso, "porque si bien es cierto que cuando existía el reino de Cerdeña celebró con la República un tratado, no ha tenido ninguno con la nueva potencia del reino de Italia". Por eso, México está dispuesto a celebrar con ésta un tratado, y si el nuevo reino desea enviar un ministro, México lo recibirá con el "honor y las consideraciones debidas".[3]

Parecía llegado el momento en que el departamento de Estado tomara cartas en el asunto, pues en cuanto recibió la respuesta de Romero, Bancroft se dirigió al nuevo secretario de Estado Hamilton Fish, si bien en forma privada, y éste, ya oficialmente, al nuevo ministro de Estados Unidos en México, Thomas H. Nelson. Fish informa a Nelson algo que Bancroft había callado al comunicarse con Romero; como Italia no tenía una comunicación directa con México, el gobierno de Italia había ordenado a su ministro en Berlín que diera a conocer a Bancroft su deseo de "reanudar" sus relaciones con México. Fish cree que Nelson puede tratar el asunto callada y directamente con el presidente Juárez. Se le ordena que lo haga así sin un aplazamiento innecesario, y que le asegure al presidente que Estados Unidos vería con complacencia una resolución favorable de parte de México.[4]

Nelson tuvo buena fortuna, pues el 6 de julio asiste a uno de los raros banquetes oficiales que entonces se ofrecían, que dan al presidente Juárez y su gabinete en pleno. La comida, que en buena medida dio una ocasión para conversar espontánea y cordialmente sobre cuestiones internacionales, ofrece al ministro norteamericano una ocasión excelente para

abordar a Juárez una vez concluida. Para su sorpresa, en cuanto le da a conocer el contenido de sus instrucciones, Juárez acepta la sugestión sin titubeos, expresando, además, su reconocimiento al gobierno de Estados Unidos por la diligencia que había puesto en el asunto. Con esta prenda, Nelson se resuelve a despachar al día siguiente una nota formal al ministro Lerdo, que éste contesta a las veinticuatro horas. La nota de Lerdo casi no varía de la carta que le había escrito antes a Romero para que la transmitiera a Bancroft, excepto en un punto que no deja de tener importancia: dice que el gobiero de México había manifestado "desde hacía tiempo" su buena disposición de recibir a los representantes de aquellas potencias que quisieran renovar sus relaciones con él.[5]

El repartamento de Estado se apresuró a transmitirle a Bancroft las copias de los despachos de Nelson y de la respuesta a ellos del ministro mexicano de Relaciones Exteriores. Pronto comunica a Ignacio Mariscal, el nuevo ministro de México en Washington, que el gobierno italiano ha nombrado su ministro a Carlo Cattaneo, a quien Lerdo recibe el 16 de noviembre de 1869 como encargado de negocios. Así se crean las relaciones diplomáticas entre los dos países.[6]

ESTOS FUERON los primeros casos en que se aplicó la política internacional anunciada por Juárez en diciembre de 1867. Fueron, por supuesto, los más sencillos; los realmente gordos eran los de España, Francia e Inglaterra, es decir, las potencias signatarias del Convenio de Londres. La primera reanudó sus relaciones con México en 1871; la segunda en 1880 y la tercera, en 1885. Bélgica, caso intermedio, en 1879. En todos ellos se defendió y se impuso esa política internacional, aun cuando atemperada por el tiempo y las circunstancias.

NOTAS

1 *Informes y Manifiestos* II 3-30; *El Monitor Republicano* 12 15 17 diciembre, 1867; *El Siglo XIX* 11 12 diciembre 1867.

2 Archivo Nacional (Washington), Despachos Diplomáticos, Alemania 5 mayo 1869; *Ibid.*, Instrucciones Diplomáticas, México, 13 mayo 1868; Archivo Secretaría de Relaciones, México: L-E-7 6 27 junio, 26 agosto

1868; Archivo Nacional (Washington), Despachos Diplomáticos, Alemania, 22 junio, 23 julio, 26 agosto, 1868; Archivo Secretaría de Relaciones, México: L-E-7 14 septiembre, 7 noviembre 1868; Archivo Nacional (Washington) Instrucciones Diplomáticas, Alemania, 1º diciembre, 1868; *Ibid.,* Despachos Diplomáticos, Alemania, 15 enero, 10 febrero 1869; *Ibid.*, Instrucciones Diplomáticas, México, 24 febrero 1869; Archivo Secretaría de Relaciones, México: L-E-8 2 marzo, 2 5 abril, 1 3 4 mayo 1869.

3 Archivo Secretaría de Relaciones, México: L-E-14 19 marzo, 20 abril, 3 mayo 1869.

4 Archivo Nacional (Washington) Instrucciones Diplomáticas, México, 16 junio 1869.

5 Archivo Nacional (Washington) Despachos Diplomáticos, México, 8 9 julio 1869; Archivo Secretaría de Relaciones, México, L-E-14 9 julio 1869.

6 Archivo Secretaría de Relaciones, México: L-E-14 1 16 17 27 diciembre, 1869.

PEPITA PEÑA Y LA CAÍDA DE BAZAINE

J. M. Miquel i Verges

Pepita Peña es antítesis de Francisca Agüero.[1] Batalladora desde la época en que Bazaine la corteja en el México imperial, en aquel entonces contra el chisme y la irónica sonrisa, no ceja en su lucha hasta que la muerte del mariscal, acaecida en Madrid, cierra el último capítulo de su vida novelesca.

Bazaine, en cambio, tiene algo de Prim. La carrera militar ha sido para los dos dura y ruda; no ha habido academia; la academia, la guerra, y el ascenso, el heroísmo y la abnegación.

Nacido en Versalles el 13 de febrero de 1811, crece frente a las mismas inquietudes ambientales; los tres años que separan a Bazaine de Prim no son suficientes para distanciarlos, pero sí, acaso, el escenario de los acontecimientos. Las carreteras de Francia, cuando Bazaine juega con soldados de plomo, parecen retener todavía las huellas de la *Grande Armée* perdida en el ocaso de una gloria que pugnará por renacer. Los caminos de España ensangrentados por la ofensiva y retirada francesas, no han cesado en su púrpura; sangre de hermanos mantiene el delirio que se despertó cuando la invasión y no cesó después de la retirada. Francia se encerraba en la meditación mientras España abría todas las peligrosas puertas del individualismo guerrero. Prim encontró el ambiente en la guerra civil; Bazaine lo fue a buscar en la Legión Extranjera. Prim y Bazaine estuvieron siempre muy cerca y no se cruzaron jamás. Incluso para hacer más sorprendente la coincidencia, los dos enlazaron sus vidas con mujer mexicana.

Demos muchos pasos adelante para volver luego al inicio.

Mientras Bazaine no se resignaba a su cautiverio en la fortaleza de Santa Margarita, célebre por haber estado en ella la famosa Máscara de Hierro, hilo interminable de leyendas, hoy esclarecidas, su esposa, la mexicana Pepita Peña, trama

un plan de fuga, plan audaz, inverosímil casi, pero no en balde la emperatriz de Francia, la española Eugenia de Montijo, le dirá en tono de melindre, desusado en ella: *Mais ma petite marechale, l'histoire s'occupera de vous avec avantage...*

Dicho que al fin resultó desmentido por los hechos, por lo menos en México. Apenas si en la heterogénea balumba de los acontecimientos del efímero imperio de Maximiliano, suena su nombre. Las crónicas de la época hablan de su boda, de la pompa afrancesada del banquete, del atuendo de las damas, del porte gallardo —adjetivo muy del siglo—, de los caballeros, con sus uniformes deslumbrantes por las condecoraciones. Y sin embargo, ella, poco tiempo después del suntuoso festejo, desaparece del escenario mexicano. Su vida estará en París primero, más tarde en Madrid. No hay que olvidar que Josefa Peña cuenta tan sólo diecisiete años cuando enlaza su vida con Bazaine a quien podríamos calificar de último virrey, aunque a decir verdad, ninguno tuvo ni retuvo, como él, tanta autoridad, mando que incluso llegó a fastidiar a Maximiliano, al fin de cuentas su juguete trágico.

Corpulento aunque no rechoncho, el mariscal tiene cincuenta y cuatro años cuando su boda con Pepita, pero debió aparentar muchos más, ya que Blasio, en su *Maximiliano íntimo*, nos dice: "...llamó mucho la atención este matrimonio, pues el mariscal aunque fuerte y vigoroso era ya un hombre de sesenta y tantos años..." [2] Pero con el tiempo a cuestas y su viudez con una española (María Soledad Tormo), en los recuerdos, Bazaine bailaba habaneras y lanceros en los festejos de la Corte, con Pepita Peña, nieta de uno de los hombres iniciadores de la Independencia, sobrina de un antiguo presidente de la República. Con su casamiento daba fe al refrán castellano: "moza lozana, la barba cana".

El destino, un destino dramático, la llevaba ya entonces asida de la mano.

Se conocieron el 15 de agosto de 1864. Bazaine daba en el palacio de Buenavista, que había sido de los Pinillos, un gran baile, el primero desde la llegada de Maximiliano y Carlota. En aquella fiesta Pepita iba ataviada con un vestido azul y estaba algo deslumbrada por el ambiente. La invitación se

la había proporcionado un primo hermano suyo, Enrique Peña y Barragán quien, al decir de algunos, resistía la confabulación familiar para que se casara con Pepita. De ser verdad esta versión, aquel inicio de festejo con Bazaine debió caerle a maravillas.

Pepita, huérfana de padre, vivía con su madre en casa de una tía, Juliana Azcárate, viuda del que había sido presidente de la República, Manuel Gómez Pedraza. Los Azcárate y los Pedraza eran familias de abolengo en el México del XIX, en el cual, a pesar de los trastornos políticos a partir de la lucha por la independencia, el resquiezo que quedaba de la época colonial permitía mantener, aunque con luz débil, el esplendor criollo de la última década del setecientos.

Su primera danza, aquella noche, con el mariscal Bazaine, fue un vals, muy de la época y que la llevaría, con otras notas, a revolotear por el mundo.

A partir de aquel día, el hombre fuerte del débil imperio, pierde algo de su antipática presunción. Los vecinos de la calle del Coliseo Nuevo, donde vive Pepita, atisban al mariscal que, como cualquier mozuelo, anda y reanda frente a la casa de su amada y, en algunas oportunidades, a caballo y acompañado de su vistosa escolta de virrey. Resultaría teatral el desfile y un tanto jocoso el mariscal, con sus años, caracoleando el caballo árabe ante los ojos complacidos de Pepita, quien saludaba al galán levantando la mano.

La familia juarista por cierto, parecía también complacida; por lo menos aquel relucir de uniformes franceses impresionaría asimismo a la señora Azcárate, viuda de Peña.

De fiesta en fiesta, de baile en baile, se desmanejaba el hilo y en uno de ellos, en el de carnaval, se llegó al ovillo. Pepita Peña fue pedida en matrimonio por Bazaine. Las sonrisas irónicas de la alta sociedad mexicana, en algunos aspectos afrancesada, se mutaron en expresiones de sorpresa. La emperatriz había contribuido mucho a la decisión. Quizás ya de entonces no estaba cuerda.

A RAÍZ DEL NACIMIENTO del primer hijo de Pepita y de Bazaine, los emperadores aceptan el padrinazgo del niño, pero ya es

ésta la última escena del primer acto de su aventura iniciada en México. Otro hijo nació cuando ya se hacían los preparativos de la huida (en términos militares retirada), del ejército de Bazaine.

En 1867 veintiocho mil franceses embarcaban en Veracruz; en el último barco que levó anclas, iba Bazaine. El dorado sueño americano del segundo imperio francés había terminado.

Resignada de estar en la capital de Francia, en el París de sus ensueños de adolescente, Pepita, con sus dos hijos y una doncella mexicana llamada Dolores, pasea por los Campos Eliseos y asiste con su esposo a las fiestas y recepciones a que dan lugar la Exposición.

En aquel año, París es la ciudad más deslumbrante de Europa; allí acuden el zar de Rusia y el rey de Prusia, pero Bismark ya puede observar que detrás de la aparatosidad del ejército imperial, con uniformes de lucidos colores, hay un fondo de lamentable ineficacia.

En aquel ambiente un tanto exótico para un mexicano ¿no añoraría, Pepita, el México imperial, cuando bailaba con el emperador la cuadrilla de honor en los bailes de palacio? [3] A pesar de todo, hay bastantes datos para sospechar que Pepita se resistió a salir de México, donde en los últimos meses, después de la partida de Carlota, era ella la emperatriz. La adulación de los afrancesados no tenía límites.

El proceder de Bazaine en México, el imperio francés quiere olvidarlo después del estallido de los fusiles en Querétaro, pero en cambio, los emperadores, compensación limitada, lo distinguen y lo reciben en la corte con Pepita, quien habla frecuentemente en castellano con la emperatriz. Esta distinción le amortigua algo el pesar por la pérdida de su primer hijo, a quien, por lo visto, el padrinazgo de Maximiliano y Carlota puso en mal camino.

Cuando nace una niña del matrimonio, otros emperadores la apadrinan, esta vez Eugenia y Napoleón y la niña es bautizada con el nombre de pila de la emperatriz. Apenas empieza entonces el segundo acto.

En 1870 hay inquietud en Europa; el segundo imperio está viejo y simbolizado por el propio Napoleón con los múltiples tintes de su cabello; sin embargo nadie se da cuenta de ello y menos Pepita, quien "fue vista en la primera Corte de cuaresma, luciendo un vestido de gasa, tafetán y satén en tres tonos de verde, con una mantilla de encaje sobre sus hombros y unas hojas de terciopelo en su cabello". Las damas españolas, o de lengua castellana, estaban de moda en la corte imperial. Pepita lucía, además del atavío, sus veintidós años.

Generalmente las guerras de antaño nacían acompañadas de un indescriptible entusiasmo popular. Este hecho se produjo en Francia en 1870. Nadie, o muy pocos, preveían la derrota, aunque entre ellos estaba Bazaine, de quien se dice que dijo al partir para el frente: *Nous marchons a un desastre.* En contraste, sonaba en París y se extendía por Francia, la frase más que insensata de Eugenia de Montijo: *"Ce ma guerre."*

Gritos de aflicción, de socorro y de angustia, sonaban al poco tiempo alrededor de Metz y después de Sedan, en réplica a las voces callejeras de la capital de Francia, al estallar el conflicto. Las tropas francesas se retiraban a Metz poco más tarde de la pérdida de Alsacia por MacMahon. La sombra fantasmagórica de Napoleón I se había desvanecido en el fulgurar de los cañones prusianos; tan sólo, como una caricatura trágica, quedaba el emperador, con su enfermedad, entonces incurable. Al sobreponerse al dolor resultó quizás su único timbre de gloria en el desastre.

No hubo en aquella retirada francesa nada de la de 1914 y sí mucho de 1940. Incluso entre las voces republicanas que desde París clamaban por el retiro de Napoleón del frente, parece que se mezcló la de Pepita Peña, más que enterada del descorazonamiento de su esposo. Napoleón era un estorbo y Francia quería depositar su última esperanza en Bazaine. Por eso cuando se habló de una suscripción para regalar a MacMahon una espada de honor, Pepita Peña replicó: "Si es así como recompensan la derrota ¿qué piensan hacer con el vencedor?" [4] No había otro posible vencedor que Bazaine.



Bazaine en la época de su proceso.
(*L'Illustration*, París, 4 octubre 1873)

Sin embargo Bazaine no fue, hasta unos días después, sino un juguete del emperador.

Si un Napoleón no mandaba su ejército, la dinastía se desmoronaba. Al último lo dejó, pero el ejército era, como él mismo, un cadáver malandante por carreteras, en las cuales acechaba la muerte.

Después se dirá, incluso por defensores del general, que sus años contribuyeron a una supuesta ineficacia y que su matrimonio, con una jovencita mexicana de diecisiete años, hubo de contribuir a su prematura vejez. Ni esto faltó en la maledicencia; algunos vieron en Pepita Peña un factor en el desastre de 1870. El despecho que nace de las derrotas es a veces más apasionado que el orgullo engendrado por las victorias.

Famélicos los hombres, muriéndose cada día a centenares los caballos por falta de pienso, el ejército de Bazaine estaba hora tras hora más imposibilitado para acción alguna. Había de resignarse a la suerte de todos los de los sitiados en el curso de la historia. Mientras tanto se sabía que las tropas prusianas envolvían París.

Después de mil y una negociaciones fracasadas, la alternativa de los ejércitos prusianos, fue esta: "rendición incondicional". El 27 de octubre los alemanes aprisionaban en Metz el último ejército del imperio: ¡179,000 hombres!

No ha de haber entonces ecuanimidad para el vencido y prisionero Bazaine. Una proclama de Gambetta, en la cual, por cierto, se aludía a México, terminaba así: *"Bazaine a trahi"*. Esto, en otras palabras, quería decir: Francia no ha sido vencida sino traicionada por el imperio. Thiers ya había calificado a Gambetta de frenético. La espada entregada por Napoleón no era la espada de Francia. La guerra continuaba sobre ls ruinas del imperio vencido en Sedan.

Una cosa era Francia y otra un enfermo emperador hecho prisionero en el frente. Los estudiosos de la historia de Francia no conocían otro suceso semejante que el de Francisco I en la batalla de Pavía.

Cuando se constituyó el gobierno de la Defensa Nacional, el ministro de Negocios Extranjeros declaró, a fin de disipar

cualquiera duda: "No cederemos ni un pie de terreno ni una piedra de nuestras fortificaciones." Y hasta a su alcance cumplió la promesa. Los alemanes en más de una ocasión pensaron seriamente en levantar el sitio de París. Pero cuando se acabaron, incluso las ratas, para alimentar a la ciudad, la capitulación resultó inevitable.

La mancha de traición —así es la política—, alcanzó incluso a Pepita, la cual, para librarse de una detención, a todas luces injusta, hubo de refugiarse, con su madre, en una embajada. Antes había aparecido en Tours, donde estaba el gobierno, con el deseo de reunirse en el frente con Bazaine. Este episodio ya explica su proceder cuando el cautiverio de Bazaine en Santa Margarita, ya que en aquel entonces estaba encinta, a punto de ser madre nuevamente. La supuesta traición de Pepita no resultó, no obstante, obstáculo para que Gambetta le pidiese su colaboración para descifrar unos de los últimos mensajes de Bazaine, la clave de los cuales había quedado en París. No había habido globos para los documentos.[5]

Mientras duraba todavía la guerra, Pepita pudo reunirse con Bazaine en Cassel.

Pepita, la mexicana Pepita Peña, tuvo entonces un gesto muy francés, aparatoso, simbólico y poético: mandó a buscar un saco de tierra de Lorena y la extendió bajo su lecho de parturienta. Este proceder de Pepita agradó tanto a Bazaine que, emocionado, escribió al emperador cuando el nacimiento del niño: *"Les prussiens ont un prisonnier de plus."* En aquella guerra jugaron tanto las frases como las armas.

Reyes en el exilio no han escaseado nunca a partir del siglo XIX. Actualmente se ha acrecentado su merodear. En aquel entonces, después de la proclamación del imperio alemán en Versalles, están en Suiza, donde acude Bazaine después de la paz, la reina Isabel II y su hijo Alfonso, más tarde Alfonso XII. Prim los ha expulsado de España con la revolución de Septiembre, la cual no desembocó en una república, sino en una monarquía democrática y en la persona de un rey inadaptable en España: Amadeo de Saboya.

Por lo visto el destino de padrinos reales persigue a los

hijos de Pepita y de Bazaine. El niño nacido en Cassel, sobre tierra de Lorena, lo apadrinarán Isabel II y el futuro Alfonso XII; por eso llevará el nombre del pretendiente a la corona de España: Alfonso.

Olvidado de unos, calumniado de los demás y con muy pocos partidarios, Bazaine se enternece con la aceptación de este padrinazgo. ¿A qué se debió? Se comprende el de Maximiliano y el de Carlota para el primogénito; el de Napoleón y el de la emperatriz para Eugenia, pero el hijo nacido en Cassel, ¿a qué tal deferencia? Es una historia vieja.

Suenan en España, en 1835, cañonazos y descargas de fusil. Hay un pretendiente, don Carlos, y una reina niña; con ellos dos bandos dispuestos a vencer o a morir. Y en el bando de la reina niña, Isabel II, se alista Bazaine, salido de las ardientes arenas de África, donde había empezado su carrera de armas en la Legión Extranjera. Al desembarcar en Tarragona con sus compañeros, *"nobles proscrits ennemis de tyrans"*, como rezaba un fragmento de la canción de guerra de aquellos legionarios, cuenta tan sólo 24 años. Por allí anda también, por aquellas fechas, otro soldado de 21, con el cual ha de rozar muchas veces en su vida, sin enfrentársele nunca: Juan Prim.

Cuatro años pasó Bazaine en España, en el campo cristino, ascendiendo y observando a los generales, políticos casi todos, o por mejor decir, políticos vestidos de generales, los cuales se encaramaban en los cadáveres para asumir actitudes melodramáticas. Bazaine luchó con heroísmo en Pons, en Huesca, y en Tortosa, y en otros escenarios. Después de la heroica muerte de Conrad en el campo de batalla, Bazaine era la figura más destacada de la Legión. Sin embargo, el oficial francés estaba atónito; no tenía capacidad para comprender como después de la victoria de España sobre Napoleón I, sus moradores se despedazaran en una guerra que ni dinástica era; tan sólo se esgrimían personalismos y lemas capaces, por lo visto, de todo aquel desbarajuste, típicamente español. En disculpa de España, es necesario decir que siempre ha gustado, en las guerras civiles, de lemas rimbombantes y trilógicos. Si cuando Bazaine se remataba a los heridos al grito de "Dios, Patria

y Rey", bordoncillo curioso y sarcástico, pues resultaba un Dios de venganza, una Patria que destrozaban y un Rey que no reinaba, últimamente, en pleno siglo xx, se fusilaba a los poetas al alarido de "Una, Grande y Libre".

En España, a Bazaine, luchando por Isabel II, se le ensombreció el rostro y mantuvo el rasgo de por vida. Pero se llevó algo más de esta facción: la Cruz de Carlos III, la de Isabel la Católica, junto con la alta distinción de la orden militar de San Fernando y, todavía, una experiencia que le servirá mucho en México: la de que a veces, especialmente en las contiendas civiles, la batalla es lo de menos y la escaramuza lo de más.

Desde el día que partió de España le han acontecido muchas cosas al militar, caído al fin en Metz, pero en la desgracia, la destronada reina de España no olvida al hombre que blandió la espada por su trono. He aquí la explicación de aquel padrinazgo real. La reina de España, tan veleidosa, fue en todo momento —títulos y honores lo proclaman— pródiga para los que por ella lucharon.

El fastidio consume a Bazaine durante aquellos días en Suiza. Además no tiene un centavo y vive casi de milagro. El estribillo calumniador,

As-tu vu Bazaine
A la Porte des Allemands
Vendre la Lorraine
Pour deux cent mille francs?

que había sonado antes por las calles de Metz, resultó a todas luces el producto de una de tantas maledicencias con que los vencidos intentan en algunas oportunidades cubrir sus derrotas. Para casi todos, la catástrofe era obra del imperio y Bazaine era el mariscal del finado imperio, con el cual mantenía todavía relaciones con mensajes al ex emperador.

Pepita, en Suiza, no tiene tiempo ni para la correspondencia ya que incluso la servidumbre, a excepción de la doncella mexicana, ha abandonado a la familia. Con su madre atiende la casa y está al cuidado de los hijos. El esplendor de antaño se ha empañado para siempre.

A Bazaine le importa volver al servicio activo y reivindicarse de las calumnias. Francia necesita de un militar como Bazaine, pero pesa más el mariscal del imperio que el soldado, y el gobierno lo deja sin mando cuando a la edad de sesenta años regresa a la patria con su familia. Corre entonces el mes de septiembre de 1871. Antes, empero, siempre fiel al imperio, había solicitado permiso al ex emperador que iba consumiéndose poco a poco en su retiro de Inglaterra. El viejo Napoleón III accedió emocionado; todo el mundo habíase alejado de él y no ha de transcurrir mucho tiempo para que un viejo militar de sus fuerzas, Mac-Mahon, sea presidente de la República. Bazaine, por lo menos —pensaría Napoleón—, es de la cepa de los mariscales del primer imperio. En el mensaje de Napoleón a Bazaine no faltaron unas palabras para Pepita. Él y Eugenia no la olvidaban.

Resuena todavía por Francia y especialmente por París, el grito de "traición en Metz"; el traidor, naturalmente, es Bazaine quien para reivindicarse pide una investigación y así, por el camino de la nobleza, llega a las fauces del lobo. Thiers, para quien Bazaine fue siempre *"notre glorieux Bazaine"*, no gustaba de esta investigación, especialmente por no hacer revivir las ya un poco debilitadas pasiones, pero Bazaine insiste e insiste; le pesa la mancha de lodo que muchos lanzaron sobre su uniforme de mariscal y esta insistencia hace nacer nuevos reproches de sus adversarios. El tema de Metz vuelve a estar de actualidad en libros y en artículos; para atajar la mentira y los abusos, Bazaine mismo solicita un Consejo de Guerra. Parece que esta solución fue sugerida por Thiers a Pepita en una larga entrevista. Para Thiers —dice Phelip Guedalla—, Bazaine seguía siendo *"notre premier général"* e informó a Pepita que a su criterio era el único camino para que su esposo saliera del círculo cada día más cerrado de la calumnia.

Aguardar le era difícil a Bazaine; la vindicación le obsesionaba. Cuando se enteró que en su pueblo natal, en Versalles, iban a escenificarse los acontecimientos anhelados, se declaró él mismo detenido en su casa de la avenida Picardie

y mandó a Pepita a un convento. En la gran prueba de su vida necesitaba del tranquilo aislamiento que conduce a veces a la serenidad.

Se escogió, para el juicio, el Gran Trianon. Unidos en la espera, en una larga y fastidiosa espera de diecisiete meses, Bazaine y Pepita sintieron el paso fatigoso de aquellos días de incertidumbre. Entretanto habían sucedido acontecimientos notables para el detenido: Napoleón III había muerto; Pepita enfermaba de cuidado en su retiro conventual y MacMahon, el que sabía más que nadie —al decir de Bazaine—, el por qué las tropas francesas de retiraron a Metz, era presidente de la República. En contraste con las malas noticias se sentía, en su prisión voluntaria, alentado por la presensia de amigos, uno de los cuales le conturbaba un poco: era el futuro rey de España, Alfonso XII.

Corría ya el año de 1873 cuando el día 6 de octubre empezó el Consejo de Guerra con la lectura del secretario, en voz monótona, de los servicios de Bazaine desde que se inició en la Legión Extranjera como soldado raso. He aquí, para muchos, un punto de partida poco honorable. El mismo Bazaine experimentaba en este aspecto lo que se ha convenido en llamar complejo. Desde México escribía a su hermana: "No puedo negar mi humilde origen y no me cabe duda de que el proceder del pueblo y haber salido de las filas es la causa de que los envidiosos me persigan, especialmente desde mi promoción a mariscal; los oficiales que proceden de las escuelas especiales no pueden perdonármelo".[6] Y este complejo lo siente también en Metz. Quizás, fue, en campaña, su principal defecto. Lo ató a una discreción que no careció de grandeza. Recordando África, dijo en el proceso, hablando de su ejército en Metz: "... pensé que no tenía derecho por una gloria vana, a sacrificar aquellas vidas que eran tan preciosas para su país y sus familias". ¡Lástima que no pensara igual en México!

De todas maneras no vayamos a creer a pie juntillas lo dicho por Bazaine sobre su origen. La familia pertenecía a la alta burguesía; su padre fue un distinguido ingeniero que prestó sus servicios en Rusia con el grado de lugarteniente

del imperio. Su hermano, educado en la Escuela Politécnica, fue después uno de los más destacados constructores de las vías férreas y, su hermana, contrajo nupcias con un célebre ingeniero de la época, apellidado Chapeyron. El mismo François Achille cursaba la carrera de abogado en la Universidad de París (1831), cuando Francia se encontró amenazada por una guerra europea. Entonces se alistó, como simple soldado, en el ejército francés. Seguramente lo que pesó en Bazaine fue su modesta entrada en las fuerzas de Francia, ya que de su formación intelectual hablan sus escritos y, muy alto, sus cartas familares, algunas, modelos de estilo epistolar.

En contraste con el origen militar del procesado, el presidente del tribunal es un príncipe de la casa de Orleans: Enrique Eugenio de Orleans, duque de Amaule, hijo del rey Luis Felipe y hermano del duque de Montpensier. En aquel entonces está ya viejo y ha pasado por unos largos años de exilio, pero en su juventud incluso fue uno de los candidatos a la mano de la reina niña de España, Isabel II. Lo que olvidaban todos y Bazaine mismo, era que del pueblo y únicamente del fogueo en las batallas, habían surgido los mariscales de Napoleón I. Pero quizás ya entonces el recuerdo resultaba un cuento viejo.

O mostrarse parco o escandalizar y Bazaine estuvo parco en los dos meses que se prolongó el proceso, dos meses mortales para Bazaine y Pepita, siempre presente en las sesiones, en las cuales muchas de las damas de París habían reservado asientos como si se tratara de la representación de un drama teatral. Bazaine mantuvo en todo momento discreción y se manifestó respetuoso con el segundo imperio y, por lo mismo, poco afortunado en el aspecto de defensa personal. Hubiera podido afirmar, entre otras cosas, que la culpa no fue de él sino de un emperador que había creído en el prestigio de un nombre para organizar y mandar un ejército, a fin de cuentas débil. Pero prefirió callar a dar explicaciones que hubiera sido, a fin de cuentas, un factor más para la desmoralización del país. Y no sólo enmudeció Bazaine, sino que su abogado defensor, quizás por consejo del propio mariscal, eludió el tema. Por eso —escribe Guedalla—: "Pepita Peña quedó con

la viva sospecha de que el abogado había sacrificado los intereses de su esposo en aras del bonapartismo." Mac-Mahon mismo, a pesar de que su nombre sonó en el proceso con facetas de peligro, exclamó después que se puso punto final al episodio teatral del Grand Trianon: "Bazaine no se ha defendido."

Sentenciar a Bazaine resultó fácil para un tribunal militar que deseaba para Francia un chivo expiatorio del desastre de 1870. Y la sentencia fue: muerte. Pero el que se asusta entonces es Mac-Mahon y, con él, el propio duque de Amaule quien solicita del presidente de la República clemencia para Bazaine. Mientras tanto Mac-Mahon ya había considerado el caso con sus ministros, partidarios unos del extrañamiento, otros de la condena a perpetuidad. Al último quedó la sentencia en veinte años. En definitiva, cadena perpetua, pues Bazaine iba a cumplir sesenta y tres años. En la mesura de Mac-Mahon hubo, sin duda, buena parte de cinismo.

AHORA LE TOCA actuar a Pepita Peña, ya que el mariscal, al conocer su condena a muerte, se negó a cualquier gestión de clemencia. El obispo Dupanloup, quien había visitado repetidamente a Bazaine en su retiro, antes del proceso, la aconseja y Pepita se presenta, ya de noche, en la residencia oficial del presidente de la República, con una pregunta en la mente, exteriorizada a poco en los labios: "¿Piensa usted fusilar a mi marido?" Mac-Mahon le comunica la modificación de la sentencia y la consuela, pero para Pepita, las palabras del antiguo compañero de armas de su esposo suenan a hueco. Para ella cabe más responsabilidad en el desastre de 1870 en Mac-Mahon que en su esposo. De todas maneras, se muerde los labios y deja la residencia "como un torbellino", escribe un comentarista.

Generalmente las multitudes resultan olvidadizas y es frecuente en la historia verlas tirando del carro del vencedor, como antes lo hicieran con el del entonces vencido. Hay, empero, en las mismas multitudes, otra faceta: la de lanzarse sañudamente contra el caído. En aquella ocasión se confirmó la regla y Bazaine fue vergonzosamente befado por las turbas,

que ni siquiera sabían de qué se trataba, ni quién era el hombre, ni por qué había habido un Consejo de Guerra. Era cuestión de gritar y en este aspecto, Francia, como buen pueblo latino, no va a la zaga de ningún otro. Tampoco faltan, para el caído en desgracia, estímulos para sobrellevar el dolor. Antes de partir para la isla, en donde está enclavada la fortaleza de Santa Margarita, a la cual estaba destinado Bazaine, hubo mensajes de aliento y visitas que pregonaban la protesta contra el fallo; entre las visitas, no faltó la de la ex reina de España, acompañada, esta vez de una hija suya: la infanta Eulalia de Borbón.

Nunca, probablemente, desde que se destinó el islote como prisión y se construyó la fortaleza, había habido un preso de la categoría de Bazaine. Además Bazaine no era en el castillo de Santa Margarita un cautivo cuya situación se pareciera algo a su más célebre antecesor, la "Máscara de Hierro". En contraste con aquel desventurado hombre, Bazaine disfrutó de una cierta comodidad y cuando Pepita se reunió con él, Bazaine dispuso que la habitación de su esposa fuera decorada con cretona rosa.[7] El reverso de la medalla, resultó ser que se le leía la correspondencia e incluso hubo indicaciones tendientes a demostrarle que, en definitiva, a pesar de su categoría militar, no era más que un preso común. Las indicaciones consistieron en la posibilidad de raparlo y vestirlo de presidiario.

Poco a poco, la paciencia de Bazaine fue agotándose y decidió escapar. Pero, ¿cómo?

Inútilmente Pepita, al ver la desazón del esposo y su inconformidad, había abandonado la isla con sus hijos y acudido nuevamente a Mac-Mahon en demanda de clemencia. El presidente de la República no podía ser débil en aquel momento. ¿La clemencia, no hubiera encerrado, en muchos aspectos, una forma de *mea culpa* en el desastre? La visita de Pepita a Mac-Mahon fue violenta, pero si algo amedrentaría a Mac-Mahon en su inquebrantable decisión de dejar a Bazaine en la fortaleza, quizás fuera la impetuosidad de aquella jovencita mexicana de veintisiés años, abnegada y dispuesta a cualquier lucha por su esposo de sesenta y tres. En este aspecto, ¿qué mejor timbre para Bazaine?

Finalizar el episodio de la fortaleza de Santa Margarita era para Bazaine y sus fieles amigos trabajo casi imposible. Así empezaron los proyectos, en los cuales, a más de su ayudante, el coronel Willete, intervino un viejo amigo de Bazaine, el antiguo capitán Doineau, salido de un pasado tenebroso: de cuando había asesinado a Aga de los Beni-Snouss en la carretera de Tlemcen. Iban a cumplirse veinte años de aquel episodio que acarreó una condena a muerte y, Bazaine, algo hizo en aquella ocasión a favor de Doineau. De aquí su aparición en aquellos días de zozobra en el islote solitario.

A Bazaine le parecía imposible, en su constante obsesión de huida, realizarla. Proyectos no faltaron e incluso hubo, como en los cuentos románticos, unas señoritas inglesas, asiduas paseantes en bote alrededor de la fortaleza, ofreciéndose para la arriesgada empresa. Pero Bazaine quiso depositar la confianza en los fieles y no en amistades advenedizas por generosas y estimables que fueran. Y las inglesas quedaron a segundo término, por el momento, ya que ni el propio Bazaine sabía a punto fijo en qué ocasión habría oportunidad y cuál sería el procedimiento. En su desesperación, incluso pensó huir en la forma que fuera y después cruzar a campo traviesa el continente hasta la frontera. El pensamiento de Bazaine era a todos luces un desatino, pero detrás de Bazaine, o por mejor decir, antes de Bazaine, estaba en esta oportunidad la mexicana Pepita Peña.

La historia ha olvidado demasiado pronto a Pepita Peña. Lo que hizo a partir de aquel momento para ayudar a su esposo en el proyecto de fuga resulta un episodio de aventuras casi increíble.

Para evitar estorbos, Pepita dejó los niños en Bélgica y se trasladó a Génova, en donde aparece, confabulación familiar, un primo mexicano. ¿Quién era? No he conseguido precisarlo bien. Al decir de algunas crónicas francesas de la época se apellidaba Rull. Pero este apellido no es mexicano y la ll final repugna a la fonética del idioma castellano. Parece que su nombre completo era Antonio Álvarez Rull;

sin embargo, estos apellidos no explican el parentesco del joven con Pepita. En aquel momento los personajes del suceso esconden sus nombres e, incluso, su nacionalidad; el primo mexicano y Pepita adoptan el ampuloso título de duques de Revilla y empieza el capítulo más interesante de la historia de Pepita Peña.

Me aventuro a pensar, sin prueba alguna, que el título fue sugerido por Pepita a su amigo o primo. ¿No pensaría en Revillagigedo, mutilando el apellido? Yo lo creo muy probable.

Para los marineros del puerto de Génova los forasteros no son otra cosa más que un linajudo matrimonio español aficionado a las excursiones marítimas, ya que lo que interesa, naturalmente, a Pepita, es partir en un viaje de placer en un vaporcito. Este vaporcito, "Barone Ricasoli", levó anclas para Golfe Jouan. La elección del vaporcito no resultó fácil; no había muchos y, de otra parte, a Pepita, en aquel momento crucial de su vida, la embarga una inquietud que la lleva fácilmente a la superstición. En esta oportunidad nos aparece nuevamente muy afrancesada, como cuando el gesto de Cassel, y a pesar de su juventud y de su vida azarosa, al corriente de la historia de Francia. A Pepita le subyuga una embarcación que lleva un nombre que parece predestinar al éxito de la empresa, especialmente cuando la empresa es una fuga. El vaporcito se llamaba "Elba". Pero el "Elba" estaba ya comprometido.

Pepita, antes de partir de Génova, manda un telegrama a Doineau comunicándole que todo estará listo para la noche del 9 de agosto. Doineau lo expone a Bazaine, pero en esta oportunidad es Bazaine quien titubea. ¿No estaba decidido a huir? Sí, pero la fuga propuesta y organizada por Pepita no solamente no parece fácil, sino imposible; imposible, especialmente, para Bazaine, hombre corpulento, de mucho peso y de sesenta y tres años y, en consecuencia, nada ágil. ¿Pero cómo desbaratar con una negativa todo el trabajo hecho y los esfuerzos y sacrificios de Pepita? Willete da ánimos a Bazaine y éste, al último, se decide. En definitiva, ¿qué le puede suceder? Morir. ¿Pero es que después de la negativa

de Mac-Mahon a Pepita no estará enterrado en vida, no será un ser destinado a una muerte por consunción en la isla maldita? Si en ocho meses de reclusión creció, día a día, el inconformismo, ¿cómo iba a tolerar, suponiéndole con vida, los veinte años, menos cuatro meses, que le quedaban de condena?

Una vez decidido, se encuentra Bazaine en otro momento crucial de su vida, como cuando África, como cuando España, como cuando la guerra de Crimea, como cuando Solferino, como cuando México, como cuando Metz. Valiente, repleto de aquel valor personal que todavía contaba en los militares del siglo XIX, Bazaine lo había sido siempre; en el mismo Consejo de Guerra se le reconoció esta virtud militar.

Y era necesario la valentía, ya que el plan de fuga incluía, o por mejor decir se basaba, en un descenso a la largo de la muralla de la fortaleza hasta las rocas junto al mar, y el descenso se confiaba a unas débiles cuerdas que habían servido para atar los equipajes de Bazaine y de Pepita cuando su reclusión en Santa Margarita. Estas cuerdas, casi mecates, infundieron tan poco temor al alcaide, que Bazaine pudo retenerlas en sus habitaciones. Se unieron los trozos, probaron, con Willete, su solidez y, una vez terminado aquel trabajo que había de poner a Bazaine en la certeza de un fracaso, se escondió aquel artefacto que ya simulaba una cuerda. Después de cenar, Bazaine tuvo una charla informal con el alcaide, y cuando éste se despidió del prisionero, Willete y Bazaine, antes de que el centinela ocupara su puesto y Bazaine quedara bajo llave, se escondieron en el terrado de la muralla. Willete ató un extremo de la cuerda en el cuerpo de Bazaine y el otro lo hizo pasar, para ayudar el descenso, por una gárgola de la muralla.

Bazaine empezó a deslizarse mientras Willete hacía esfuerzos sobrehumanos para retener el peso del cuerpo de su amigo, el cual, poco a poco, iba abandonando la fortaleza. A cada metro que la cuerda pasaba por las manos ardientes de Willete, el mariscal ganaba un pedazo de esperanza en el proyecto de su desesperada huida.

Antes de la bajada de Bazaine por el farallón, Pepita actuó

mucho y bien para ligar todos los cabos que habían de conducir al éxito. La noche del 8 de agosto los condes de Revilla se embarcaron para Porto-Maurizio. Después, ya en Canes, se resguardaron en golfo Juan, en cuyo lugar fueron a tierra en un bote salvavidas del "Barone Ricasoli", con el pretexto, harto raro, de encontrar un criado de cierta edad. En aquel momento ya está Bazaine en el juego, ya que de triunfar habrán hallado al servidor: será el propio mariscal.

Entre siete y ocho de la tarde, Pepita y su primo penetran en el restaurante "Chelet du Diable" y solicitan al dueño del establecimiento. Éste se llama Marius Rocca y acude solícito a atender a los dos forasteros, quienes, sin lugar a duda, a fin de impresionar más, no habrán dejado de presentarse al humilde propietario del restaurante como los condes de Revilla. La sorpresa de Rocca se acrecienta al saber que la pareja española desea un bote a remos para hacer un paseo por la bahía. ¿Un bote a remos, en aquella hora, con mal tiempo y a través de un mar un tanto alborotado? Marius Rocca intenta disuadirlos, pero la pareja consigue, probablemente con dinero, vencer su resistencia y, asimismo, el ofrecimiento de proporcionarles un marinero para aquel extraño paseo.

Pepita iba ataviada con un impermeable, dando a Marius Rocca, con aquella indumentaria, la impresión de estar preparada para los golpes de mar. "Será una pareja romántica" —pensaría—, y alquiló a los condes de Revilla su propio bote. Todo parecía a pedir de boca con los planes de la mexicana. Ya a la mar, Pepita se desprendió del impermeable y quedó con un vestido blanco, probablemente para hacerse más visible en el momento anhelado, en el cual Bazaine se encaminara al bote. Debieron llegar entre nueve y diez de la noche a la fortaleza de Santa Margarita, ya que el oleaje era fuerte. Desde la playa de la Croizette a la isla hay aproximadamente unos setecientos metros, pocos en verdad, pero duros con mal tiempo y a fuerza de dos remos únicamente.

Nunca en la vida de Pepita hubo un momento más angustioso. Al llegar, o apenas llegados los condos de Revilla a la fortaleza, vieron el cuerpo de Bazaine tambaleándose inseguro y chocando contra las rocas que formaban los treinta

metros de altura, desde la terraza hasta la base del farallón. En una oportunidad un grito de congoja salió de los labios de Pepita. "Se mató" —dijo—, observando que por unos momentos el cuerpo de Bazaine permanecía inmóvil; pero el mariscal estaba, al parecer, tan sólo aturdido, ya que al cabo de un minuto retornó al vaivén de su voluminoso cuerpo bajo de la cresteria.

Al fin llegó a las primeras rocas de la fortaleza; se desprendió de la cuerda y, a tumbos o como fuera, avanzó hacia el bote, desde el cual los tripulantes mexicanos prendían fósforos para la mayor orientación del fugitivo. Al último Pepita pudo abrazar a su esposo en libertad. Se habían cumplido hasta aquel momento los designios de la mexicana y salvado los peligros previstos, ya que entre los imprevistos hubo uno del que Pepita no tuvo conocimiento sino días después: un pescador de la Croizette que escuchó, o supo por el propio Rocca aquel sospechoso paseo de dos forasteros por la bahía, se hizo a la mar para ver si acontecía algo anormal en la fortaleza. Sin embargo, cuando él arribó al islote-presidio, la fuga ya se había realizado y todo parecía normal. El pescador regresó a la Croizette con las sospechas desvanecidas.

Vapuleado, maltrecho y herido, llegó Bazaine con los pretendidos condes de Revilla al lugar donde habían dejado el bote salvavidas. Allí abandonaron la embarcación de Rocca a la deriva y se dirigieron nuevamente al "Barone Ricasoli", acompañados del criado por el cual habían ido a tierra. Bazaine, entonces, se llamó simplemente Pedro. Era ya más de media noche cuando, por orden de los condes de Revilla, el capitán del "Barone Ricasoli" emprendía su ruta rumbo a Génova. Pocas horas después, Willete dejaba la fortaleza y tomaba el tren para París mientras el "Barone Ricasoli" navegaba ya en aguas de jurisdicción italianas. El éxito había coronado la audacia de Pepita Peña. En la mañana del 10 de agosto Bazaine pisaba tierra extranjera. El cautiverio era ya cosa del pasado.

La protesta popular se levanó contra las autoridades y salpicó al propio Mac-Mahon. No se creyó la versión de que

Bazaine descendiera con la ayuda de una cuerda los treinta metros de muralla, mayormente cuando se reconstruyó la fuga, escogiéndose para la prueba a un joven de catorce años, hijo de un pescador, ágil y audaz. La reconstrucción se realizó en pleno día y con buen tiempo, a pesar de lo cual el joven hubo de saltar peligrosamente en el último tramo de la cuerda y, ensangrentado por los golpes, pudo llegar trabajosamente a la base de la muralla. Las sospechas entonces se acrecentaron y se llegó a la versión de que en la fuga de Bazaine intervinieron el director de la prisión, M. Marchi, y alguno de los guardianes. Algo de fundamento pudo haber en la *vox populi,* ya que M. Marchi y cuatro de los centinelas que la noche de la evasión estaban en servicio fueron arrestados. *L'Illustration,* en la misma semana, mandó un enviado especial a la isla de Santa Margarita, misión difícil, ya que el gobierno había prohibido el acceso a la fortaleza. El reportero vio la cuerda y afirmó, cosa en verdad sorprendente, que era nueva y de una sola pieza y no de pedazos atados. También se dijo que estaba manchada de sangre y el enviado de *L'Illustration* aseveró que las pretendidas manchas de sangre no eran otra cosa que pintura. Pero uno se pregunta: ¿para qué esta farsa?

Asimismo, el periodista afirmaba que la cuerda era demasiado corta para facilitar con éxito la evasión. En resumen: *L'Illustration* sostenía que Bazaine no había huído en la forma pretendida, sino por una puerta cualquiera, en complicidad con los guardianes. "No hemos de tardar mucho —escribía el periodista— en saber la última palabra del enigma." *L'Illustration,* sin embargo, no habla más del asunto; Pepita Peña, en cambio, publicó en la *Gazette de Cologne* los pormenores del episodio, aproximadamente como lo hemos descrito, e incluso exponía que la cuerda había sido hecha por ella misma.

Al mismo tiempo, Bazaine también desde Colonia escribía al ministro del Interior afirmando que tan sólo sus parientes eran los responsables de la fuga. Con ello quería salvar a Willette y Doineau, los cuales, aunque detenidos y procesados, fueron condenados únicamente a unos meses de prisión. Asimis-

mo Rocca fue sometido a un proceso verbal sin consecuencias. Igualmente las señoritas inglesas paseantes de la bahía atrajeron la atención de las autoridades, desorientadas por aquella fuga increíble e irritadas por la befa y comentarios del pueblo, aficionado ya entonces a las investigaciones detectivescas.

Si algo hay semejante a un extenso y cómodo cautiverio, es un exilio. Bazaine empezaba en aquella madrugada del 10 de agosto de 1874 su paso, cada día más incierto, por un mundo en el cual no habría honores, ni grados, ni siquiera estímulos para la lucha. Iniciaba, como todo exiliado, el camino muchas veces desesperante de la resignación. Únicamente existía una probabilidad de detener su vacilante errar: la restauración bonapartista. Pero, ¿quién podía creer en ella? Los Bonaparte se habían hecho añicos en Sedan y el príncipe imperial, única esperanza de los pocos fieles del Imperio, no ha de tardar mucho en caer bajo los zulúes. Las débiles ilusiones de Bazaine fueron así, paulatinamente, desvaneciéndose.

Inmediatamente después de su desembarco en Génova se dirigió con Pepita (el primo mexicano al parecer se va de la escena) a Suiza, en donde está refugiada con el príncipe imperial, la ex emperatriz Eugenia, a fin de presentarles sus respetos. Se manifiesta una vez más en esta ocasión, su fidelidad al Imperio, fidelidad que incluso llegó a sorprender, en la dura prueba que sufrió Bazaine después de México, a Thiers, quien había preguntado al mariscal, antes del desastre de 1870: "¿Por qué tan fiel al Imperio, cuando el Imperio lo ha tratado tan mal?"

Es en esta oportunidad, en Suiza, cuando en presencia del príncipe heredero, Eugenia de Montijo tuvo aquellas palabras para Pepita Peña recogidas ya anteriormente: *Mais ma petite maréchale, l'histoire s'occupera de vous avec avantage; vu, avec été encore la plus heureuse.*

Seguidamente Bazaine, con Pepita, se dirigieron a Colonia y después a Spá, donde estaban sus hijos. En los primeros días de septiembre se encontraba, no sabemos si con su esposa, en Lieja; desde allí escribió una carta abierta a Mr. James Gordon Bennett, publicada en el *Herald* de Nueva York, en



Pepita Peña, orando en la capilla del Trianon, mientras los jueces deliberaban sobre la sentencia que había de recaer en Bazaine. ***(L'Illustration,*** París, 20 diciembre 1873)

la cual la crítica sobre los acontecimientos del desastre de 1870 llegaba casi al acierto. ¿Pensaba entonces Bazaine en México? Es casi seguro, ya que en la carta había una alusión a su esposa, originaria de América. Algunas gestiones se hicieron para acogerlo en México, gestiones que debieron llevar Pepita y su madre. Pero ¿qué gobierno mexicano iba a aceptar a Bazaine, heridor, por servir a Napoleón, de un pueblo en el cual las llagas por él abiertas no habían cicatrizado todavía?

En su vagabundear de exiliado estuvo en Londres, donde pudo conocer a la familia de las señoritas inglesas, otrora paseantes en bote por la bahía en donde está enclavada la fortaleza de Santa Margarita. En esta estampa romántica no faltó, después de su venturosa fuga, una carta de una de ellas, Charlotte Campbell, rubricada, para identificación del mariscal, como la de *La robe bleue.*

Londres podía ser el primer paso para América, pero cuando se cerraron las puertas de México, un acontecimiento político europeo abría una posibilidad de refugio seguro. En España, después de la muerte trágica de Prim, se hirió también de muerte la dinastía de Saboya, introducida a España por el conde de Reus. Una república que casi no gobernó fue la inesperada solución de un pueblo en aquel entonces de raigambres monárquicas. Ante la debilidad del nuevo régimen, los carlistas volvieron a los trabucazos y los monárquicos isabelinos a las conjuraciones. El resultado fue la proclamación, en Sagunto, por el general Martínez Campos, del rey Alfonso XII; es decir, del compadre de Bazaine, el que llevó a la pila bautismal a su último hijo, nacido en Casel, cuando el mariscal era prisionero de los alemanes. El antiguo pretendiente a la corona de España, el que lo había alentado con sus visitas antes del proceso en el Grand Trianon, era entonces rey de España. La incertidumbre de la familia de Bazaine parecía terminada; al fin había un camino seguro: el de España.

¿Quería el viejo mariscal reanudar sus laureles guerreros en la Península? Mucho se habló de ello, pero no en balde habían transcurrido cuarenta años de cuando luchaba por

Isabel II niña, y además, el escenario donde cayó no era el mismo de antaño, ni había legión francesa a que incorporarse. En cuanto a los militares españoles —carlistas y cristianos—, los temía tanto por sus audacias como por sus intrigas. Y él ya no estaba en edad de ofrecer, como en un juego de esgrima, su cuerpo a las balas silbantes. Además habían hijos y tenía suegra y esposa; las mujeres, deseosas de calma después de tanto ajetreo.

En febrero de 1875, la familia Bazaine estaba en Santander y, pocos meses después, se instalaba en Madrid. El mariscal había caído, para siempre, en la capital de España, resignado a veces, inquieto siempre por sus ansias de rehabilitación, inconforme con un destino que limitaba cada día más cualquier perspectiva futura.

Bazaine, poco a poco, como cualquier viejo, fue viviendo de recuerdos; es decir, del pasado. En sus paseos diarios por las calles de Madrid era un cuerpo sin alma, pero en las frías tardes y noches invernales se encerraba en sí mismo y escribía para la historia *Episodes de la guerre de 1870 et le blocus de Metz,* con cuyo texto esperaba llegar a esclarecer las causas de la derrota de Francia y reivindicarse de las calumnias que su proceder suscitaron y que tuvieron el final vergonzoso del proceso del Grand Trianon.

Una familia deshecha por los acontecimientos seguía la vida rutinaria, monótona y triste de los caidos. Hubo, en verdad, compensaciones que debieron halagar especialmente a Pepita. El matrimonio fue recibido algunas veces en las recepciones celebradas en la Corte de Alfonso XII, hasta que una protesta oficial del embajador francés puso un alto definitivo a aquellas atenciones. Alfonso no era ya un pretendiente, sino el rey, y la política exigía un más riguroso ostracismo para el vencido. Ya que Bazaine, además de traidor, era un fugitivo que se había aprovechado de deferencias y privilegios con él tenidos en la prisión para burlarse de una sentencia.

El ridículo del gobierno francés creaba estímulos que desembocaban en el odio y este odio llegó al pueblo y del pueblo

a Madrid, en la persona de un comerciante de la Rochelle, quien en 1887 —Bazaine tenía setenta y seis años— le hirió con un puñal en el rostro. Diecisiete años después de la guerra de 1870 los viejos de Francia todavía pensaban en Bazaine como el causante del desastre. Esta voz, a pesar de los acontecimientos de Francia, no ha terminado todavía su monótono eco.

Bazaine, no obstante, contribuyó mucho al renacimiento del pasado. En 1883 publicó su libro *Episodes de la guerre de 1870 et le blocus de Metz,* con el cual volvieron los comentarios y, con ellos, las pasiones. Francia no olvidaba, y a través del tiempo la leyenda pesaba más que la historia.

El libro de Bazaine llevaba una dedicatoria muy elocuente de su respeto para la España acogedora y de su fervor hacia la realeza por la cual había expuesto su vida cuando joven. La dedicatoria decía: *A Sa Majesté la Reine Isabelle II. Madame: Votre Majesté m'ayant témoigné, dans les mauvais comme dans les bon jours, sa constante bienveillance, je la supplie d'agréer la dedicace de ce livre militaire, dont le but est de démontrer que le soldat qui avait servi la cause de Votre Majesté, pendant sa minorite, est resté digne de sa royale sympathie. Son très humble et très devoué serviteur.— François Achille Bazaine.—Ex-fusilier, au 37 de Ligne.—Ex-officier supérieur au service de l'Espagne.—Ex-Maréchal de France.—Refugié en Espagne depuis 1874.*

Vieja ya, o por mejor decir, envejecida —contaba cincuenta y tres años— y muy gorda, Isabel II debió recibir el libro en su llamado palacio de Castilla, en París, donde residía habitualmente, a pesar de la proclamación de su hijo como rey de España. No le placía, después de la agitación de su reinado, que le valió ser llamada "la de los tristes destinos", hacer un papel secundario en la corte de España. Su retiro voluntario fue París, en donde mantuvo una pequeña corte de incondicionales. En París vivía también su madre, María Cristina, y asimismo el esposo de Isabel, el enigmático personaje que se llamó Francisco de Asís. Todos en residencias separadas. El libro de Bazaine llenó un espacio más de la magnífica biblioteca del palacio de Castilla, en la cual desta-

caban muchos valiosos volúmenes con suntuosas encuadernaciones. Pero es dudoso que Isabel, Borbón al fin y al cabo, pasara sus ojos más allá de la dedicatoria. Sabemos que su educación literaria fue descuidada, y aunque en la mesa de su despacho hubiera una magnífica edición del *Quijote,* nunca hojeaba este libro, sino *Rocambole.* Además, ¿por qué le había de interesar el episodio de Metz? Su real agradecimiento fue, no obstante, expuesto a Bazaine. El viejo soldado vivía en los recuerdos de la realeza. Esto debió bastar al resignado proscrito. Tanto su vida como la de la reina habían entrado en la fase crítica de las evocaciones, especialmente para Bazaine, ya que Isabel todavía daría que hablar resguardada tras de los muros del palacio de Castilla.

Obsesiondo por los acontecimientos que labraron su desgracia, Bazaine escribe a los amigos, a los pocos amigos que le quedan todavía en Francia, sin darse cuenta de la tragedia familiar.

A Pepita y a su madre no les gusta España; añoran México, pero ya no el México imperial, sino el clima, el ambiente, las relaciones perdidas. El calor insufrible del verano madrileño las aniquila; el frío de los inviernos las enferma: "La casa —escribe Bazaine a Francia en un invierno— es un hospital." Además hay un factor desesperante de todo desterrado, perseguido en su patria y ya viejo: la pobreza. Bazaine no había tenido nunca bienes y a Pepita las donaciones del Imperio le habían resultado un sueño más de los múltiples que inspiraron el segundo Imperio francés en América. De éstos, únicamente persistirá por muchos años el delirio trágico de la emperatriz Carlota.

La vejez de Bazaine empeora todavía la situación de la familia. Alfonso estudia en Francia; el hijo mayor en el monasterio de El Escorial; Eugenia se educa en las Ursulinas de Madrid. Su esposa se encuentra sola, desalentada. ¿Dónde han ido a parar la alegría y belleza juveniles?

EN 1886, PEPITA decide hacer un viaje a México. ¿Para qué? Bazaine tenía entonces setenta y cinco años y su proceder resulta raro. ¿Por qué no acompaña al viejo hasta la muerte?

Quizás perdió su tenacidad heroica; quizás se debatía en la desesperación de un olvido que ella creía injusto; quizás pensaba todavía en un hogar mexicano para los suyos. La filosofía popular ha creado la expresión a la cual nos atenemos ante el enigma: "¡Quién sabe!"

¡Qué diferente el México que dejó al que halla! Ya no es joven, cuenta treinta y nueve años y sus tiempos de deslumbrante pujanza están más lejos por los acontecimientos que por el tiempo.

La República se ha consolidado y el Imperio ni recuerdos sugiere. Es todavía demasiado pronto para que entre en la historia trágica del mundo del ochocientos.

La conmiseración de algunas antiguas amistades la humillan más que la confortan. Años atrás la envidia había desatado lenguas; ahora, en el regreso, vuelven las habladurías y no faltarían voces que manifestaran el acierto de un pronóstico de desdicha emitido en 1865, cuando la felicidad era para Pepita esperanza. De aquellas voces hay constancias. En una carta escrita por Rosa Rincón a Manuel Romero de Terreros se lee: "... porque y con todo su mariscalato, comprenderás bien si es digna de compasión una víctima, que lo es sin conocerlo, la pobre".[8]

Ni los regalos de boda pudo retener Pepita. Claro que entre ellos hubo uno dadivosamente escandaloso, incluso para la aristocracia más o menos inclinada al Imperio: el palacio de Buenavista, joya arquitectónica de México, obra de Tolsá. Hasta se creó la duda en torno del obsequio. En el libro de correspondencia ya citado, hay testimonio de ella. La carta dice: "Le contaré algunas cositas que andan hablando por ahí. Una de ellas es que, como el general o mariscal Bazaine se casa con la señorita Peña, a quien tanto conoce usted, el Emperador, o la Emperatriz, dicen, ha dado a esta joven novia, por vía de dote, la casa de la señora Pérez Gálvez, en que vive el mismo mariscal, la cual como usted sabría, compró el gobierno en tiempo de la Regencia. Yo no lo creo, pero se dice con mucha generalidad." La carta sigue con otras noticias y, probablemente, no fue terminada el mismo día en que se escribió el párrafo transcrito, ya que al final insiste y con-

firma la noticia: "... Es cierto que la Emperatriz ha dado, como acabo de decir a usted, la casa de Buenavista a la señorita Peña. Yo no quería creerlo, pero es verdad." [9] ¿Regresó Pepita a México con la esperanza de retener algo de aquel generoso obsequio? Otro interrogante entre los múltiples que su proceder plantea. Sin embargo, es posible que de realizarse esta ilusión hubiera sacado a la familia de la pobreza, en todos los tiempos inspiradora de desatinos.

Pensaría, quizá en las cláusulas que encerraba la donación del palacio expuestas en una carta de Maximiliano a Bazaine el mismo día de la boda del mariscal con Pepita y cuando el emperador, al lado de la novia en el banquete y ante ochenta comensales, entregó el palacio a los novios. La carta rezaba así: "Mi querido Mariscal Bazaine: Queriendo daros una prueba de amistad y asimismo de agradecimiento por los servicios personales prestados a nuestra patria y aprovechando para ello la ocasión de vuestro matrimonio, damos a la mariscala el Palacio de Buenavista, comprendiendo en él los jardines y los muebles, bajo la condición que el día que regreséis a Europa o que por cualquiera otro motivo no queráis conservar la posesión de este palacio para la mariscala, la nación volverá a recibirlo y entonces el gobierno se compromete a darle en calidad de dote la suma de cien mil pesos.—Vuestro afectísimo.—Maximiliano." [10]

El gobierno, naturalmente, recobró el palacio, pero Pepita no pudo obtener, si es que puso empeño en ello, ni un centavo de los cien mil pesos. El cuento de hadas inspiraría el chacoteo de los mexicanos, otrora, algunos de ellos, asistentes al gran baile que dio Pepita en su palacio a los pocos días de su boda, mientras parte del pueblo contemplaba atónito, entre farolillos venecianos, la iluminación del jardín en el que el arte pirotécnico compitió con el culinario. Desde atrás de las rejas la multitud aplaudía el efecto luminoso de unas letras en las cuales se leía: *Vive Napoleón III. Vive l'empereur Maximilien.*

Pepita se había afrancesado hasta el extremo de adoptar en su patria la lengua del esposo, error que contribuyó, entre otros, a la malquerencia de buena parte de la sociedad

mexicana, manifestado ya anteriormente, en las participaciones de boda.[11]

En la soledad de México únicamente tiene el consuelo de la compañía de su hija Eugenia. Las cartas de su esposo debieron ser, asimismo, un refugio para Pepita. En 1888 Bazaine, desde Madrid, escribía a un amigo: "... el pasado ha muerto". Lo mismo hubiera podido escribir Pepita desde su patria. La muerte definitiva de este pasado se encarna, en aquel mismo año, con la del mariscal, acaecida en Madrid el 23 de septiembre de 1888. Tan sólo estuvieron en el último trance sus dos hijos y acompañaron al cadáver hasta el cementerio de los extranjeros. Un sacerdote francés dijo el responso del mariscal ante muy pocas personas.

Pepita recibió la noticia con la resignación de los vencidos. El silencio iba penetrando más y más en su vida de viuda de un proscrito y, en México, odiado. De la aventura desventurada le quedan sus hijos, aunque no ha de tardar en recibir la triste nueva de la muerte del mayor, oficial español, acaecida en el pueblo de Zongo (Cuba), cuando España hacía los últimos estertores de su agonía imperial.

A su lado está Eugenia, mientras el hijo menor, Alfonso, sigue también la carrera de las armas en España.[12] Van pasando los días monótonos, tristes, repletos de añoranzas, mientras Pepita es casi como un fantasma del pasado, ya muerta para el futuro que no puede reservarle más que la muerte. El tiempo parecía así vengarse de su intensa vida emocional, demasiado precoz.

Ni alientos le quedaron para volver a España. Europa había resultado también otro sueño, una farsa más como la del Imperio mexicano.

Los meses han tejido años y la soledad se acrecienta, hasta que el vacío se hace definitivo el 7 de enero de 1900. Iba a cumplir cincuenta y tres años. Los médicos habían diagnosticado cáncer. A su lado está, encarnación del pasado, Eugenia. Los viejos amigos o se los ha tragado el tiempo o la desprecian. La juventud la ignora. Unos pocos la acompañan hasta el cementerio francés —última fidelidad a su esposo—, pero ni nicho propio tuvo, ni epitafio de recuerdo.

Su cuerpo fue sepultado en la capilla de la familia Pedraza. El olvido, constante, tenaz, la persiguió hasta la tumba.

NOTAS

1 Véase *Historia Mexicana*, Vol. IV, núm. 4, abril-junio 1955. BLASIO, J. L.: *Maximiliano íntimo.*

2 *El emperador Maximiliano y su corte. Memorias de un secretario particular.* México, Librería Viuda de C. Bouret, 1905, pp. 74-77.

3 ROMERO DE TERREROS, Manuel: *La corte de Maximiliano. Cartas de don Ignacio Algara.* México, Editorial Polis, 1938.

4 GUEDALLA, Philip: *Los dos mariscales.* Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1948, p. 173.

5 El gobierno y altos funcionarios salieron de París en globo. Esto constituyó, en aquel entonces, una hazaña venturosamenae repetida.

6 GUEDALLA, Philip: *ob. cit.*, p. 130.

7 *Ibid.*, p. 248.

8 *Maximiliano y el Imperio según correspondencias contemporáneas que publica por primera vez Don Manuel Romero de Terreros...* México, Editorial Cultura, 1926, p. 83.

9 *Ibid.*, p. 67.

10 BLASIO, J. L.: *ob. cit., loc. cit.*

11 "M-Madame Vve. de la Peña y Azcárate, a l'honneur de vous faire part du mariage de Mademoiselle Josefa de la Peña y Azcárate sa fille, avec S. E. le Maréchal de France, Bazaine, Commandant en Chef le Corps expeditionaire du Méxique. México, le 26 de juin 1865."

12 A este hijo le persiguió como un estigma el apellido. Sirvió a México en la época de Porfirio Díaz, pero un escrito, intentando reivindicar a su padre cuando la intervención, le valió la baja en el ejército. El hijo de Pepita era tolerado, pero el de Bazaine exigía, en México, una discreción que no supo tener. Alfonso regresó a España y en 1914 se alistó voluntario en el ejército francés cuando la guerra con Alemania. Sus méritos en campaña no le valieron el perdón de su apellido y hubo de regresar a España después de la victoria de su patria. Ni México, ni Francia, supieron olvidar.

ANTE LA AMENAZA

Guadalupe Monroy
El Colegio de México

Cerradas totalmente las puertas para cualquier negociación con España y debilitada la perspectiva de arreglo con Inglaterra y Francia, la intervención armada en México se hace tangible con la presencia de la flota española en aguas veracruzanas. Aun cuando el objeto de la intervención es algo oscuro, conjuntamente con los últimos esfuerzos diplomáticoscos se hacen preparativos militares para la defensa de la nación; preparativos bien pobres, que se inician con el abandono del puerto principal, por falta de recursos de toda índole para su defensa.

Ante el amago de lucha tan desigual y en un país maltrecho y desorganizado, se yergue la personalidad de su presidente Benito Juárez. Su celo por conservar a cualquier precio la integridad del territorio y la seguridad de la reacción del pueblo contra antiguos y nuevos opresores, le inyectan nuevas energías a su fe en la justicia que asiste a la nación.

Lo anterior lo revela el documento que publicamos, carta personal enviada a su ministro en Estados Unidos, en el preciso momento en que la amenaza es ya un hecho. Lo más elocuente de ella, desde luego, es la confianza personal que el presidente tenía en el pueblo.

Méjico, Diciembre 27 de 1861.

Señor Dn. Matías Romero

Washington

Mi estimado amigo

Recibí la última de U. de 9 de Noviembre, y me impuse de su contenido.

Ya dije a U. en mi anterior que quedaron destruidas nuestras esperanzas de que los Estados Unidos nos proporcionaran recursos desde que fue desechado por la Cámara el tratado Wyke-Zamacona. Después de ésto habría sido estéril todo proyecto sobre el particular.

Por el último Paquete remitió a U. el Señor Berea los 2,000 pesos que con anterioridad había U. girado a su cargo; y espero que con este auxilio podrá U. cubrir sus atenciones, mientras las circunstancias en que nos hallamos me permiten que pueda atenderlo, para evitarle compromisos.

Como no pasaría por Veracruz la adjunta carta con el timbre del Gobierno, la incluyo a U. para que la remita a su destino.

Voy ahora a poner a U. al tanto de los acontecimientos que han tenido lugar por acá en todo el mes que fina.

Desde que se anunció la invasión extranjera se mandó reunir una Junta de Generales, encargándole la formación de un plan de defensa nacional. Después de varias conferencias, y tomando en consideración que carecemos absolutamente de marina, calificó la Junta como indefendible la plaza de Veracruz aun cuando sólo tuviéramos que resistir a los españoles. En consecuencia, se dictaron en seguida las órdenes para que se desartillaran la fortaleza y Veracruz, destinándose una parte del material de guerra a Tampico, a donde, en efecto, se mandó, y disponiendo que se internase la otra, para utilizarla en fortificaciones en la sierra del Chiquihuite y en el cañón de Cerro Gordo, como puntos muy a propósito para escarmentar al enemigo; pero aunque se puso la diligencia posible para salvar todo el material de guerra de los depósitos siempre fue preciso abandonar las piezas más pesadas y algo de proyectiles, por la escasez de trenes para la translación, que interrumpió la intimación de entrega de la plaza, en un brevísimo término, hecha por el señor Rubalcava, jefe en aquella fecha de la escuadra española. Desde que se dictaron las órdenes arriba mencionadas, se dieron instrucciones al Sr. Llave, conformes con las que después llevó el Sr. Gral. Uraga, jefe del Ejército de Oriente, para que, llegado el caso, evacuaran la plaza, a fin de no proporcionar al enemigo un fácil triunfo, a expensas de sacrificios inútiles por nuestra parte, y de una humillante retirada, de efectos en extremo desalentadores, que tanto habrían influido para debilitar nuestra defensa.

Los acontecimientos se precipitaron, y aunque el abandono de la plaza estaba decidido de antemano, el original procedimiento del Sr. Rubalcava nos obligó a dejar una parte del material de guerra; y como en esta vez el jefe español ha prescindido de las reglas de derecho internacional, de los usos generalmente recibidos y hasta de los preceptos más vulgares de urbanidad, hemos visto en tan brutal atropellamiento un acto de la más cruel e inmerecida hostilidad, que exacervando el encono de los mejicanos contra sus antiguos opresores, ha convertido en fiebre de cólera y de indignación el entusiasmo muy exaltado ya, que los animaba para probar a los invasores su vano intento de arrebatarles las prerrogativas preciosas de pueblo libre.

Tal es al presente la situación de los ánimos en la generalidad de nuestros compatriotas. La voz de la Patria, en su extremo conflicto, se hace oír hasta por los partidarios de la reacción, pues, a excepción de Zuloaga, Márquez y Mejía, que, dos veces derrotados en este mes, huyen al frente de miserables restos, no ya para rehacerse, sino para libertarse del castigo con que les amenaza la incesante y bien dirigida persecución que se les está haciendo; a excepción de Chacón, Gutierre, Vicario, y otros bandidos, en cuyas almas no puede tener cabida el sentimiento de la dignidad nacional, todos los demás defensores de la reacción se les ha sometido al Gobierno, acogiéndose a la ley de amnistía expedida por el Congreso, y ampliada después por el Ejecutivo en virtud de las inmensas facultades que aquel le dejó al cerrar sus sesiones.

El tigre de Alica fue completamente derrotado, y muerto, vagando los dispersos en pequeños grupos, que son presas diarias de fuerzas de Zacatecas y Tampico, y severamente castigados por ellas. Las gavillas del monte de las Cruces han sido hechas pedazos; y cuanto con que sus jefes Buitrón y Cobos, activamente perseguidos por Carbajal y Cuéllar, sufrirán el castigo que el inolvidable raptor del malogrado Sr. Ocampo, el infame español Lindoro Cagigas, enteramente derrotado en Acambay, fusilado luego, y colgado en seguida.

Está, pues, destruida la reacción, y Francia y la Inglaterra, que para aliarse a nuestra vieja enemiga la España, cediendo a las depravadas instigaciones de ésta y dando oídos a siniestros y mal intencionados informes de algunos mejicanos perversos cómplices de criminales especuladores extranjeros, han dado por cierta la existencia de dos bandos políticos en la República y la presencia de dos gobiernos, reconocidos y atacados por una parte de ella, se desengañaran muy pronto de que la reacción, en la que España creía hallar un firme y poderoso apoyo, está reducida a unos cuantos asesinos, salteadores de camino, vagando por los montes y viviendo de sus sanguinarias depredaciones, y verán que el Gobierno Constitucional, reconocido por toda la República, es hoy el centro de reunión; es el brazo que ha enarbolado el estandarte nacional en los momentos solemnes en que se halla en peligro la existencia de la Patria, que no ha acudido en vano al amor de sus hijos, porque todos ellos se manifiestan resueltos a defender su independencia, abandonando hogar, intereses y familia, para correr al encuentro de nuestros invasores, sin contar el número de los enemigos, sin tomar en cuenta la superioridad de sus elementos de acción comparados con nuestros pobres recursos. Pero existe la voluntad, que vence

los obstáculos, existe el patriotismo, que hace milagros; y si, según las noticias que esperamos por el inmediato extraordinario del Paquete, fuese ya imposible una solución pacífica de nuestras diferencias con Francia e Inglaterra, siendo indeclinable la guerra con las tres potencias; el Gobierno está resuelto a remitirlas hasta donde le alcancen sus recursos; los Estados todos han manifestado igual disposición; y si a pesar de todos nuestros esfuerzos no podemos impedir que los invasores se posesionen de la Capital, les continuaremos, sin embargo, la guerra por cuantos medios estén a nuestro alcance. Todo puede suceder, pero estimo como imposible que, sean cuales fueren los proyectos que para arrebatarnos nuestro ser político hayan formado Francia, España e Inglaterra, puedan realizarlo si no se deciden a mandar sobre nosotros fuerzas numerosas, y a gastar muchos millones de pesos. Le afirmo a U. esto, no como una expansión de mis sentimientos, sino como la neta expresión de mis profundas convicciones.

Acompaño a U. mi manifiesto, concebido, como verá, en términos que no entrañan fanfarronadas que puedan provocar el menosprecio, ni propósitos de solicitar arreglos de quienes se manifiestan para con nosotros impolíticos y bruscos. Si la voz de la justicia, de la equidad y de la conveniencia es desatendida para llevar adelante una combinación resuelta de antemano, con el derecho del más fuerte, en la hora suprema probarán los mejicanos que, si se sabe estimar un bien cuando por conservarlos se sacrifica la existencia, ellos han sabido amar su independencia, y merecerla muriendo en su defensa.

Mi nuevo Gabinete se compone de los Sres. Doblado, en Relaciones y Gobernación; Terán, de Aguascalientes, en Justicia y Fomento; el Gral. Hinojosa en Guerra, y González Echeverría en Hacienda; hombres todos de acreditados principios liberales, de merecido prestigio, y firmemente resueltos a hacer frente conmigo a todos los acontecimientos.

Nada más ocurre por ahora que añadir para dar a U. la más perfecta idea de nuestra situación, y por lo mismo concluyo repitiéndome su afmo. amigo y S. S.

Q. B. S. M.

Benito Juárez

EL 5 DE MAYO VISTO POR SUS AUTORES

Daniel GUTIERREZ SANTOS
Escuela Superior de Guerra

I

La batalla del 5 de mayo de 1862 adquiere una importancia preponderante en la vida nacional por las consecuencias que se originaron y que nos permiten calificar esta acción como una batalla decisiva en nuestra historia. En Puebla se consolidó la nacionalidad mexicana, no se luchó por ideas de partido ni porciones territoriales; allí se vivió y murió por la vida de una nación libre y al llamado de la Patria respondieron por igual el fronterizo de Chihuahua, el habitante del altiplano y el sureño de Oaxaca. En síntesis, unió con lazos indestructibles lo que en los 50 años anteriores amenazaba con desmembrarse. A partir de entonces sería imposible que se repitiera el caso de Texas.

La afirmación anterior es indiscutible, y se basa en el hecho de que en Puebla se libró una acción de armas entre las tropas expedicionarias francesas, instrumento bélico del imperialismo europeo, representado en su época por Napoleón III, y el Ejército Mexicano; pero no un ejército regular que defendía un territorio, sino los ciudadanos, el pueblo en armas, los hombres de la familia mexicana que veían amenazados sus hogares por la invasión extranjera. En esa batalla combatió una sola Unidad de Línea "el Fijo de Veracruz". La inmensa mayoría la formaron unidades de la Guardia Nacional como los "Tiradores de Morelia", "Rifleros de San Luis", "Nacionales de Puebla", "Lanceros de Oaxaca", etc.

No menospreciamos la bravura y heroísmo del soldado francés, bravo contendiente, pero si en Puebla vencieron las armas nacionales fue por su fe en la justicia y la razón, a pesar de la superioridad técnica, de armamento, mandos y entrenamiento de las tropas francesas.

Ahora bien, esta acción se recuerda y glorifica en su aniversario año tras año y se ha relatado repetidas veces, por lo que considero que una nueva narración resultaría superflua en la celebración de su centenario. Considero de más valor el acopio de documentos originales, escritos a raíz de la batalla por sus actores y testigos presenciales, que permiten

conocer los hechos y captar los sentimientos de sus autores en forma tal que se convierte en realidad actual esa grandiosa epopeya, evitando la apreciación subjetiva que cada escritor vierte en sus obras.*

A manera de antecedentes recordaré algunos acontecimientos importantes: el presidente Juárez se había anotado una gran victoria política al firmarse los tratados de Soledad, ya que allí se le reconoció como gobernante representativo de la Nación Mexicana y en Puebla se demostró por primera vez que había un pueblo que lo respaldaba. El Ejército Mexicano arribó a esa ciudad el 3 de mayo de 1862, después de librar algunas escaramuzas entre Orizaba y Puebla, seguido a una jornada de distancia por el enemigo que pernoctaba en Amozoc; así pues, para el amanecer del día 4 de mayo tenemos ya a los contendientes frente a frente: Los mexicanos dispuestos a resistir al invasor, y éste buscando la oportunidad de atacar. Sin embargo, la acción no se libraría sino hasta el día siguiente. Dejemos a los propios contendientes que nos relaten la acción. Sólo para coordinarla dividiremos esta batalla en tres partes y al final de cada una de ellas haremos una síntesis.

I. Preliminares

General Zaragoza: "Después de mi movimiento retrógrado que emprendí desde las Cumbres de Acultzingo, llegué a esta Ciudad el día 3 del presente, según tuve el honor de dar parte a usted. El enemigo me siguió a distancia de una jornada pequeña, y habiendo dejado a retaguardia de aquél a la segunda brigada de caballería, compuesta de poco más de 300 hombres, para que en lo posible le hostilizara, me situé, como llevo dicho, en Puebla. En el acto dí mis órdenes para poner en regular estado de defensa los cerros de Guadalupe y Loreto, haciendo activar la fortificación de la plaza, que hasta entonces estaba descuidada. Al amanecer del día 4 ordené al distinguido general, ciudadano Miguel Negrete, que con la segunda División de su mando, compuesta de 1,200 hombres, lista para combatir, ocupara los expresados cerros de Loreto y Guadalupe, los cuales fueron artillados con dos baterías de batalla y montaña. El mismo día 4 hice formar a las Brigadas Berriozábal, Díaz y Lamadrid tres columnas de ataque, compuestas: La primera, de 1,082 hombres, la segunda de 1,000

* Los partes de los generales mexicanos han sido tomados del Archivo Histórico de la Secretaría de la Defensa Nacional, Leg. XI/481.4/8723, Caja 808: *Documentos relacionados con la batalla del 5 de mayo.*

y la última de 1,020. Toda infantería; además una columna de caballería con 550 caballos, que mandaba el ciudadano General Antonio Álvarez, designando para su dotación una batería de batalla. Estas fuerzas estuvieron formadas en la plaza de San José hasta las doce del día, a cuya hora se acuartelaron. El enemigo pernoctó en Amozoc. A las cinco de la mañana del memorable día 5 de mayo aquellas fuerzas marchaban a la línea de batalla que yo había determinado y [que] verá usted marcada en el croquis adjunto; ordené al ciudadano Comandante Militar de Artillería, Coronel Zeferino Rodríguez, que la Artillería sobrante la colocara en la fortificación de la plaza, poniéndola a disposición del ciudadano Comandante Militar del Estado, General Santiago Tapia."

General Negrete: "Con arreglo a la orden que se sirvió darme el ciudadano General en Jefe, al amanecer del día cuatro ocupé los cerros de Guadalupe y Loreto, dejando en éste a los batallones Fijo y Tiradores de Morelia, de la primera Brigada y al 6º de Puebla de la segunda, con una batería de batalla y montaña; y en el de Guadalupe, el Batallón de Cazadores de Morelia de la primera Brigada y Mixto de Querétaro y 2º de Puebla de la segunda, con una batería de Artillería de batalla y montaña. Inmediatamente dispuse que sin pérdida de tiempo toda la fuerza se ocupase en fortificar dichas posiciones, teniendo la satisfacción de que al amanecer quedasen en disposición de resistir el ataque que preví debía dirigir al día siguiente el invasor."

General Lamadrid: "Tengo el honor de poner en el superior conocimiento de usted las operaciones practicadas por la Brigada de mi mando en la gloriosa y siempre memorable jornada del día cinco. Cumpliendo con las superiores órdenes que recibí, marché a situarme con mi Brigada al punto llamado del Rosario, desprendiendo de ella, por orden del ciudadano General en Jefe, el Batallón de Rifleros para que pasara a tenderse en tiradores al frente de nuestra línea emboscada a fin de atraer sobre nuestra columna las del enemigo."

General Berriozábal: "En cumplimiento a las órdenes e instrucciones verbales que el ciudadano General en Jefe se sirvió darme la noche de ayer, me situé en la mañana de hoy en la garita de Amozoc, con la Brigada que está a mis órdenes, compuesta de los Batallones Fijo de Veracruz, 1º y 3º de Toluca, formada en dos columnas de ataque y lista para dar con ellas la carga prevenida llegado el caso que se me fijó."

General Álvarez: "La brigada de mi mando compuesta de los Cuerpos Carabineros, Lanceros de Toluca y el de Oa-

xaca, se situó el día anterior de orden de usted apoyando la derecha de nuestra línea."

Coronel Morales: "Cuerpo de Lanceros de Toluca". Tengo el honor de poner en el superior conocimiento de usted este Cuerpo a mi mando estando situado el día anterior en una plazuela junto a la garita nueva..."

*Príncipe Bibiesco,** (oficial del ejército francés que tomó parte en la batalla): "Son las nueva cuando los cinco mil franceses desembocan en la llanura donde se eleva Puebla. Divísanse bien pronto las torres de la Catedral pero la Ciudad no aparece todavía, si no como una masa confusa en medio de los jardines de que está rodeada. El cuadro en que la vemos, a la distancia en que nos hallamos, está formado en el fondo por las alturas del Ixtacíhuatl y del Popocatépetl, que cierran el valle de Puebla del lado de México; a la izquierda por el monte Tepözúchil, a cuyo pie está trazado el camino que seguimos; a la derecha por el Fuerte de Guadalupe. Todo está tranquilo en la llanura. La marcha continúa. Sin embargo una línea de tiradores enemigos no tarda en mostrarse y romper el fuego a nuestra derecha; pero, rechazada por nuestros cazadores a pie, se retira lentamente y acaba por desaparecer tras la pendiente cubierta de árboles que liga a Guadalupe con Puebla.

"El general manda hacer alto y disponer el café, mientras su Jefe de Estado Mayor, el coronel Valezé, ejecuta un reconocimiento con el escuadrón de cazadores en dirección de la Rementería. Su objeto es estudiar el terreno que conduce a Guadalupe y juzgar en cuanto es posible, de la posición exacta del Fuerte. Guadalupe corona un movimiento de terreno de muy pronunciado relieve, que se desarrolla delante de nosotros y hacia la derecha, ocultándonos completamente a Loreto, otro pequeño fuerte situado a la extremidad opuesta del mismo movimiento. [A] cosa de mil metros de distancia de Guadalupe, Loreto domina también pero mucho menos el norte de Puebla. Débese poder llegar a Loreto que nos es completamente invisible, por pendientes más suaves que las de Guadalupe, pero también bajo fuerzas más temibles. Su ataque exigiría un movimiento muy dilatado, que además expondría por largo tiempo las tropas al fuego de Guadalupe, y nos tendría lejos del convoy, en cuyo rededor nos obligan a mantener nuestras reservas, tanto su importancia, como nuestro corto efectivo. Sea como fuere Guadalupe domina a Puebla, la posición de ese Fuerte tiene que dar por resultado

* Tomado de su obra: *Combats et retraite des six mille*, París, [¿1876?]

necesario la rendición de la Ciudad; es pues la llave de la posición, es decir, el verdadero punto de ataque escogido por el General desde la víspera. Para llegar, hay que dirigirse con una parte de las fuerzas más allá de una profunda barranca, accesible a la infantería, pero que necesita algún trabajo para el paso de la artillería. Los ingenieros se ponen rápidamente en obra, y al cabo de una hora quedan las pendientes practicables para el carruaje.

"Entre tanto, con la mirada vuelta hacia la ciudad, parecía que el general aguardaba el efecto de aquellas promesas tantas veces repetidas desde el desembarco. En vano busca en esa llanura que había quedado enteramente silenciosa el entusiasmo de la Puebla antijuarista; los diez mil hombres de Márquez, que deberían haberse encontrado allí, al mismo tiempo que él, y aquél gran partido de la intervención que desde hacía meses se le anunciaba todos los días para el siguiente. Nada en la llanura, nada en el camino.

"De repente se oye un cañonazo, uno sólo, ha partido del Fuerte de Guadalupe. A esta señal, que es tal vez para el enemigo la del combate, el general toma sus disposiciones de ataque.

Fórmanse tres columnas

"La primera comprende dos batallones del 2º Regimiento de Zuavos y diez piezas. Tiene orden de atravesar la barranca, marchar paralelamente al frente de Guadalupe en dirección de la derecha, y una vez a la altura del Fuerte, volver a la izquierda y dirigirse sobre él. La segunda, compuesta por el batallón de Marinos y de una batería de montaña servida por la marina, debe seguir a la primera y oponerse a todo movimiento que envuelva su flanco derecho. La tercera, fuerte de un batallón de infantería de marina, tendrá que establecerse detrás de la línea formada por los zuavos y hallarse lista para apoyarlos. Por su parte el intendente Racoul está encargado de instalar provisionalmente la ambulancia volante a mil quinientos metros más adelante de la grande Hacienda de la Rementería, propia para recoger los heridos. La guardia del convoy, concentrado en el camino de Puebla, detrás de la garita de Amozoc, y la vigilancia de ese camino se confía a los sólo cuatro batallones que quedan todavía disponibles. El escuadrón de caballería se encarga especialmente de explorar los flancos y la retaguardia de la División."

En resumen, los preliminares de la batalla del cinco de mayo en Puebla fueron los siguientes:

A. Fuerzas contendientes

Francesas: 8 batallones de Infantería (500 hombres cada uno aproximadamente) y un escuadrón de caballería (200 hombres aproximadamente), con la denominación de 2º Regimiento de Zuavos (2 batallones).

3er. Regimiento de Marina (2 batallones).

99º Regimiento de Infantería de Línea (2 batallones).

Batallón de Fusileros Marinos, y

Batallón de cazadores de Vincennes. Aproximadamente 500 hombres.

Mexicanas: 2ª División de Infantería con efectivos de 1,200 hombres, integrada por los batallones: Fijo de Morelia, Tiradores de Morelia, 6º de Nacionales de Puebla, 2º de Puebla, Cazadores de Morelia, Mixto de Querétaro y 6º de Puebla.

Brigada Berriozábal, con efectivos de 1,082 hombres, formada por los batallones Fijo de Veracruz, 1º Ligero de Toluca y Tercero Ligero de Toluca.

Brigada Lamadrid: Con efectivo de 1,000 hombres, la constituían los Batallones Reforma, Rifleros de San Luis y Zapadores.

Brigada Díaz: Con 1,020 hombres la formaban los Batallones Patria, Morelos, Guerrero y el resto del 1º y 2º de Oaxaca (100 hombres) que habían escapado al desastre de Chalchicomula. Brigada Álvarez con 550 hombres integrada por los carabineros de Pachuca y los escuadrones Lanceros de Toluca y Lanceros de Oaxaca.

B. Plan de Operaciones

Francés: De la descripción que hace el príncipe Bibiesco, podemos llegar a la conclusión de que el mando francés fincó su plan de operaciones en un ataque (en fuerza) sobre el Fuerte de Guadalupe, realizado por dos batallones de infantería, y protegidos sus flancos por un batallón de la misma arma cada uno.

El general, conde de Lorencez, subestimando a su enemigo, se lanzó al ataque sobre el punto más fuerte de la posición mexicana, en un alarde de fanfarronería, para demostrar la superioridad de sus tropas. Es inconcebible que un comandante de tropas de la experiencia y conocimientos del general Lorencez, olvidara la máxima de la ciencia bélica que señala que el punto del ataque será aquél en que el enemigo presenta mayor debilidad, y en este caso cualquiera era preferible a Guadalupe.

Mexicano: El general Zaragoza eligió las llanuras al este de la ciudad de Puebla, situadas entre el Cerro de Guadalupe y las alturas del Tepozúchil como campo de batalla, esco-

giendo como posición para esperar el ataque los Cerros de Guadalupe y Loreto, posición esta sobre la que basaría su plan de operaciones.

Para el efecto organizó sus tropas en dos agrupamientos fijos y cuatro móviles; los primeros destinados a mantener sus posiciones a toda costa (Negrete en Guadalupe y Loreto y Tapia en la ciudad propiamente dicha); los segundos para maniobrar al enemigo en caso de pasar a la ofensiva, en una segunda fase de la batalla, o bien para reforzar en su caso a los agrupamientos de los cerros y de la ciudad.

De todas maneras, justo es pensar que la concepción del general Zaragoza preveía la batalla en dos fases: la primera para detener al enemigo y la segunda pivoteando sobre su posición de los cerros para pasar a la ofensiva maniobrando con sus agrupamientos móviles.

Continuemos leyendo los documentos anteriores para analizar la primera parte de la lucha:

II. Primera fase

General Zaragoza: "A las diez de la mañana se avistó al enemigo y, después del tiempo muy preciso para acampar, desprendió sus columnas de ataque, una hacia el cerro de Guadalupe compuesto de 4,000 hombres, con dos baterías, y otra pequeña de 1,000 amagando nuestro frente. Este ataque que no había previsto, aunque conocía la audacia del ejército francés, me hicieron cambiar mi plan de maniobras y formar el de defensa, mandando en consecuencia que la brigada Berriozábal a paso veloz reforzara a Loreto y Guadalupe y que el Cuerpo de Carabineros de a Caballo fuera a ocupar la izquierda de aquellos para que cargara en el momento oportuno."

General Ignacio Mejía (Jefe de Estado Mayor del general Zaragoza): "Al fijar el ejército francés invasor su campamento al pie del cerro Amalucan, tomando por base de operaciones la Hacienda de los Álamos y destacar su columna desde ese punto hacia el Cerro de Guadalupe, se había guarnecido toda nuestra línea, defendiendo este cerro y el de Loreto; la segunda División al mando del C. general Miguel Negrete, auxiliado por la Brigada Berriozábal, que se mandó a la cima entre los dos fortines para proteger los flancos al Cuerpo de Carabineros de la primera Brigada de Caballería, al mando de su jefe el C. general Antonio Álvarez, que fue destinado a cubrir la izquierda del ala derecha formando ángulo con los fortines, se encontraba nuestra línea de batalla corrida desde el cerro de Guadalupe hasta la plaza de Román, que

es el frente de la situación del enemigo; a la misma altura de la posición del cerro de Guadalupe, sobre el camino que sale para la garita de Amozoc, [se colocaron] dos piezas de Artillería protegidas por la Brigada Lamadrid que se había situado en la iglesia de los Remedios y cuya pieza cubría desde el cerro hasta la posición.

"La División de Oaxaca se situó con otras dos piezas de Artillería en la plazuela del Román que cerraba nuestro costado derecho y de donde parte otro camino carretero que va [a] concluir a la garita de Amozoc, situándose al costado de esta propia plazuela los escuadrones Lanceros de Toluca y de Oaxaca pertenecientes a la 1ª Brigada de Caballería.

"Tal era nuestra posición a las once tres cuartos de la mañana del cinco de los corrientes, hora en que el enemigo desprendió de su ala derecha sus columnas de ataque y reserva que deberían apoderarse del cerro de Guadalupe. Este momento se anunció con dos cañonazos en dicho cerro y el toque de la campana de la Ciudad.

"Los enemigos adelantaron sus columnas protegidas de tiradores y emprendieron la subida del cerro al que se aproximaron mucho. Por nuestra parte se desplegaron los batallones de Zapadores y Reforma apoyados del Rifleros y protegieron perfectamente el costado derecho, la Brigada Berriozábal y la 1ª de Caballería, cooperaron por la izquierda, de manera que estos esfuerzos unidos a la tenaz resistencia de los heroicos defensores del Fuerte dieron por resultado que el enemigo fuera rechazado."

General Negrete: "Como a las diez de la mañana llegó este [el enemigo] y formó su campamento en la hacienda de Los Álamos, en donde descansó una hora, al momento mandé disparar el cañonazo que me previno el General en Jefe, sirviera de señal de su aproximación, y me puse en actitud de resistirlo. Poco después de las once puso en movimiento el enemigo más de 4,000 hombres formados en fuertes columnas con numerosas alas de tiradores y dos baterías de artillería, dirigiéndose a atacar decididamente a Guadalupe. En cuanto comprendí el movimiento que proyectaban dispuse que al llegar a tiro de cañones se rompiera el fuego de la artillería y ordené al general Rojo que los Batallones Fijo y Tiradores de Morelia y 6º Nacional de Puebla, formaran una columna de reserva situándose entre los dos cerros y mandara desplegar en tiradores al frente del 6º Batallón de Puebla, con orden de replegarse haciendo fuego en retirada según las columnas enemigas fueran avanzando. En los momentos de romperse el fuego se presentó a la izquierda de la posición de

Guadalupe el C. general Felipe Berriozábal con su Brigada, avanzó a paso veloz, mandado por el General en Jefe a reforzar éste punto, y de acuerdo con él formé con su Brigada y mi reserva una línea de batalla que se extendía desde Guadalupe hasta Loreto.

"Los soldados franceses con un arrojo que no desmentía la fama de valientes que tan justamente han adquirido, seguían avanzando al paso de carga protegidos por su artillería convenientemente situada, que arrojaba multitud de proyectiles sobre el cerro, y por el 2º Regimiento de Zuavos que marchaba desplegado en tiradores haciendo fuego sobre nuestros soldados. El 6º Batallón de Puebla se replegó a nuestra línea según se le tenía prevenido con muy buen orden y haciendo fuego bastante activo.

"Entonces el enemigo, creyendo descubrir la línea, carga denodadamente con una fuerte columna formada de los regimientos 1º y 2º de la infantería de Marina y es recibida por los fuegos de la artillería de Loreto y Guadalupe y por el activísimo de nuestra batalla, que, no contento con hacerlo a pie firme, se lanza súbitamente sobre el enemigo, que amedrentado de tal audacia retrocede en completo desorden hasta sus posiciones donde de nuevo se organiza."

General Berriozábal: "A las once de la mañana por orden del C. General en Jefe me dirigí a paso veloz a la altura de los cerros de Guadalupe y Loreto con objeto de auxiliar al C. general Miguel Negrete encargado de aquellas posiciones.

"Llegué oportunamente, pues el enemigo estaba acabando de organizar sus fuerzas para el ataque; convine con el general Negrete en que con sus reservas y mi Brigada formáramos una batalla apoyada por una zanja asolvada, en cuyas extremidades se encuentran las mencionadas posiciones de Loreto y Guadalupe. Así se verificó y haciendo la maniobra a paso veloz, quedó establecida la batalla y lista a resistir el choque del enemigo. A las 11 y tres cuartos dos batallones de Zuavos extendidos en tiradores se nos presentaron haciéndonos un fuego mortífero y preparando la carga de dos columnas; avanzaron intrépidamente sobre nuestra línea protegidos por el fuego vivísimo de su artillería rayada; nuestros tiradores de batalla se replegaron en buen orden y el enemigo con una bravura propia del soldado francés y digna de mejor causa se arrojó sobre nosotros. Nuestros sufridos soldados, no menos valientes que los franceses, recibieron el fuego nutrido de los zuavos sin disparar sus armas, esperando la voz de mando de sus jefes; cuando tuvimos al enemigo a menos de cincuenta pasos, el general Negrete y yo mandamos rom-

per el fuego y los valientes soldados franceses vinieron a morir a quince pasos de nuestra batalla. Las columnas fueron diezmadas por nuestras fuerzas, puestas en completo desorden y obligadas a huir al frente de los modestos soldados de México, quienes cargaron inmediatamente sobre aquéllos, trabándose entre algunos soldados un reñido combate a la bayoneta que nos hizo dueños del campo. El valiente coronel Camaño tomó la bandera de su Cuerpo, el primero ligero de Toluca, al cargar sobre los invasores; los batallones Fijo de Veracruz y Tercero Ligero de Toluca, no se quedaron atrás y sus jefes se distinguieron por el orden con que lo ejecutaron."

General Porfirio Díaz: "Me es grato poner en el superior conocimiento de usted los pormenores de la función de armas de ayer en lo relativo a la 3ª División que actualmente mando. A las once y media de la mañana cuando las columnas del enemigo estuvieron al alcance de nuestra artillería comenzó un fuego nutrido de esta arma de una y otra parte. Durante este cambio de proyectiles y durante los primeros ataques que la Infantería enemiga dio a los fortines de Guadalupe y Loreto, las columnas que estaban a mis órdenes permanecieron en quietud, puesto que según instrucciones superiores, no llegaba aún el momento de moverlas."

Príncipe Bibesco: "El general da la orden para que principie el movimiento y al punto las tres columnas atraviezan la barranca y marchan al través de la llanura en la dirección que les ha sido indicada. En este momento una línea de fuego ilumina el frente de la fortaleza, que observa nuestro ataque y algunas balas bien dirigidas vienen a rebotar en medio de nuestras filas. No hay duda . ¡Es la lucha!

"Son las doce. Nuestra columna de vanguardia ha llegado al cambio de dirección, voltea a la izquierda y mientras la artillería toma posición a dos mil doscientos metros de Guadalupe, los zuavos se despliegan a ambos lados de nuestras baterías, esperando con el arma al pie se abra una brecha que están impacientes por asaltar.

"Comienza el fuego de nuestra artillería, el del enemigo se hace más vivo. Desde un punto que ha escogido para juzgar mejor del combate, el general observa pronto que nuestro tiro, no obstante su precisión, está amenazado de quedar sin efecto, y mandó luego al comandante de artillería, orden de avanzar y continuar el fuego. No obstante la disposición del terreno es tal que se pierde enteramente de vista el fuerte al acercarse, y que no es posible, para batirlo, colocar las diez piezas de artillería montadas a una distancia menor de dos mil metros. Más allá se presenta una nueva barranca a

cuya salida comienza las pendientes que conducen a Guadalupe; así es que el enemigo cuyas piezas están perfectamente servidas, tiene desde el principio la ventaja del tiro, y nosotros nos vemos forzados, al cabo de cinco cuertos de hora de un cañoneo que ha agotado la mitad de nuestras municiones, sin dañar las defensas de Guadalupe, a confiar el éxito de la jornada a la intrepidez de nuestra sola Infantería.

"El general ha acudido ya: ya ha formado dos columnas con todas las tropas presentes en el lugar del combate y les ha señalado los puntos de Guadalupe, sobre los cuales recive orden de lanzarse. Por un lado el comandante Cousín, a la cabeza de un batallón de zuavos atravieza a la izquierda las quebraduras del terreno y llega al pie de la explanada; por el otro lado, el comandante Morand se dirige oblicuamente a la derecha con otro batallón de zuavos, para echarse en seguida sobre Guadalupe, procurando abrigarse de Loreto. Cada columna es seguida de dos destacamentos de Zapadores que llevaban sendas tablas aderezadas de escalones clavados, medios de escala asaz insuficientes; pero el único que la precipitación de los sucesos permite procurarles. El destacamento de la izquierda está provisto además de un saco de pólvora destinado a hacer saltar la puerta del reducto. Sintiendo que la victoria depende del golpe de audacia intentado en aquél momento, el general no vacila en mandar por el batallón de cazadores a pie, que había quedado en guarda del parque, y hacerle conducir a la posición con objeto de que apoyase al batallón Cousín.

"El general y su Estado Mayor siguen el movimiento de las tropas para ir a situarse en un punto desde el cual sea fácil verlo y dirigirlo todo. El enemigo le reconoce por su guión y desde que está en el campo no ha cesado de ser el punto de mira de los artilleros mexicanos, pero la muerte no ha hecho todavía mas que amenazar. He aquí ahora que hiere a su lado; llega una bala, rebota, arranca del caballo al subintendente Racoul, y le arroja expirante en el polvo. El capellán de la División pasa en aquél momento, ve al desgraciado, acude, echa pie a tierra, y sosteniendo al moribundo con una mano, le bendice con la otra. ¡Patético espectáculo el de aquella tranquila y serena bendición del sacerdote en medio de la muerte que le cerca!"

Hemos visto las versiones de la primera fase de la lucha contada por sus autores, ahora reuniendo estas, comparándolas y analizándolas, resumiremos:

Al amanecer del día cinco de mayo de 1862, precisamente a las tres horas, los ayudantes de campo del general

Zaragoza se presenten en los alojamientos de las tropas, llevando órdenes para conducirlas a su colocación en el dispositivo. La Brigada de Oaxaca es la primera en llegar a la ladrillera de Azcárate y su comandante, el general Porfirio Díaz, forma sus batallones en columna y los protege con una línea de tiradores al frente; en seguida la Brigada Berriozábal toma su colocación en la línea a la altura de la garita de Amozoc y, al igual que Díaz, despliega sus tiradores. Otro tanto hacía el coronel Lamadrid con su Brigada, teniendo como base la iglesia del Rosario, situada en las faldas del cerro de Guadalupe. Por último la brigada de caballería se colocó en el ala derecha de todo el dispositivo nacional.

A las cinco de la mañana el general Zaragoza, montado y acompañado por su Estado Mayor, recorrió la línea aprobando los dispostivos de los comandantes subordinados, modificándolos en el sentido de que cada brigada recogiera sus tiradores y que el batallón Rifleros de San Luis, desplegado en tiradores, cubriera todo el frente del dispositivo mexicano.

Por su parte el ejército francés, al amanecer, emprende su marcha de Amozoc a Puebla. Al llegar a la llanura choca con un pequeño núcleo de jinetes que al mando del capitán Martínez, en cumplimiento de las órdenes del general Zaragoza, comenzaron a hostilizar a los europeos. El cambio de disparos fue rápido y en corto tiempo el capitán Martínez se replegó hacia Puebla.

A las nueve horas, el general Lorencez ordenó hacer alto a sus tropas para que éstas tomaran el desayuno en tanto que el coronel Valeze, con el escuadrón de caballería, hacía un reconocimiento en dirección de la hacienda de Rementería. Al finalizar, el coronel Valeze ordena que los zapadores se adelanten para hacer practicable el terreno al paso de la artillería.

Zaragoza, que desde Guadalupe observaba al enemigo, se dio cuenta que éste abandonaba el camino de Puebla dirigiéndose hacia la garita de peaje, deduciendo por tanto que el francés podría dirigir el ataque sobre los cerros o bien trataría de rodear la ciudad.

Lorencez, después del alto, ordena su dispositivo de ataque, consistiendo éste en tres columnas. La primera la constituyen dos batallones del 2º Regimiento de Zuavos, apoyada por dos piezas de artillería con misión de desplazarse en dirección paralela al Fuerte de Guadalupe, para una vez colocados a su altura, cambiar de dirección y lanzarse al asalto sobre el fuerte.

Un batallón de fusileros marinos formaría la segunda columna y seguiría a la primera para que, una vez que éste se lanzara al ataque del fuerte, pasara a constituir el flanco derecho de los zuavos, participando en el ataque.

Finalmente, un batallón del 3er. Regimiento de Marina, formaba la tercera columna, con misión de desplazarse a retaguardia de uno de los batallones de zuavos para apoyarlos durante el ataque.

En reserva, el general Lorencez deja al 99º Regimiento de Línea, el Batallón de Cazadores a pie y un batallón del 3er. Regimiento de Marina, en tanto que la caballería cubría los flancos y la retaguardia del dispositivo francés.

El general de Lorencez se lanza al ataque con la mitad de sus efectivos —pensando que para la operación con eso es suficiente— y deja cuatro batallones en segunda línea, tal vez con intención de reforzar su ataque en un segundo tiempo, protegiendo así sus trenes de las sorpresas de los guerrilleros, que tanto daño le habían causado durante su marcha desde la costa.

Se dispara un cañonazo en Guadalupe; es la señal de que el enemigo inicia el ataque; son las 11.45; el general Zaragoza se convence de que el esfuerzo francés se dirige a Guadalupe y rápidamente se prepara a hacerle frente, modificando para el efecto su dispositivo. Ordena que la Brigada del general Berriozábal se traslade a paso veloz a la explanada que existe entre ambos fuertes, al mismo tiempo que el Cuerpo de Carabineros de la Brigada de Caballería se traslade al flanco izquierdo del dispositivo para que, apoyándose en el cerro de Loreto, prolongue dicho flanco.

El general Negrete, por su parte, al darse cuenta de la dirección del ataque francés, forma una brigada al mando del general Rojo con los batallones Fijo de Morelia, Tiradores de Morelia y 6º de Nacionales de Puebla (Zacapoaxtla). Este último batallón en cumplimiento de órdenes se despliega en tiradores al frente de los fuertes; es el primero en cruzar sus armas con los franceses y tiene por misión replegarse al sentir el esfuerzo enemigo sobre la línea constituida por los otros dos batallones.

En esos precisos momentos y cuando el general Rojo formaba su línea, llega la Brigada del general Berriozábal; rápidamente se ponen de acuerdo los generales Negrete y Berriozábal desplegando la Brigada Rojo hacia el Fuerte de Loreto y la Berriozábal hacia el Fuerte de Guadalupe, quedando establecida una línea en la explanada que separa ambas posiciones. Esta línea permaneció en espera de la

llegada del francés, ocupando una zanja azolvada que existía al cubierto de las vistas del atacante y con órdenes de no romper el fuego hasta que no se ordenara.

Cuando los franceses se aproximaron a una distancia de 1200 metros de los fuertes, empezaron a desplegar sus columnas de ataque, dirigiéndose sobre el de Guadalupe y el terreno que media entre éste y el de Loreto, con apoyo de su artillería que, mal servida y emplazada a gran distancia, poco daño hacía a nuestras posiciones.

Nuestra artillería contestó el fuego con eficacia, pero las columnas atacantes no fueron suficientemente batidas debido a la protección que les daba lo quebrado del terreno; sin embargo, cuando éstas llegaron a la planicie, fueron batidas con gran eficacia con esta arma.

Los franceses chocaron con el Batallón de Zacapoaxtla, el cual, batiéndose con bizarría, se replegó ordenadamente sobre su línea en cumplimiento de las órdenes recibidas, momento en el cual desencadenaron el fuego las brigadas Rojo y Berriozábal, precisamente cuando sus tiros lograban mayor eficacia, sorprendiendo a los atacantes y desorganizándolos. Las tropas francesas sujetas al fuego de los fuertes y de las brigadas mencionadas se replegaron sobre sus posiciones iniciales, seguidas por las tropas mexicanas que les disputaban el terreno en lucha cuerpo a cuerpo.

Al observar que los franceses hacían movimientos para reforzar con sus unidades de segunda línea a las columnas de ataque, el mando mexicano ordenó que sus tropas regresaran a sus posiciones iniciales.

III. Segunda fase

General Zaragoza: "Poco después mandé al batallón Reforma de la Brigada Lamadrid para auxiliar los cerros, que a cada momento se comprometían más en su resistencia. Al Batallón de Zapadores de la misma brigada le ordene marchara a ocupar un barrio que está casi en la falda del Cerro, y llegó tan oportunamente que evitó la subida de una columna que por ahí se dirigía al mismo cerro, trabando combates casi personales. Tres cargas bruscas ejecutaron los franceses y en las tres fueron rechazados con valor y dignidad; la caballería situada a la izquierda del Loreto aprovechando la primera oportunidad, cargó bizarramente lo que les evitó reorganizarse para su nueva carga.

"Cuando el combate del cerro estaba más empeñado, tenía lugar otro no menos reñido en la llanura que formaba mi

frente. El C. general Díaz, con dos cuerpos de su brigada, uno de la de Lamadrid, con dos piezas de batalla y el resto de la de Álvarez, contuvieron y rechazaron a la columna enemiga que también con arrojo marchaba sobre nuestras posiciones; la columna se replegó hacia la hacienda de San José Rementería, donde también lo habían verificado los rechazados del Cerro, que ya de nuevo organizados, se preparaban únicamente a defenderse, pues hasta habían clarabollado las fincas, pero yo no podía atacarlos porque derrotados como estaban, tenían más fuerzas numérica que la mía; por lo tanto mandé hacer alto al general Díaz que con empeño y bizarría los siguió y me limité a conservar una posición amenazante."

General Ignacio Mejía: "Repitieron [los franceses] dos veces más la carga y en la última con tal arrojo que han quedado multitud de muertos y prisioneros en los mismos fosos de Guadalupe. Toda la línea tomó parte en el combate, replegándose el Batallón de Rifleros a la derecha y saliendo a substituirlo el Batallón Guerrero de la 2ª Brigada de la División de Oaxaca.

"Comprometido este batallón por haberse posesionado el enemigo de un vallado con sus tiradores, fue necesario auxiliarlo con la 1ª Brigada de la propia División y de este modo en combates empeñados se le fue desalojando de vallado en vallado, mas habiéndose adelantado mucho nuestras fuerzas, hasta cerca de la base de operaciones del enemigo, se hizo salir al resto de la 2ª brigada de la división mencionada con dos piezas que estaban sobre el camino de Amozoc y que, incorporadas a las demás que se batían, completó la derrota de los enemigos, que a la vez fueron cargados por el Batallón de Rifleros que antes se había retirado y por la 1ª Brigada de Caballería con las fuerzas que tenía en el ala derecha e izquierda de toda la línea, haciéndole varios prisioneros que fueron tratados con humanidad y remitidos los heridos a los hospitales.

"A las cuatro y media de la tarde cesaron los últimos fuegos; el enemigo se retiró a su campamento luego que obscureció, nuestras fuerzas se mantuvieron adelante de la línea, se levantó el campo, recogiéndose nuestros muertos y heridos hasta donde alcanzó el tiempo y al obscurecer se retiraron a sus posiciones."

General Negrete: "De nuevo se organiza [el enemigo] y cubierto por los zuavos de tanto renombre, que avanzaban en tiradores, carga por segunda vez tratando de romper nuestra línea y por segunda vez es rechazado por nuestra batalla con

el mismo orden y entusiasmo, dejando en su fuga regado el campo con más de 300 entre muertos, heridos y prisioneros, de los valientes vencedores de la Crimea y de la Italia.

"En los momentos precisos de esta segunda carga, el general Rojo, que se hallaba a la izquierda de la línea, juzgó a propósito dar aviso al general Antonio Álvarez, que con dos cuerpos de caballería estaba situado abajo de la loma del cerro de Loreto, que era el momento de presentarla por el flanco derecho del enemigo para aprovechar una oportunidad que nos diese por resultado una completa victoria. Así lo verificó y en los momentos en que desfilaba se presentó el Batallón Reforma, conducido por su teniente coronel C. Modesto Arriola, que se sirvió mandar de refuerzo el C. general en Jefe, y también recibió orden y la ejecutó con entusiasmo y decisión para marchar en columna protegiendo la carga de caballería.

"Por último, como a las cuatro de la tarde fueron completamente rechazados de la línea de batalla; entonces dirigieron los invasores otra columna formada por el acreditado Regimiento de Vincennes, cubiertos por un ala de tiradores del famoso Regimiento de Zuavos, que atacó con intrepidez la fortificación de Guadalupe llegando hasta el foso, logrando algunos cazadores apoderarse de la trinchera en que quedaron muertos, y rechazada la columna a la que nuestros soldados salieron a batir fuera del parapeto. El enemigo dejó más de 30 muertos y algunos heridos, encontrándose entre los primeros a un jefe de alta graduación, condecorado por Napoleón el grande con la Cruz de la Legión de Honor."

General Berriozábal: "El enemigo, entendido y tenaz, tenía preparadas nuevas columnas y fuertes alas de tiradores; con ellas volvió inmediatamente a la carga, pero los jefes todos de nuestras fuerzas, y muy particularmente el C. general Negrete, cuya serenidad y actividad fueron notables, restablecimos la batalla y esperamos otro empuje que hacía el enemigo. Sus esfuerzos fueron inútiles y por segunda vez lo obligamos a huir dejando multitud de muertos que recibieron balas por la espalda; por segunda vez cargaron también con arrojo extraordinario nuestros cuerpos y el ejército francés habría quedado enteramente destruido en esos momentos si hubiéramos tenido desde el principio alguna caballería de qué disponer, pero estando empleada por otros puntos y a pesar de haberla pedido repetidas veces, no fue posible que llegara hasta concluir la última carga. Sin embargo de esto, su presencia y el arrojo con que el valiente general Álvarez cargó en el poco terreno de que podía dis-

poner, bastó para que el enemigo no repitiera su ataque de frente, pero sí volvió a llamarnos la atención con algunos tiradores mientras por el flanco derecho de la fortificación de Guadalupe cargaba una fuerte columna de cazadores Vincennses, que con un arrojo extraordinario llegó hasta el foso y algunos de sus soldados saltaron el parapeto, mas los defensores del punto, con una serenidad tan bien admirable, lograron arrojarlos quedando en dicho foso más de 30 cadáveres del enemigo.

"En estos momentos se me presenta el Batallón Reforma de San Luis que me envió el General en Jefe, de cuyo cuerpo destaqué una compañía para que batiera el enemigo por su flanco derecho.

"Éste fue destruído completamente y como los anteriores nos presentaron sus soldados las espaldas sin haber vuelto a emprender otro ataque desde esa horas que eran las cuatro treinta de la tarde.

"Pendiente y dedicado al costado derecho de nuestra línea, que era por donde el enemigo redoblaba sus ataques, no pude observar el izquierdo con la precisión que hubiera deseado para dar cuenta al C. General en Jefe de los hechos más notables de los batallones que lo cubrían, pero el C. general Negrete lo hará indudablemente por ser fuerzas de su División."

General Lamadrid: "Verificada esta maniobra permanecí en el punto susodicho hasta que el enemigo cargó con ímpetu y decisión sobre el cerro de Guadalupe; y entonces, por orden del C. General en Jefe, maniobré sobre mi flanco izquierdo hasta colocarme en la garita de Amozoc, mandando desde este punto, como se me previno, el Batallón Reforma en auxilio de los valientes que defendían el expresado cerro; a los pocos momentos recibí nueva orden de marchar al paso veloz con el Batallón de Zapadores a ocupar el barrio de Sechola para impedir que los franceses se apoderaran de tan importante punto y defender la derecha de nuestra posición de Guadalupe, seriamente amenazado entonces. Cuando llegué al barrio expresado ya estaba ocupado en parte por el Batallón número 'Uno' de Cazadores de Vincennes y una fracción del 99º de Línea. En el acto ordené al mayor de la Brigada C. comandante Telésforo Tuñón Cañedo que con doscientos zapadores al mando del encargado del detall de dicho cuerpo, C. Ignacio Rosas, defendiese nuestra izquierda y ocupase la torre de la iglesia para hostilizar y ver al enemigo y sus movimientos, mandando al mismo tiempo al jefe de Cuerpo de Zapadores, teniente coronel Miguel Balcázar, defendiese

nuestra derecha y atacase al enemigo; ambos jefes cumplieron a mi entera satisfacción mis órdenes y pronto se trabó, como ha visto el C. General en Jefe, un encarnizado combate.

"A este tiempo una columna desprendida de la fuerza enemiga se echó sobre el heroico Batallón de Rifleros, que formándose en columna con sus valientes jefes a la cabeza, C. coronel Carlos Salazar y teniente coronel Francisco Fernández, resistió el potente primer impulso de los franceses y ayudado por una parte de las fuerzas de Oaxaca y de los Lanceros de Toluca, aunque inferiores en número, cargaron con tal denuedo sobre los franceses que éstos después de una lucha tenaz dieron la espalda a los nuestros y los del 99º y los Cazadores corrieron en [el] desorden más completo ante los soldados mexicanos dejando en su fuga multitud de muertos, heridos y todas las mochilas del 1er. Batallón de Cazadores de a pie.

"El Batallón de Zapadores a este tiempo se cubría igualmente de gloria, desalojando palmo a palmo al enemigo de sus posiciones y logrando ver correr delante de sí, en el desorden que corrieron por todas partes de la línea, a los zuavos y cazadores que dejaron en el campo que ocupaban muchos muertos, heridos y armas.

"El Batallón Reforma, de la manera heroica que acostumbra, se batió en el cerro de Guadalupe, avanzando hasta la falda del expresado [cerro] dos compañías con su valiente teniente coronel a la cabeza, C. Modesto Arriola, donde con los Zuavos se batieron cuerpo a cuerpo y al arma blanca."

General Porfirio Díaz: "Entre las dos y tres de la tarde, cuando más se empeñaba el combate en los fortines mencionados, observé que una gruesa columna de infantería se dirigía a mi frente apoyada por un escuadrón y trayendo a vanguardia una numerosa línea de tiradores que ya comenzaba a batir al Batallón Rifleros de San Luis que en la misma forma cubría nuestra frente.

"Los Rifleros permanecieron combatiendo en su puesto, en términos de que, al emprender su retirada como según [las] instrucciones que prevenía el caso, ya no sólo era batido por los tiradores enemigos, sino que comenzaba a sufrir los fuegos de la columna. En este momento mandé que el Batallón Guerrero, a las órdenes del teniente coronel C. Mariano Jiménez, se moviese en columna hacia el enemigo y desplegando sobre la marcha en batalla a su frente, los batiese sin dejar de ganarle terreno; comprometido este batallón en un serio combate y habiéndose alejado mucho, era indispensable protegerlo y doblar su impulso en caso necesario y a este

efecto destaqué los Batallones 1º y 2º de Oaxaca, al mando de sus respectivos jefes, C. coronel Alejandro Espinosa del primero y C. teniente coronel Francisco Loaeza del segundo, formando en una sola columna siguieron al enemigo con tal impulso que le fueron desalojando sucesivamente de las sinuosidades [del] terreno, que era una continuación de parapetos sobre la llanura. Cuando nuestro ataque daba este resultado, las columnas francesas que por última vez y con indecible vigor atacaban el fortín de Guadalupe, se convirtieron en torrentes de fugitivos que veloces descendían del cerro y parecían pretender cortar a los que combatíamos en el valle. En este momento mandé que el Batallón Morelos, que hasta entonces formaba mi reserva, se moviese en columna mandada por su teniente coronel C. Rafael Ballesteros, y con diez piezas de batalla viniese a reforzar mi izquierda, como lo hizo, acabando de rechazar a los que no consumaban aún su fuga. Mandé también que por [la] derecha marchase [el batallón de] Rifleros con los escuadrones Lanceros de Toluca y Oaxaca en paralelo con Morelos y a su altura. Cuando en esta forma perseguía al enemigo recibí repetidas órdenes para hacer alto y lo verifiqué dejando a mi retaguardia el sitio del combate y con el enemigo al frente en el más completo desorden y a distancia de 600 metros. En esta situación y cambiándonos muchos tiros de artillería, permanecimos hasta las 7 de la noche, hora en que por orden superior volví a ocupar mi línea."

General Alvarez: "Pero siendo necesaria la presencia de una parte de esa caballería a inmediaciones de los cerros de Guadalupe y Loreto, que se hallaban fuertemente atacados por los enemigos de la patria, recibí nueva orden para colocar en paraje conveniente al cuerpo permanente de carabineros; así lo verifiqué, marchando con él y situándolo cerca de este último punto, para aprovechar el momento que se me presentara de cargar sobre el enemigo con buen éxito, y en efecto, al ser rechazadas las fuerzas enemigas, me sirvió de apoyo alguna infantería que, desprendiéndose de sus posiciones, marchaba en su persecusión a la carga; ella, como usted sabe, con el mejor resultado que podía esperarse. Tuvo el mencionado cuerpo las novedades que constan en la adjunta relación."

Coronel Morales: "A las dos y media de la tarde, hora en que el enemigo atacaba el cerro de Guadalupe me previno el C. General en Jefe del Ejército emprendiese la marcha hacia la garita vieja de Amozoc, y habiéndolo así verificado y a la vez que llegaba el cuerpo a dicho punto comenzaba el

enemigo a atacarlo, resistiéndoles con la fuerza de su mando el general Porfirio Díaz quien, habiéndole hecho emprender su retirada, se me previno por dicho General en Jefe darle la carga en aquellos momentos de triunfo para nuestras armas, disponiendo yo entonces que el primer escuadrón, formando una batalla, la emprendiese continuando en seguida el segundo escuadrón y el piquete de los Lanceros que manda el teniente coronel Félix Díaz, formando una columna para reforzar al primero sobre dos de los cuerpos enemigos a quienes perseguían en un espacio de más de 500 varas hasta que aquellos, llegando a un bordo situado a la izquierda del camino, se organizaron y parapetaron en el mismo bordo a la vez que otro cuerpo de ellos se hallaba emboscado en una barranca, se presentó cargando sobre nuestra derecha; en estos momentos en que ya no me era posible continuar la carga por lo obstruído del camino, comencé a hacer mi retirada en el mejor orden hasta situarme a 200 varas de aquella garita.

"Entonces la infantería que allí estaba con el expresado general Díaz comenzó de nuevo a hostigar [al enemigo] hasta que por segunda vez emprendió la retirada. En este momento se me previno darle de nuevo un alcance, lo cual ejecuté en el mejor éxito en un espacio de más de 100 varas de terreno parejo en donde nuestros soldados lancearon a algunos, pero después de este espacio en que ya el terreno es bastante quebrado y lleno de barrancas y bordos, y por lo mismo el enemigo encontraba en él un apoyo para resistirme, hice alto a distancia de 20 pasos del enemigo para organizar mi fuerza y retirarme, situándome después a retaguardia de los batallones Rifleros y Oaxaca que habían ido a protegerme, quienes, haciendo un esfuerzo, lograron quitar a aquellos las posiciones que tenían y perseguirlos hasta el centro del grueso de todas sus fuerzas, quedando ya entonces con mi Cuerpo en el centro de dichos batallones, permaneciendo en dicha posición hasta las ocho y media de la noche en que por orden del C. General en Jefe emprendimos la marcha para esta ciudad, cubriendo yo la retaguardia de la infantería hasta situarme al mismo punto de donde había partido antes."

Teniente coronel Félix Díaz: "Tengo el honor de participar a usted que la columna que se formó del Cuerpo de Lanceros de Toluca y el que yo tengo la honra de mandar, cargó dos ocasiones sobre el enemigo por disposición del General en Jefe de este Cuerpo de Ejército, logrando en la primera arrollar al enemigo, haciéndole algunos muertos; y

en la segunda sólo se desaolojó al enemigo de las barrancas que ocupaba no habiéndose seguido la carga por el mal terreno y [por] haber sufrido las novedades de que doy cuenta en la relación separada."

Coronel J. Solís. (Comandante del 3er. Cuerpo del Resguardo): "Tengo el honor de participar al C. General en Jefe lo ocurrido el 5 del presente en el Cuerpo de mi mando, en la acción habida con el enemigo extranjero a las goteras de esta ciudad.

"En cumplimiento de su superior orden me situé en el rumbo de San Ignacio, y posteriormente mandé a apoyar la columna de infantería que subía al Cerro de Guadalupe; en seguida recibí órdenes de incorporarme al Cuerpo de Carabineros y, en esta posición, las columnas de nuestra infantería rechazaron a las del enemigo.

"Emprendí en el acto la carga poniendo mi fuerza a la vanguardia de dichos carabineros y esta fue mi satisfacción, porque la pérdida de mi brazo derecho no hizo desmayar a mis soldados que siguieron batiéndose con denuedo hasta que el toque [de] reunión en el cerro los hizo retirarse sin pérdida más que de un caballo herido."

Príncipe Bibesco: "Entre tanto sigue la lucha más terrible. En proporción que nuestras columnas se aproximan al fuerte, la defensa se multiplica, el fuego redobla y pronto hay sólo en el aire un silbido no interrumpido de balas de fusil y de cañón. A la izquierda los cazadores de a pie acaban de aparecer sobre la posición. ¡Hélos ahí que se lanzan al lado de los zuavos! ¡Qué lucha de heroísmo entre esos hombres por escalar las formidables defensas todavía intactas de Guadalupe...!

"Vanamente nuestros soldados saltan la zanja y coronan en gran número la parte del terraplén, todos sus esfuerzos se estrellan contra un reducto inexpugnable, cuyo centro forma la iglesia, en que están tres líneas de fuego y que defienden las tropas de los generales Negrete y Berriozábal. En fin, como para hacer impotentes nuestros últimos esfuerzos, se desata una violenta tempestad acompañada de granizo...

"Dos líneas de infantería mexicana, bien emboscadas y apoyadas por numerosa caballería, se despliegan sobre la cresta que une el Fuerte de Guadalupe con el de Loreto. Marchamos directamente sobre el enemigo; pero somos tomados de flanco por las baterías de Loreto, invisibles hasta entonces, y nos causan pérdidas sensibles. Los marinos y la batería de montaña, que estaban de reserva, son sucesivamente enviados en auxilio de los zuavos y el combate prosigue con encarnizamiento...

"Los soldados nos dan una carga terrible. Por otra parte, nuestras tropas tomadas entre los fuegos cruzados del fuerte y de las masas acumuladas en la altura, sucumben bajo la metralla y acaban por replegarse...

"En el mismo momento tenía lugar en la llanura un combate heroico entre dos compañías a pie y una parte de la caballería mexicana. El comandante Magin y el 1er. Batallón de Cazadores acaban de trepar la pendiente que conduce a Guadalupe, guiados por un teniente de E. M. encargado de indicarles el punto de ataque; hállanse a algunos pasos del foso cuando del lado de los jardines de Puebla, se produjo en medio de los árboles como un remolino semejante a las ondulaciones que forman a distancia las columnas en marcha. Fue un rayo de luz; no había duda detrás de aquellos árboles, el enemigo se preparaba a aprovechar el alejamiento del Escuadrón de Cazadores de África, en observación del lado del noreste, y el aislamiento del batallón para atacarle por la retaguardia... El general, puesto al corriente del peligro que amenaza a los cazadores de a pie del teniente Ney d'Elchingen, ordena al Coronel L'Heriller, que había quedado guardando el parque, para que apoye a toda prisa al comandante Magin con un Batallón del 99º de Línea...

"Son las cuatro, se ha marchado desde las cinco de la mañana y batido desde las doce del día. Testigo de los esfuerzos sobrehumanos de sus tropas durante esa lucha desigual, reconociendo la imposibilidad de una nueva tentativa sobre Guadalupe, el general Lorencez da la señal de retirada."

Hemos visto en los relatos que anteceden que, con pequeñas diferencias y cada quien en su zona de acción, coinciden en la forma en que se realizó este hecho de armas; pero además, salta a la vista que en esta segunda fase de la batalla el comandante francés se empeña a fondo y con todos sus elementos y tal parece que se da cuenta tarde de su error, pues aun cuando insiste en su ataque sobre Guadalupe, al fracasar éste por segunda vez, desplaza sus esfuerzos sobre la llanura para ir a chocar contra la Brigada de Oaxaca y el Batallón Reforma de San Luis.

Efectivmente, en esta segunda fase de la batalla, la lucha se generaliza; los beligerantes se empeñan a fondo y con todos sus efectivos, y, ante su fracaso inicial, el comandante francés utiliza todos sus elementos en un ataque general, sin ningún resultado.

El Batallón de Cazadores de Vincennes, el 99º de Línea y los batallones de marinos van entrando en línea. Así tenemos a los marinos reforzando a los zuavos por segunda vez

sobre la posición de los fuertes; y los cazadores y el 99º Regimiento de Línea combatiendo sobre la planicie entre el cerro de Guadalupe y el del Tepozúchil.

El ataque sobre los fuertes se inicia a las catorce horas: los zuavos y los marinos con un valor temerario reafirman su fama de veteranos y primeros soldados del mundo.

Fue tal el ímpetu de los invasores que, a pesar del valor desplegado por nuestras tropas en este segundo ataque, logran llegar a los fosos de Guadalupe, los sobrepasan y colocando sus escalas llegan hasta la berma de las fortificaciones, pero allí están los nuestros para disputarles el terreno en lucha cuerpo a cuerpo. Los franceses llegan a abrazarse de los cañones de la defensa; nuestros artilleros, que se encontraban desarmados, cooperan con la infantería golpeando con los escobellones.

La lucha en Guadalupe estaba indecisa pero en esos momentos a paso veloz llega el refuerzo enviado por el General en Jefe mexicano. Es el Batallón Reforma de San Luis que se une a la Brigada Berriozábal para cargar de flanco sobre el ataque enemigo, obligando al francés a retroceder.

Al mismo tiempo y precisamente sobre un flanco del cerro de Guadalupe otra columna francesa atacaba las posiciones mexicanas, desplazándose por el barrio de Xomaca, pero pronto es detenido y cargada por su flanco por el Batallón de Zapadores de la Brigada Lamadrid que no le permite cooperar en el ataque sobre el cerro.

Los rifleros de San Luis y la Brigada de Oaxaca, hasta ese momento espectadores de las acciones libradas en los cerros, pronto son atacados por las tropas francesas que, procedentes de su campamento, vienen a participar en la lucha. El choque es encarnizado y el enemigo detenido y obligado a replegarse a gran prisa, pero es reforzado por los fugitivos del cerro, a pesar de lo cual la Brigada de Oaxaca continúa ganándoles terreno en acción sostenida hasta obligarlos a meterse en su campamento cuando ya obscurece.

Toda la línea mexicana inicia la persecución al dar media vuelta el enemigo, sin embargo, reciben órdenes del General en Jefe de volver a su línea de partida. Solamente la Brigada de Oaxaca y los batallones de rifleros y zapadores continúan la lucha hasta que la caída de la noche los obligó a volver a sus posiciones iniciales.

La victoria es completa, los franceses se agrupan en su campamento sorprendidos y sin poder creer lo sucedido. El mejor comentario que podamos hacer sobre este hecho es

el que manifiestan los heroicos defensores de Puebla en los párrafos siguientes:

Zaragoza: "Por demás no parece recomendar a usted el comportamiento de mis valientes compañeros. El hecho glorioso que acaba de tener lugar, patentiza su brío y por sí solo los recomienda.

"El ejército francés se ha batido con mucha bizarría. Su General en Jefe se ha portado con torpeza en el ataque.

"Las armas nacionales, ciudadano nuestro, se han cubierto de gloria, y por ello felicito al primer magistrado de la República por el digno conducto de Ud. en el concepto de que puedo afirmar con orgullo que ni un solo momento volvió la espalda al enemigo el Ejército Mexicano durante la larga lucha que sostuvo."

Negrete: "Me es satisfactorio manifestarle que nada ha dejado qué desear el digno y honroso comportamiento de los ciudadanos, generales, jefes, oficiales y tropa de las brigadas de Michoacán, Puebla y Querétaro que forman la División de mi mando, como la Brigada que manda el C. general Berriozábal, porque al frente de un enemigo tan respetable por sus gloriosos antecedentes de guerrero, supieron nuestros humildes soldados demostrarles que nada vale el valor cuando la justicia falta y han hecho comprender a los vencidos que no se ofende inútilmente a la patria, por desgraciada o débil que se le suponga, aunque les ha quedado el sentimiento de ver perecer a soldados tan valientes dignos de morir por una causa más noble y más honrosa para la ilustre e inteligente nación a que pertenecen."

General Lamadrid: Muchas cruces de la Legión de Honor, medallas de Sebastopol, de Mangela, de Solferino y otras condecoraciones francesas que hoy guardan en sus bolsillos nuestros soldados, prueban al mundo que en esta jornada se portaron como republicanos y dignos hijos de la República Mexicana."

General Berriozábal: "Todos los jefes y oficiales de la Brigada de mi mando se han portado brillantemente, y con verdad puedo asegurar que no he notado un solo rasgo de cobardía en ninguno de ellos, por lo cual no hago especiales recomendaciones, pues repito que todos han cumplido perfectamente con su deber; y sólo de esta manera puede explicarse cómo ha sido derrotado el enemigo, acostumbrado a vencer en todas partes, como lo demuestran las condecoraciones que portaban al pecho y que fueron arrancadas en medio del combate por nuestros soldados."

EXPLICACIÓN DEL EMBAJADOR

Lilia DIAZ
El Colegio de México

EL DOCUMENTO que a continuación publicamos, tomado de los archivos del Ministerio de Relaciones Exteriores de Francia,* es un informe dirigido por Alphonse Dubois de Saligny, ministro francés en México de 1861 a 1863, a Antoine Edouard Thouvenel, ministro de Relaciones Exteriores de Francia, en ocasión de la derrota sufrida por el ejército intervencionista, el 5 de mayo de 1862, en su intento de tomar la ciudad de Puebla.

Al leer la correspondencia de Dubois de Saligny a su gobierno, podemos afirmar sin exageración que sus engañosos informes acerca de la situación económica, política y social del país, fueron una de las causas que más directamente influyeron en la determinación de Napoleón III de llevar a cabo la intervención armada contra México.

Orizaba, 26 de mayo de 1862.

Dos días antes de ponerse en marcha de Orizaba sobre Puebla, es decir, hace justamente tres semanas, el general conde de Lorencez escribía a París que esperaba que el emperador no se dejaría desanimar por los informas del señor almirante Jurien de la Gravière, ni abandonaría una empresa de la cual el general Lorencez veía el éxito como fácil y asegurado.

Hoy el general sostiene un lenguaje muy diferente: si se le da crédito, el emperador, engañado por informes inexactos, fue lanzado en una aventura, en una empresa imposible, o que al menos, exigiría, para ser llevada a buen fin, enormes sacrificios en hombres y en dinero.

¿Cuáles son las causas que han podido, en tan corto tiempo, cambiar de un modo tan completo las ideas y las miras del general? ¿Cómo él, que el 26 de abril veía el éxito como fácil e infalible ha sido persuadido a creerlo si no imposible, al menos más que dudoso? Para los que juzgan las cosas con sangre fría e imparcialidad, la facilidad con la cual nosotros hemos operado nuestra marcha de Orizaba hasta Puebla, después nuestro movimiento retrógrado de Puebla hasta aquí,

* Fonds: Mexique, 1862, Vol. 58, ff. 422-438.

lejos de justificar este cambio de opinión del general, lo vuelve completamente inexplicable. El ataque contra Guadalupe, ataque hecho con tanta precipitación, no ha sido sino uno de estos accidentes tan frecuentes en la guerra, accidente lamentable sin duda, que tal vez no hace gran honor a la prudencia, a la circunstancia, ni a la habilidad de los jefes, pero que ha sido más bien glorioso para los soldados, que ha servido para probar una vez más que nuestro ejército es el primer ejército del mundo, y que en todo caso, no cambiaba en nada el fondo de la situación sin el movimiento de retirada que le siguió.

El juicio llevado a Madrid y a Londres mismo, tan bien como a París, sobre los actos de los plenipotenciarios de las potencias aliadas, me exime de entregarme aquí a la crítica de las faltas que han venido desde el principio de la intervención, a desnaturalizar el pensamiento que la había dictado, y cambiar de una manera tan grave como inesperada una situación excelente en un principio.

Poco dispuesto a volver sobre los hechos consumados para buscar allí el texto a recriminaciones personales desde ahora sin objeto, guardaría sobre el pasado un silencio absoluto, si el deber que me incumbe de librar la responsabilidad del Gobierno del Emperador y la mía de actos que nosotros no hemos podido ni prever ni impedir, no me obligara a algunas reflexiones retrospectivas sobre los acontecimientos que han dificultado hasta el presente y vuelto menos fácil la ejecución de la voluntad de S.M.I. Este deber voy a esforzarme a realizarlo con una entera imparcialidad y una gran indulgencia para las personas, limitándome a juzgar fríamente los hechos en sí mismos y en sus inevitables consecuencias.

Mi firme convicción, la de todos los hombres al corriente de las cosas de este país, es que si el almirante Jurién, en lugar de actuar desacertadamente después del general Prim y de Sir Charles Wyke, en sus negociaciones sin dignidad como sin resultado práctico posible, hubiera marchado resueltamente hacia adelante con su pequeño cuerpo de ejército, habría llegado hasta Puebla y probablemente hasta México sin dificultades serias y quizás sin disparar un solo tiro. Puedo citar al respecto una autoridad de la cual nadie, supongo, pensará en constatar la competencia, la del general Uraga. En el momento de mi paso a La Soledad el 16 de diciembre, y más tarde, en nuestra entrevista del 25, el general Uraga me confesó que no tenía para oponernos sino alrededor de 1 200 hombres mal armados, medio desnudos, necesitaba por lo menos un mes o seis semanas para recibir los primeros refuerzos

que se le prometían, 2 000 a 3 000 hombres de las guardias nacionales de Oaxaca y de Morelia. En esta situación toda resistencia de su parte era imposible, y el general me pidió como un servicio que hiciera todo lo que de mí dependiera para impedir a los españoles avanzar adelante de los franceses. Si él debía rendir su espada, quería que fuese a un oficial francés. En cuanto a rendirla a un español, él se suicidaría antes que sufrir tal humillación.

Mi carta del 1º de enero de 1862 contenía un relato muy circunstanciado de esta entrevista del 25 de diciembre, y se ha sabido en París en qué disposiciones había dejado al general Uraga.

El gobierno de Juárez, que no podía prever el giro que iban a tomar las deliberaciones de los plenipotenciarios aliados, sentía él mismo la imposibilidad de sostener la lucha contra nosotros, y todas las opiniones de México estaban de acuerdo entonces en anunciar que él hacía los preparativos para abandonar la capital, a la primera noticia de nuestra marcha, y retirarse a algún Estado lejano. Se suponía que se dirigiría a Morelia en Michoacán, Estado de un acceso bastante difícil. Por lo demás, era la única parte que le quedaba a Juárez, pues él sabía que en el momento en que marcháramos sobre la capital, el general Robles, que todos los generales del partido conservador habían aceptado por jefe, debía reunir bajo sus órdenes a todas sus fuerzas, alrededor de 10 000 a 12 000 hombres, y actuar de acuerdo con nosotros. Ésto es lo que hubiera ocurrido, pues, a Juárez y a su gobierno si el contingente francés hubiese marchado en seguida sobre México, según la voluntad del emperador, y, desde los primeros días de febrero, nosotros hubiéramos encontrado instalado en la capital un nuevo Gobierno con el cual no habríamos tenido ninguna dificultad para entendernos, tanto sobre el arreglo de nuestras reclamaciones como sobre las medidas a tomar para el establecimiento, por la nación misma, de un gobierno definitivo estable y regular.

Este plan, yo no sabría repetirlo bastante, en mi convicción, en la de todos los hombres que conocen a México, comenzando por aquéllos mismos que temían más el éxito, este plan era de una ejecución sencilla, infalible. La gran objeción que se hace a esto, yo lo sé, es la falta absoluta de medios de transporte. Esta objeción, por muy aparente que sea, no tiene nada de serio en el fondo, y es fácil de probarlo.

Un ex ayuda de campo del general Corona —el último ministro de la Guerra bajo Miramón—, el señor comandante Ferro, hombre resuelto y de mucha influencia en el ejército,

se había dirigido hacia fines de diciembre a Veracruz donde permaneció, no sin peligro para su persona, hasta el arresto de Miramón. Cada mañana venía a ofrecerme poner a nuestra disposición, en un plazo de tres a cuatro días, un cuerpo de mil jinetes, con los cuales se encargaría de detener y de traernos provistos de su atalaje y de sus arrieros, todos las carretas que La Llave y Uraga estaban retirando al interior del país. Una vez asegurados nuestros transportes, el comandante Ferro, con su tropa, debía unirse a nosotros para guiar nuestra marcha y encargarse de proteger nuestro convoy. Por lo demás, no pedía nada más que la ración del soldado para sus hombres, en tanto que él actuaría de acuerdo con nosotros.

Habiendo rehusado el almirante este ofrecimiento por el motivo de que quería abstenerse de todo acto de hostilidad contra el gobierno de Juárez (como si la ocupación de Veracruz por los aliados no fuera un acto de hostilidad), yo volví al ataque durante cerca de un mes, con una impaciencia llevada hasta la importunidad, pero que no pudo vencer la resistencia del almirante.

Al negociar con Juárez, en lugar de actuar con vigor y decisión, se le había dado el tiempo de organizar los medios de resistencia; y como si se tuviera interés en que nada faltase a los errores cometidos, en vano me esforcé por lograr que se ocupase Tampico, conforme a la voluntad de los gabinetes aliados, o que al menos, y en ausencia de los medios materiales necesarios para esta ocupación, se bloquease este puerto y el de Matamoros sobre el Río Grande. No es sino a fin de marzo, o en los primeros días de abril, que este bloqueo debió ser puesto en ejecución, si lo ha sido, —sin embargo, de esto no estoy aún seguro hasta ahora— y Juárez ha podido así recibir de los Estados Unidos socorro en armas y municiones de toda clase.

Pero la actitud tomada frente al gobierno de Juárez por los plenipotenciarios aliados debía tener otras consecuencias más desastrosas aún.

Mientras que los miramientos verdaderamente inexplicables guardados hacia nuestro enemigo le daban la fuerza moral que le faltaba, ellos llevaban la desconfianza, el desaliento y pronto la exasperación a las filas de los conservadores. Los jefes militares de este partido hablaban de traición, se quejaban amargamente de Francia, con la que habían contado sobre todo, y hay que convenir que sus quejas, sus acusaciones, tomaban cierta apariencia de fundamento por las negociaciones secretas seguidas por el almirante con Doblado quien no trataba sino de comprometernos frente a nuestros aliados

naturales, al esforzarse de acuerdo con algunos jefes comprados a base de dinero, en dividir al partido conservador y en ganarse a una parte de él en nombre de la independencia nacional amenazada por el extranjero.

Tres causas principales debían hacer fracasar la intriga hábilmente urdida por Doblado: primero, la llegada del general Almonte; después, la protección declarada que le fue otorgada en nombre de Francia; en fin, el ascendiente ejercido por el infortunado general Robles, quien desplegó en estas circunstancias difíciles tanta actividad como prudencia y talento. Después de haber instruído y tranquilizado completamente a todos los jefes influyentes del partido conservador, él venía provisto de sus plenos poderes y de los de Vidaurri y Comonfort, para entenderse con el almirante Jurien, cuando fue arrestado el 20 de marzo y fusilado el 23 por orden formal del gobierno de México.

Este asesinato, cuyos verdaderos autores son conocidos del gobierno del emperador, no ha sido solamente, como yo lo escribía en aquella ocasión, una mancha indeleble y una pérdida irreparable para México, sino ha sido un golpe funesto dirigido a nuestra política. Los últimos acontecimientos de que voy a rendir cuenta no han hecho sino probarlo demasiado. Sin embargo, los esfuerzos intentados por Robles en las últimas semanas de su existencia, para tranquilizar a los jefes del partido conservador sobre las intenciones de Francia y reunirlos alrededor de nuestra bandera, no fueron en vano, y si se tiene que lamentar que algunos hombres sin conciencia y sin prestigio, como Zuloaga, se hayan dejado arrastrar por las intrigas de Doblado, para desertar. Para ser justo, hay que reconocer que salvo raras excepciones casi todos los jefes importantes del partido se han mostrado inconmovibles, sobre todo desde la partida del almirante, en su resolución de secundar nuestra política, y que varios de los generales conservadores que el odio a los españoles había momentáneamente incorporado a Juárez, no pedían sino venir a nosotros. Si se hubiera sabido o querido sacar provecho de estas disposiciones, nosotros seríamos en el presente dueños de México.

Desgraciadamente, he constatado hace ya mucho tiempo, que existía entre el general de Lorencez, pero más aún en su jefe de Estado Mayor, una decisión de tratar a todos los mexicanos, sin distinción de partido, de rango ni de carácter, con un soberano desprecio, y como a gentes de una raza evidentemente inferior, de rechazar con desdén a los que nos ofrecían su ayuda y de poner una afectación a menudo tan

pueril como ofensiva de actuar en este país como en tierra conquistada: —El ejército francés, donde quiera que se encuentre, es amo absoluto y tiene el derecho de hacer todo lo que quiera—, tal es la respuesta invariable del señor coronel Velazé a las observaciones, a las quejas que llegan de todos lados. Por lo demás, esta extraña teoría que encuentra adeptos en el Estado Mayor, no se pretende aplicarla solamente a los mexicanos. No se actúa con más ceremonia hacia todos aquellos que no portan espada, cualquiera que sea su nacionalidad. No se hace excepción en favor de los franceses, comenzando por el plenipotenciario de S.M., que el Jefe de Estado Mayor declara con un imperturbable aplomo, no es sino un subordinado del General en Jefe y de él mismo, cuyo lugar está entre los equipajes y que no viene, a sus ojos, sino después del último oficial del ejército.

Mi carácter de representante del emperador me hacía un deber el no tolerar groserías e injurias que como hombre me hubiera tal vez permitido perdonar, en recuerdo de antiguas relaciones de familia que se remontan a más de treinta años, y que pueden, por otra parte, explicarse, si no justificarse, por una especie de monomanía furiosa con raras intermitencias de razón. Pero el temor de agravar el mal y de comprometer aún más el bien del servicio, por un enojoso estallido, me ha decidido a imitar el ejemplo del general Almonte, oponiendo cada día una calma y una paciencia imperturbables a los insultos más graves y más directos, y a esperar el momento en que el emperador, informado de lo que pasa, decida él mismo sobre los medios de hacer cesar un escándalo sin ejemplo que pone en peligro a la vez a la disciplina del ejército, a los intereses de nuestra política y a la dignidad misma del gobierno de S.M.

Al escribir hace tres semanas para anunciar que Gálvez había venido a unirse a nosotros con los 250 hombres colocados bajo sus órdenes, decía que su ejemplo encontraría más de un imitador en el ejército de Zaragoza, y que ya el general Negrete, antiguo ayuda de campo de Robles, que se encontraba en Tehuacán con 1 200 hombres, parecía decidido a pasarse con nosotros.

La conducta inexplicable de nuestros jefes militares y de su Estado Mayor ha hecho malograr las esperanzas que era permitido concebir al respecto.

Gálvez es uno de los que han hecho más daño al gobierno de Juárez, atrincherado en la posición del Monte de las Cruces, a 8 leguas de México, con una fuerza que no ha excedido jamás la cifra de 700 a 800 hombres, ha tenido al gobierno

de México herméticamente bloqueado durante un año, y en un sólo mes ha no solamente vencido, sino destruído completamente tres cuerpos de ejército enviados contra él, entre otros, los de Degollado y de Valle. Agregaré que de todos los jefes del partido conservador, él es el único quizá a quien no se ha tenido que reprochar jamás ningún acto de crueldad ni ningún exceso En lugar de acogerlo como un auxiliar precioso, como la política lo aconsejaría, en lugar de mostrarle las consideraciones a las cuales tenía derecho, se le ha tratado como una especie de bandido, que no valía poco más que los Carbajal y los Cuéllar. No hay humillación que no se le haya hecho a él y a sus soldados, cuya desnudez ha dado motivo a mil bromas, y a quienes se ha recibido más bien como mendigos que como auxiliares.

¿Habrá que extrañarse después de esto, de que los que se aprestaban a seguir a Gálvez hayan dudado, y que Negrete en lugar de unirse a nosotros con sus 1 200 hombres, haya ido a encontrarse con Zaragoza y encerrarse en Puebla?

Los detalles que preceden y que a pesar de mi deseo de escribir menos, no he podido hacer más concisos, resumen la situación tal como estaba el 26 de abril, en el momento en que supimos que el almirante Jurien era invitado a tomar simplemente el mando de la División Naval, y que el ministro del emperador se quedaría como plenipotenciario encargado exclusivamente de la dirección política de la expedición.

Falta por examinar los hechos realizados desde el 27 de abril, día en que el ejército se puso en marcha sobre Puebla. Estos hechos probarán hasta la evidencia a toda persona imparcial, que la situación era buena, como el mismo general de Lorencez lo reconocía unos días antes, y que si se hubiera sabido aprovechar esta situación en lugar de actuar con una ligereza, una presunción y una impericia sin ejemplo, se hubieran consultado y escuchado a los que conocían al país, quienes estaban en condiciones y tenían misión de dar informes y opiniones útiles, era fácil evitar un fracaso que parece se había buscado con un propósito deliberado y cuya responsabilidad asusta hoy, como se le ve por los esfuerzos hechos para apartarla de los verdaderos culpables y atribuirla a los que son completamente ajenos a ella.

A este respecto, viene al caso tal vez, antes de ir más lejos, recordar en pocas palabras la posición respectiva hecha al plenipotenciario del emperador y al Comandante en Jefe del cuerpo expedicionario.

Un despacho telegráfico de S.E. el ministro de Relaciones Exteriores, con fecha 20 de marzo, prescribía al ministro del

emperador, entre otras recomendaciones, entenderse con el general y no substituir —por cualquiera razón que fuera— su propia responsabilidad a la del Comandante en Jefe, en lo que concierne a las operaciones militares, o las cuestiones sanitarias y la seguridad de las tropas. Por su parte, S.E. el mariscal Randon, en su despacho telegráfico igualmente del 20 de marzo, prescribía al Comandante en Jefe entenderse con el ministro del emperador para los movimientos militares que él tuviera que ejecutar.

El plenipotenciario del emperador tiene la conciencia de haber obedecido escrupulosamente las órdenes del gobierno imperial, y de no haber descuidado nada para establecer el entendimiento más completo con el General en Jefe. Lamento no poder dar el mismo testimonio en lo que concierne al conde de Lorencez. No solamente él no ha dicho jamás una sola palabra de sus movimientos militares al representante del emperador, con quien había tenido orden de entenderse, sino éste, que como consecuencia de las condiciones excepcionales en que se encuentra el país no tenía otro medio de subvenir a su seguridad que el de marchar con el ejército, ni siquiera fue nunca, salvo dos o tres veces, informado por el Estado Mayor de la hora de la salida de las tropas.

El 27 de abril, a las 6 de la mañana, el ejército se ponía en marcha sobre Puebla. El 28 forzamos el paso de las Cumbres. Este asunto de las Cumbres, al cual se han complacido en dar las proporciones y el nombre de una batalla, aunque no nos haya costado más que tres muertos y unos treinta heridos, era un éxito de la más grande importancia desde un doble punto de vista: primero, nos hacía dueños de la meseta que se extiende hasta Puebla y que produce en abundancia todo lo necesario para hacer subsistir a un ejército. Segundo, daba una justa idea de los enemigos que teníamos que combatir.

Las Cumbres presentan en una extensión de alrededor de 8 kilómetros, una sucesión no interrumpida de posiciones de tal modo formidables, que si se tratara de quitárselas por la fuerza a las más malas tropas europeas, dudo que se encontrara un general bastante valiente para intentar la empresa.

Ahora bien, había bastado con 1 500 zuavos y cazadores a pie, y un escuadrón de cazadores de África, sin artillería, para expulsar a Zaragoza que las defendía con 6 000 hombres y bastante artillería El asunto no había durado casi más tiempo que el que necesita un peatón para recorrer el terreno quitado al enemigo.

De la cañada de Ixtapan donde pasamos la noche del 28 al 29, el ejército avanzó sin sufrir la menor resistencia hasta frente a Puebla, donde se reunió el 5 de mayo hacia las 9 de la mañana. Algunas personas nos habían hablado —el señor general Prim sobre todo— de las dificultades insuperables que debían detenernos a cada paso, de las numerosas guerrillas que iban a lanzarse contra nosotros detrás de cada matorral. La verdad es que no percibimos nada de todo esto. En cada una de nuestras etapas, sabíamos que Zaragoza había partido de allí algunas horas antes de nuestra llegada. En todas partes la población, que había huído delante de nuestros enemigos comunes, volvía al acercarnos nosotros, a pesar de las amenazas terribles y las violencias puestas en práctica para obligarla a huir de nosotros. En todas partes encontramos una acogida amistosa y simpática. Estas pobres poblaciones acostumbradas a la servidumbre, sometidas bajo el temor, por la fuerza de la costumbre, no dudaban en venir frente a nuestros soldados con las pocas provisiones escapadas a la rapacidad de las tropas mexicanas, y a desafiar así el peligro que las amenazaba cuando nosotros nos hubiéramos alejado.

En cuanto a las guerrillas con las que se había querido espantarnos, nosotros no vimos ninguna. Supimos solamente que un cierto Coutolène nos había seguido la pista como un chacal, durante varios días, con unos cincuenta hombres, pero teniendo cuidado de mantenerse a una respetuosa distancia.

A nuestra salida de Kuecholac, el 3 de mayo, Coutolène nos asesinó a un soldado que se había quedado atrás. Tal es el único hecho de guerra que se produjo durante toda nuestra marcha de las Cumbres a Puebla.

Esta ausencia de enemigos alteraba los cálculos, desilusionaba muchas esperanzas.

Los que no habían tomado parte en el asunto de las Cumbres querían tener también algo de que hablar, y se produjo un hecho extraño. Era al general Almonte y al ministro de Francia a quienes se hacía responsables de esta decepción. Se les reprochaba —la palabra fue dicha y tuvo éxito— el no haber pedido al emperador enviar aquí la gendarmería en lugar de un ejército.

El 5 de mayo, a las diez y media de la mañana, acompañado del general Almonte, con quien marchaba detrás de la ambulancia, alcancé al grueso de nuestras fuerzas. Tres cuartos de hora más tarde, y en el momento en que comenzaba a almorzar, oí de repente el ruido del cañón. Creí primero, como todos, en un simple reconocimiento, pero pronto quedé

sorprendido al saber que se trataba de un ataque a fondo dirigido contra la iglesia de Guadalupe.

No siendo militar no estoy en condiciones para juzgar lo que puede haber de fundado en las críticas a las cuales ha dado lugar el ataque dirigido contra Guadalupe, así como tampoco de las razones con las cuales se pretende justificarlo.

Me declaro pues incompetente y me limito a agregar aquí, bajo el Núm. 1, una nota redactada sobre esta grave cuestión por un hombre del oficio que asistió al asunto y que vio todo con sus propios ojos; sin embargo, no puedo dispensarme de hacer dos observaciones que me parecen importantes.

Desde Veracruz, y aunque no se preveía la necesidad de hacer un sitio, había sido de opinión que sería tal vez prudente proveernos a todo trance de dos piezas de sitio, y de dos morteros, lo que no hubiera aumentado mucho nuestro convoy. Pero esta idea fue rechazada y casi puesta en ridículo.

Los acontecimientos se han encargado de demostrar lo justo de esta idea. En fin, si se hubiera acogido a los auxiliares que no pedían sino unirse a nosotros, en lugar de rechazarlos con tanto desdén —como el general de Lorencez lo hacía aún la mañana del 5 de mayo, en el momento de comenzar el ataque—, se hubiera podido encargarlos de la guardia del convoy, y todas nuestras fuerzas hubieran estado disponibles.

Pero fuera, o al menos a un lado de la cuestión puramente militar, hay otras reflexiones que se presentan naturalmente a propósito del día 5 de mayo.

En la noche del 4 al 5 se remitió al general Almonte, quien informó de ello al general de Lorencez, dos cartas dirigidas a Zaragoza tres días antes por los jefes puros Mejía y O'Haran, cartas que habían sido interceptadas y de las cuales resultaba que la evacuación de Puebla por las fuerzas enemigas era considerada como indispensable, al menos que viniesen socorros de fuera. A la carta de Mejía se había agregado una post-data anunciando que acababa de recibir la orden de defender a Puebla hasta la muerte.

Los papeles de Zaragoza, tomados después del asunto del 18 de mayo, han dado la prueba de que este proyecto de evacuar la plaza había existido realmente hasta el 2 y aún el 3. Y se explica fácilmente por el temor que debía sentir Zaragoza de ser atacado por dos lados a la vez, por el ejército francés y por las tropas de Márquez, y de verse, en caso de un fracaso probable, sin posible retirada. ¿Por qué no haber esperado por lo menos veinticuatro horas para asegurarse del estado real de las cosas? ¿Por qué no haber tomado el tiempo

necesario para buscar, como lo querían los generales Almonte y Taboada y el señor Haro y Tamariz, crearnos inteligencias, no solamente en la ciudad, cuya población pertenecía al partido reaccionario, sino hasta en el seno de la guarnición? La verdad es que se quería a toda costa hacer un parte, que se creía en un éxito fácil y seguro, que se anunciaba en voz alta que se acostarían en la noche en el palacio del obispo, y que estaban decididos a no escuchar las opiniones ni los consejos de nadie.

Alrededor de una hora después de que habíamos abierto nuestro fuego pareció que se oyó un fuerte cañoneo del otro lado de la ciudad. Se creyó (yo fui de esta opinión, como los generales Almonte y Lorencez) en un ataque de Márquez. Pero esto no fue sino una ilusión. El ejército de Márquez, alrededor de 7 000 a 8 000 hombres, espaciados desde Cholula hasta Matamoros de Izúcar, no se había movido, y nosotros supimos más tarde la causa de esta fatal inacción.

El 6, a las 8 de la mañana, el general de Lorencez, a quien no había visto desde hacía cuatro días, vino a verme a la hacienda de San Diego de los Álamos, donde estaba nuestra ambulancia y donde había pasado la noche. Señor Ministro, me dijo al acercárseme, vengo a hacerle una visita y a preguntarle lo que hay que hacer. —La fisonomía del general estaba completamente trastornada. Él escuchaba con un aspecto hosco y no parecía comprender las palabras con que trataba de calmarlo y demostrarle que exageraba extraordinariamente el alcance y las consecuencias de nuestro fracaso del día anterior, que aparte de lo que hay de lamentable siempre en un fracaso, la situación era en el fondo la misma. Lejos de ser desesperada, no tenía nada de inquietante.

El ejército de Zaragoza —yo tenía al respecto datos seguros— no se companía de 18 000 a 20 000 hombres como el general de Lorencez parecía creerlo, mucho menos de 30 000, cifra indicada por algunos alarmistas, sino de 8 000 a 10 000 hombres, de los cuales 3 000 a 4 000 eran guardias nacionales de Oaxaca y de Morelia, y 1 000 jinetes de Carbajal y de Cuéllar, —lo que constituía la única fuerza seria del enemigo—, y de 4 000 a 5 000 pobres diablos recogidos hacía menos de un mes en las calles de Puebla y de México, o en las haciendas, y quienes, enrolados muy a su pesar, no debían inspirar gran confianza a Zaragoza. La prueba de que éste sentía su impotencia es que no había obstaculizado nuestra retirada y que había dejado pasar la tarde y la noche sin osar atacarnos. En cuanto a mí, que conocía bien a las tropas de Juárez, deseaba un ataque, lejos de temerlo. Pero estaba seguro de

que no tendría lugar. Nosotros podíamos pues tomar el tiempo de deliberar a gusto sobre el partido a seguir, y era necesario, ante todo, tratar de ponernos en relaciones con el ejército de los conservadores cuya vanguardia —un cuerpo de alrededor de 1 000 caballos bajo las órdenes del general Herrán— debía estar en Cholula, a dos leguas del otro lado de Puebla. El general, presa de un visible terror, guardaba un triste silencio. Terminó por balbucir algunas palabras confusas a través de las cuales adiviné su opinión de que debería tratar de negociar. Le declaré claramente que el honor de nuestros ejércitos excluía según mi modo de ver, toda posibilidad de negociaciones después de un descalabro, y que estaba resuelto a obedecer a las órdenes del emperador que me ordenaban no tratar sino cuando fuéramos dueños de México. Después de lo cual, propuse al general nos dirigiéramos a su tienda de campaña y reuniera allí a su Estado Mayor para deliberar sobre lo que había que hacer.

Parece inútil contar aquí en detalle las discusiones empeñadas ese día y en las reuniones que tuvieron lugar los días siguientes. Una cosa fue evidente a todo el mundo desde el primer momento, y es que el general había tomado el partido de llevar su retirada hasta Orizaba. El coronel Velazé, en el fondo, era de la misma opinión, sin dejarlo ver tan claramente.

La idea de un nuevo ataque a la fortaleza de Guadalupe fue rechazada como una locura y una imposibilidad; varios jefes de cuerpo, según lo que pretendió el coronel Velazé, declararon que si se ordenaba un nuevo asalto, se negarían a obedecer.

El señor Haro y Tamariz, que había sido llamado a una de las reuniones a causa de su perfecto conocimiento del lugar, propuso entonces un ataque por El Carmen, el lado débil de la plaza, lugar por el cual ha sido tomada y vuelta a tomar veinte veces desde hace 15 años.

El señor Haro y Tamariz mismo, aunque no había sido nunca militar, en 1856, con una fuerza de 2 000 voluntarios mexicanos, se apoderó de la plaza defendida por 6 000 hombres del ejército de Comonfort. Según él, bastaba con dos batallones para volverse dueños de la plaza, y ofreció servirles de guía. Esta proposición, combatida sobre todo por el coronel Velazé, como insensata, fue igualmente rechazada. Emití entonces la idea de un movimiento estratégico, ya sea sobre Cholula, donde encontramos las fuerzas de Márquez, sea sobre San Martín, ciudad de 5 000 a 6 000 almas, en la parte más rica del país, a 7 leguas de Puebla y sobre el camino de

México. Esta marcha sobre San Martín, donde había en abundancia con qué hacer subsistir a nuestro ejército, debía tener un resultado decisivo. O Zaragoza, al permanecer encerrado en Puebla, nos abría la capital, defendida solamente por una miserable guarnición de 1 500 hombres, o él acudía para proteger a México, y entonces Puebla caía en manos de los conservadores, mientras que nosotros nos lanzábamos sobre Zaragoza, para lo cual nos bastaba, con una hora o dos, para aniquilar el ejército en una acción a campo raso.

Mi opinión, aunque compartida por varios oficiales del Estado Mayor, y entre otros por el señor Capitán, quien no había sido contrario a la idea de un ataque por El Carmen, fue declarada impracticable por diversas razones poco concluyentes a mis ojos: las principales se basaron en la falta de víveres y de municiones. Ahora bien, se confesaba que nos quedaban aún diez días de víveres y 1 100 balas de cañón.

En lo que concierne a los auxiliares del país, se había producido un cambio de lenguaje en el Estado Mayor. No se rechazaba su concurso, pero se negaba su existencia. Márquez no había existido nunca; era un mito, un personaje fantástico inventado por el general Almonte y el ministro de Francia, para asustar a las mujeres y a los niños de los liberales.

Los autores de estas agradables bromas estuvieron un poco desconcertados por una carta que el general Taboada recibió, el 7 de mayo, del general Herrán. Éste escribió que estaba en Cholula con 1 000 a 1 200 caballos, y que rogaba al general Almonte le enviara órdenes. Se le respondió que viniera a unirse a nosotros lo más pronto posible. El general de Lorencez, sobre quien la carta de Herrán había hecho impresión, rogó al general Almonte hiciera venir a Márquez con 6 000 hombres, pero los necesitaba en veinticuatro horas, porque estaba decidido a operar al día siguiente su movimiento de retirada. La tarde del 7, hacia las 6, el general de Lorencez y el coronel Velazé me platicaron una idea que les había venido súbitamente. Yo debía de valerme de mis relaciones con varios de los jefes del ejército enemigo para tratar de que se nos entregara la plaza. No tenía que regatear el precio. —Diez millones, veinte millones no serían demasiado, y podía contar anticipadamente con la aprobación del emperador. Sólo que no había tiempo que perder, y era necesario que el negocio fuera concluído la misma noche—. Ahora bien, está bien decirlo —y no lo ignoraba el Estado Mayor—; que desde hacía tres días, tratábamos inútilmente de hacer llegar avisos a nuestros amigos de la ciudad, tan rigurosa era la vigilancia.

En fin, el 8, hacia las 2 de la tarde, comenzó nuestro movimiento de retirada. Una media hora antes, el general de Lorencez, más aterrorizado que nunca, había venido a anunciarme que, según ciertos informes recibidos en el Estado Mayor, se disponían a atacarlo. Carbajal había partido con 2 000 hombres para disputarnos el paso en la fuerte posición de Chachapa, a una legua de nuestro campo, sobre el camino de Amozoc, y Zaragoza tomaba sus medidas para sorprendernos por atrás con todas sus fuerzas evaluadas en 20 000 hombres.

Todos mis esfuerzos para calmar al general fueron inútiles, y él no estaba aún completamente tranquilizado cuando llegamos la misma tarde a las 6 a Amozoc sin haber sido atacados y sin haber visto a Carbajal, quien se apresuró a dejar la ciudad al acercarnos.

En la noche del 8 al 9, el general Florentino López trajo al general Almonte una carta de Márquez y explicaciones sobre la inacción de las tropas de los conservadores el 5 de mayo. Zuloaga estaba desde hacía algún tiempo en conferencias con Doblado. Márquez, disgustado por estas intrigas, había renunciado al mando en jefe, que había sido dado a Cobos. El 4, Zuloaga, con el asentimiento al menos tácito de Cobos, se había puesto de acuerdo con Doblado sobre una suspensión de hostilidades entre los dos partidos hasta el fin de la guerra con Francia, y el 5, a la una de la tarde, en el momento en que acabábamos de atacar Guadalupe, Zuloaga firmaba sobre esta base, un arreglo por el cual, se asegura, le fueron pagados 200 mil pesos. El ejército estaba indignado por la conducta de Zuloaga. Los generales sobre todo, mostraban una gran exasperación y pedían venir a juntarse con nosotros. Márquez nos ofreció 2,500 a 3,000 hombres de caballería y rogaba al general Almonte enviarle sus órdenes. El 9, en el día, Almonte, después de haberse entendido con el general de Lorencez, escribía a Márquez para devolverle el mando en jefe y ordenarle se dirigiera sin retardo con todas las fuerzas de que pudiera disponer hacia Amozoc donde nosotros lo esperábamos hasta el 12. El 11, a las 6 de la mañana, salimos de Amozoc. La noche del 14, en San Agustín del Palmar, Almonte recibió cartas de los generales Márquez, Vicario y Herrán. Márquez escribió el 12 de Matamoros Izúcar, que al día siguiente 13, según lo que había sido convenido, él estaría en Amozoc con Vicario y Herrán y 2,500 caballos. El general Almonte transmitió estas noticias al general de Lorencez, pensando que ellas lo decidirían a detenerse en San Agustín 24 horas, el tiempo necesario para permitir a Márquez reunir-

se con nosotros. El General en Jefe se negó a ello. Después se llegó en su Estado Mayor a negar la existencia de las cartas de Márquez, Vicario y Herrán, aunque ellas fueron, la noche del 14, vistas y leídas en los originales mismos por el general de Lorencez, como lo habían sido por el plenipotenciario del emperador.

Yo había querido creer hasta el último momento, a pesar de la intención orgullosamente anunciada por el general de Lorencez de volver a pasar las Cumbres, que él reflexionaría sobre esta fatal resolución, y que se decidiría a ocupar la meseta que se extiende entre San Agustín del Palmar, San Andrés y Tehuacán; rica comarca provista copiosamente de granos, ganado y forrajes de toda clase y cuya posesión nos hacía dueños de las Cumbres. Pero vana esperanza. Bajo el pretexto de asegurar nuestras subsistencias, dejamos la región que las produce en abundancia, para venir a Orizaba, que no produce nada, y que, al obtener sus provisiones de la comarca que nosotros dejamos abandonada al enemigo, va a encontrarse pronto presa del hambre. Es cierto, como dice la intendencia, que nosotros tendremos siempre el recurso de aprovisionarnos en La Habana y en Nueva York. Para terminar con esta cuestión de las subsistencias, está bien hacer notar que el 7 de mayo frente a Puebla, se anunciaba que no teníamos más que diez días de víveres. Ahora bien, el 17 entramos a Orizaba con 20 días de víveres y 58 días de vino.

El 16 de mayo pasamos las Cumbres, y el 17 entramos a Orizaba. Márquez se reunió con nosotros la misma noche, anunciando que 2,500 jinetes que había dejado bajo las órdenes de Vicario y de Herrán llegarían al día siguiente. Él nos dio, sobre las causas que habían durante algún tiempo y de una manera tan fatal paralizado la acción de sus tropas, explicaciones de naturaleza a establecer que si Zuloaga había en efecto traicionado a su partido, Cobos era ajeno a esta infamia. Márquez, al deplorar los funestos resultados producidos el 5 de mayo por esta defección personal de Zuloaga, no le dio a ello ninguna importancia para el futuro. Parecía más bien feliz de verse, él y su partido, libres del "imbécil e innoble Zuloaga", como se complacía en llamarlo.

En cuanto a Cobos, Márquez se dice seguro de él y responde que en seguida que se le indique, él vendrá con los 3,500 hombres colocados bajo su mando a ponerse a las órdenes del general Almonte.

El domingo 18, a las 5 de la tarde, Vicario y Herrán llegaron a Barranca Seca, al pie de las Cumbres y a alrededor de 5 leguas de Orizaba, cuando fueron atacados por Zaragoza,

quien seguía sus movimientos desde hacía varios días, con 6,000 hombres de todas las armas. Los conservadores, aunque agotados por la fatiga y la falta de alimento (hacía 36 horas que no comían) sostuvieron valientemente el choque e hicieron una resistencia desesperada. Sin embargo, comenzaban a debilitarse, cuando la llegada de un batallón del 99º que acudió rápidamente del Ingenio, a petición de Márquez, cambió la faz de las cosas. En pocos instantes Zaragoza fue derrotado completamente, dejando en el campo de batalla 300 muertos o heridos, 1,300 prisioneros, de los cuales unos 30 son oficiales, y un número considerable de armas de toda clase.

En cuanto a nosotros, nuestras pérdidas son insignificantes. Ellas son —no incluídas las de Márquez, se entiende— de tres muertos y catorce heridos.

Vicario, que se dice mostró una rara intrepidez, recibió dos heridas, felizmente mucho menos graves de lo que se había creído primero.

Este asunto de Barranca Seca, en la cual, al decir de los nuestros, los soldados de Márquez hicieron prodigios de valor, prueba ampliamente, con la facilidad de nuestra retirada hasta Orizaba, que los terrores que combatí vanamente eran imaginarios y que, a pesar del fracaso de Guadalupe, las tropas de Zaragoza no eran tan temibles como se complacían en suponerlo.

Las fuerzas reunidas aquí bajo el mando de Márquez presentan un efectivo de alrededor de 3,000 caballos y 1,200 a 1,500 infantes todos voluntarios y habituados a las fatigas y a los peligros. Sin hablar del cuerpo que quedó bajo las órdenes de Cobos y al cual escribió que viniera a reunírsele, él no espera, dice, más que los fusiles que quedan disponibles en Veracruz, para elevar la cifra de su infantería a 4,000 o 5,000 hombres, y se dice seguro —lo que estoy dispuesto a creer— de encontrar en poco tiempo 10,000 a 15,000 voluntarios y más, si tuviera armas para darles y dinero para alimentarlos. Su opinión, que no expresa sino con una excesiva reserva, para no herir al general de Lorencez y a su Estado Mayor, es que nosotros vamos a estar pronto en condiciones de tomar una vigorosa ofensiva y de apoderarnos de Puebla y de México. Él me decía esta mañana en confidencia, que si en la jornada del 5, hubiera tenido el honor de tener a su disposición dos mil zuavos o cazadores de a pie, él hubiera tomado la ciudad en una media hora: Pero, —agrega con más malicia que modestia real—, yo no soy un general francés acostumbrado a la gran guerra, no soy más que un jefe que hace la guerra a la mexicana, interesado mucho más en tener éxito

seguro, que en ajustarme a las reglas del arte. Así pues, es el señor general de Lorencez quien, a pesar de su fracaso, ha tenido razón. Yo habría estado equivocado, pero habría tomado la ciudad, y entonces Zaragoza se hubiera precipitado a dejar Guadalupe, si le hubiera dejado tiempo para ello.

Márquez, aunque no comparte de ningún modo las ideas del general de Lorencez, que él supone, temo que no sin razón, resignado a esperar aquí refuerzos de Francia, se muestra dispuesto a subordinar, por el momento al menos, su acción a la nuestra, y se pone enteramente a nuestra disposición, sea para asegurar nuestras comunicaciones con Veracruz, o para cualquiera operación que se juzgue a propósito emprender. Pero si él llega a sentirse bastante fuerte para actuar solo, no es imposible que se decida a intentar un movimiento contra Puebla y que logre apoderarse de ella. Mientras tanto, él está impaciente por ver llegar al general Donay, que se dice desembarcó en Veracruz el 16, y que debe, a estas fechas, estar en marcha sobre Orizaba con Gálvez.

Omito hacer mención de un sucio libelo dirigido supuestamente por los soldados mexicanos a los soldados franceses y distribuído secretamente a nuestras tropas cuando nos detuvimos en San Bartolo, el 3 de mayo. Esta innoble publicación, aquí anexa bajo el Núm. 2, primero no había sido distribuída sino en un muy pequeño número de ejemplares, pronto suprimidos, y no se había hablado de ello al Estado Mayor, sino como de una infame maniobra que había quedado sin efecto. Pero cosa singular, desde el asunto del 5 de mayo, fue esparcida a profusión entre nuestros soldados (sin duda por varios franceses renegados, grandes especuladores de los bienes del clero que viajaban detrás del ejército), y si se cree al señor coronel Velazé, ésta no hubiera dejado de producir un enojoso efecto sobre nuestras tropas, sobre todo en lo que respecta al señor general Almonte.

Yo creo que es hacer demasiado honor a un cobarde calumniador, y muy poco a la inteligencia y al buen sentido de los soldados franceses.

Como documento que puede servir a la narración de nuestra expedición sobre Puebla, figura aquí, bajo el Núm. 3, el diario redactado día a día por un oficial de una gran inteligencia, que ha visto todo por sí mismo y quien está colocado en las mejores condiciones para rendir un juicio imparcial sobre los hechos de que ha sido testigo.

BORRÓN Y... "CUENTA NUEVA"

Lucía de ROBINA
El Colegio de México

EL LECTOR hallará aquí unos documentos que reflejan la forma en que se reanudaron las relaciones entre México y Francia después de la guerra de intervención. Son extensos; revelan una preparación cuidadosa, en que se pesó palabra por palabra y cuya elaboración fue precedida de años de negociaciones.

Desde la victoria republicana de 1867 hasta 1870, no hubo ningún intento de acercamiento entre los dos países; pero a la caída de Napoleón III, al subir al poder los republicanos franceses, y cuando Jules Favre, que había sido en el parlamento el jefe de la oposición al gobierno imperial, llegó a ser vicepresidente de la República y ministro de Negocios Extranjeros, parecía que la reanudación podría lograrse con facilidad. Sin embargo, pasaron otros diez años antes de que las relaciones se restablecieran.

Francia veía en la reanudación de relaciones un problema aislado, y no tenía respecto a él una política determinada; era sólo el amor propio lo que guiaba a sus gobernantes, que, a pesar de reconocer la injusticia que Francia había cometido con México, se negaban a aceptar las condiciones que éste exigía para la reanudación.

México sí tenía una política. Juárez la había esbozado en su manifiesto a la nación del 15 de julio de 1867, cuando, después de la victoria republicana, el gobierno vuelve a la ciudad de México, con aquella memorable frase de "entre los individuos, como entre las naciones, el respeto al derecho ajeno es la paz". Esto significaba que México no consentiría ya más que la diplomacia europea fuera para él un pesado yugo —según decía Manuel María de Zamacona—, sino que las futuras relaciones exteriores se basarían en el respeto mutuo del derecho.

Esta doctrina fue puntualizada por el mismo Juárez en su primer informe al IV Congreso, el 8 de diciembre de 1867, al decir:

> A causa de la intervención, quedaron cortadas nuestras relaciones con las potencias europeas. Tres de ellas, por virtud de la Convención de Londres, se pusieron en estado de guerra con la Re-

pública. Luego, la Francia sola continuó la empresa de la Intervención; pero después reconocieron al llamado Gobierno sostenido por ella los otros gobiernos europeos que habían tenido relaciones con la República, a la que desconocieron, separándose de la condición de neutralidad. De este modo esos gobiernos rompieron sus tratados con la República, y han mantenido y mantienen cortadas con nosotros sus relaciones.

La conducta del gobierno de la República, ha debido normarse en vista de la de aquellos gobiernos. Sin haber pretendido nada de ellos, ha cuidado de que no se haga nada que pudiera justamente considerarse como motivo de ofensa; y no opondrá dificultad para que, en circunstancias oportunas, puedan celebrarse nuevos tratados bajo condiciones justas y convenientes, con especialidad en lo que se refiera a los intereses del comercio.

El Gobierno ha cuidado también de que estén bajo la protección de las leyes y las autoridades los súbditos de aquellas naciones, residentes en la República. La eficacia de esa protección ha sido bastante para que no haya lugar a quejas. Prácticamente se ha demostrado que por la ilustración de nuestro pueblo, y por los principios de nuestras instituciones liberales, los extranjeros residentes en México, sin necesidad de la especial protección de los tratados, son considerados con igualdad a los mexicanos, y disfrutan de los derechos y las garantías otorgadas por las leyes.

Más tarde añadió:

Interrumpidas nuestras relaciones con las potencias europeas, por consecuencia de la última guerra, declaramos, tan luego como cesaron las operaciones militares, que si bien por la misma guerra traída a la República, debíamos considerar insubsistentes los antiguos tratados, estaríamos dispuestos a celebrar otros nuevos en términos justos y convenientes, cuando aquellas naciones quisieran proponerlos.

Tal fue la base de la política seguida por México: no solicitaría relaciones con las potencias que habían desconocido a la República, pero estaba dispuesto a reanudarlas, si ellas las solicitaban, y a celebrar, en consecuencia, nuevos tratados.

La renovación de relaciones presentaba más dificultades, naturalmente, en el caso de las potencias signatarias del Convenio de Londres del 31 de octubre de 1861. De ellas, España no siguió hasta el fin en la empresa de intervención, y, por lo tanto, la dificultad, era un tanto menos grave. Por eso, solicitó sencillamente de México la reanudación de relaciones, y México convino en ello. Inglaterra, aunque estaba en la misma situación, no intentó restablecerlas sino mucho más tarde.

Con Francia la situación era distinta. La escisión entre los dos países había sido más profunda, y era más difícil tender el puente que volviera a unirlas.

Cuando en septiembre de 1870, París fue sitiado por las tropas prusianas, E. B. Washburne, ministro de Estados Unidos en Francia, expidió pasaportes a ciudadanos mexicanos que carecían de protección diplomática; y Jules Favre, aceptó no sólo la mediación de Estados Unidos a favor de aquéllos, sino también la proposición que le hizo Washburne de promover la renovación de relaciones con México.

Washburne comunicó a Hamilton Fish, secretario de Estado de Estados Unidos, la buena disposición de Favre, y Fish, a su vez, la hizo saber a Sebastián Lerdo de Tejada, el ministro de Relaciones. La respuesta de éste fue muy concisa: "el gobierno mexicano estaría dispuesto a reanudar sus relaciones con el gobierno de la República francesa bajo condiciones justas, convenientes y decorosas para la República mexicana". Lo que México entendía por "condiciones justas, convenientes y decorosas", era que Francia solicitara la reanudación de relaciones y enviara un ministro con facultades para negociar nuevos tratados. Éste era el paso que Francia no quería dar: los gobernantes republicanos tenían la pretensión de que México considerara a la Francia republicana como un país diferente de la Francia imperial. Así, la reanudación se haría con un país con el que México nunca había tenido dificultad alguna. Es decir, Francia quería que los dos países dieran simultáneamente los pasos necesarios.

La firmeza de México a este respecto fue la causa de que cesaran los tratos directos para la reanudación; pero Francia, empeñada en obtenerla, buscaba el modo de alcanzarla sin ceder en su amor propio. Para ello, usó de distintos recursos, uno de los cuales fue pretender que México enviara una representación a la Exposición Internacional de París de 1878. Para verlo allí representado, movió toda clase de influencias particulares; dio amplias facilidades, pero no accedió a hacer lo único que México pedía: una invitación oficial. En abril de 1872, el duque de Decazes, el nuevo ministro de Negocios Extranjeros, pretendió que Armand Montluc, antiguo cónsul de México en París, pidiera su *exequatur,* con lo cual, decía, quedarían restablecidas las relaciones comerciales y consulares, y de ellas, se pasaría a las diplomáticas. Más aún, el 8 de noviembre de 77, Ernest Burdel, vicecónsul encargado de los archivos de la legación francesa en México, ofreció a Vallarta su mediación para arreglar las dificultades que se habían presentado entre los gobiernos de México y Estados Unidos

a propósito del reconocimiento por parte de éste, del gobierno de Porfirio Díaz. En enero de 78 pretendió el mismo Burdel que el general Díaz comunicara su advenimiento a la presidencia de la República al presidente francés Mac Mahon, y lo felicitara por que Francia había vuelto a la vida republicana. Vallarta, indignado, dudaba de que la idea fuera personal de Burdel, porque ya en el año de 72 se había pretendido algo semejante: Mollard, jefe del Protocolo del ministerio de Negocios Extranjeros, había propuesto a Montluc que Lerdo de Tejada "sólo por cortesía" comunicara al presidente Thiers su ascenso al poder y —afirmaba—, que Thiers, en su contestación, manifestaría sus deseos de reanudar las relaciones.

México no aceptó ninguna de estas proposiciones; pero ya era claro para el gobierno y la opinión pública de México que el prestigio y las conveniencias económicas no le permitían vivir en el aislamiento. Al fin encontró una coyuntura decorosa que permitió dar un paso, no oficial, pero sumamente útil, pues sirvió para conocer de cerca la política francesa y orientarla hasta hacerla llegar al punto que México deseaba. La coyuntura fue la proposición que en julio de 1879 hizo en el congreso francés el diputado Marion para que se aprobara en el presupuesto una partida destinada a sostener una misión diplomática en México. La petición fue apoyada por la mayoría del congreso; sin embargo, no tuvo ningún efecto porque el primer ministro pidió que se le permitiera estudiar el asunto para llevarlo a cabo en la forma más conveniente.

México, en correspondencia al gesto amistoso del parlamento francés, envió a París un agente confidencial que, actuando siempre de manera extraoficial, se ocupara de orientar la opinión pública y aun la actitud oficial respecto al sentir de México, de mostrar cómo no había ningún resentimiento hacia el pueblo ni hacia el gobierno republicano de Francia; pero también de dar a entender que México no podía abdicar de sus derechos ni de su dignidad. En fin, para encauzar la política francesa hasta hacerla coincidir con los deseos de México.

En la política de reanudación que México se proponía seguir, sólo había un punto indefinido: las reclamaciones que cada uno de los países podría tener contra el otro. ¿Cómo convendría plantear este problema? México se sentía con el derecho de hacer reclamaciones por los males que la Intervención le había ocasionado; Francia, a su vez, podía presentarlas por los daños causados a sus nacionales con motivo de

la guerra, y por los empréstitos y deudas contraídos por Maximiliano. Se podían seguir varios caminos: tratar este asunto antes de reanudar las relaciones; después de reanudadas; tratarlas las dos naciones directamente, o someter el asunto a un arbitraje internacional.

Emilio Velasco, entonces encargado de negocios de México en Italia, en quien recayó el nombramiento de agente confidencial en París, hizo un estudio minucioso del caso. Consideró, por una parte, que el problema de las reclamaciones había sido en buena medida lo que había retrasado la reanudación (Jules Favre y Decazes habían tropezado justamente con esta dificultad); por otra, que la reanudación, en vez de ser el principio de cordiales relaciones, sería la iniciación de una serie de dificultades si después de ella se empezaba a tratar el espinoso problema de las reclamaciones. Recurrir al arbitraje internacional para resolverlo, podía dañar los intereses de México. Por lo tanto, Velasco propuso renunciar a las reclamaciones y que se propusiera la iniciación de relaciones con nuevos tratados y olvido del pasado, haciendo "cuenta nueva", como había dicho Decazes.

El gobierno de México aceptó la sugerencia, y puntualizada así la política a seguir, don Emilio, en algo más de un año en que actuó como agente confidencial, tuvo una actividad incesante, inteligente y delicada, y movió todos los resortes a su alcance: la opinión pública, los comerciantes, los industriales, la banca y los personajes políticos sintieron su influencia. Sin abandonar nunca el puesto no oficial que el gobierno de México le había asignado en Francia, trató con todas las personas que podían obrar para llegar a una solución. Los ministros de Negocios Extranjeros, primero Waddington y después de Freycinet, al saber su presencia en París, lo buscaron para conocer el sentir de México; y él, escudado siempre tras su papel privado, exponía la política que México deseaba seguir, ofrecía comunicar oficiosamente a su gobierno las ideas de los ministros de Negocios Extranjeros que le parecían convenientes, y se negaba rotundamente a hacerlo cuando esas ideas contrariaban los propósitos nacionales. Así, las asperezas se fueron limando: México cedió a los deseos de Francia en aquello que no parecía absolutamente indispensable al mantenimiento de su política, e hizo que Francia aceptara dar el primer paso. Para esto se acudió a un procedimiento que tenía ya un precedente en el caso de Bélgica, a saber: el de nombramientos "alternativamente sucesivos", cuya aplicación puede seguirse en los documentos adjuntos.

La fecha escogida para la reanudación fue el 5 de octubre de 1880, y los nombramientos de agentes diplomáticos, con el grado de enviados extraordinarios y ministros plenipotenciarios recayeron, respectivamente, en Emilio Velasco y Francisco Antonio, barón de Boissy d'Anglas.

París, febrero 7 de 1880.

De Emilio Velasco, agente confidencial de México en París, a Miguel Ruelas, ministro de Relaciones Exteriores.

De conformidad con las ideas e instrucciones que usted se ha servido comunicarme, y después de varias entrevistas de cerácter privado con el señor de Freycinet,* convinimos para la reanudación de relaciones en el procedimiento que se contiene en el pro-memoria adjunto (anexo número 1). En seguida me puse en relación con el señor barón de Courcel,** con el fin de discutir las fórmulas de las declaraciones concernientes a los tratados y reclamaciones. A efecto de fijar una base cierta y evitar toda duda en el procedimiento, redacté el referido pro-memoria, del que entregué una copia simple al señor de Courcel.

Después de algunas entrevistas con él, me indicó la conveniencia de que se concertaran desde ahora las notas que habrían de cambiarse en México. Creí que esto era, en efecto, conveniente, porque nada más adecuado en una negociación de carácter delicado, como la presente, que alejar hasta la posibilidad de que surja una discusión entretanto se desenvuelve el procedimiento para la reanudación de relaciones, de suerte que lo más propio era discutir, antes de comenzar el procedimiento, todo lo que era susceptible de discusión, en términos que una vez comenzado aquél, se supiera con toda certeza lo que correspondía hacer hasta la entrega de credenciales, sin temor de que la discusión sobre la redacción de las notas embarazara o entorpeciera la reanudación. En este sentido quedaron, pues, reformadas las ideas contenidas en el pro-memoria.

El señor barón de Courcel redactó el proyecto de la nota que el ministro de Francia, a su llegada a México, habría de dirigir a esa secretaría: lo acepté con dos ligeras modificaciones de redacción, quedando definitivamente convenido el que

* Charles Louis de Saulces de Freycinet, ministro de Negocios Extranjeros.

** Alphonse Chodrón, barón de Courcel, director de los Asuntos Políticos en el Ministerio de Negocios Extranjeros.

acompaño (anexo número 2). Propuse y fue aceptado el proyecto de contestación que esa Secretaría debía dar al señor ministro de Francia (anexo número 3).

Esa Secretaría dará aviso por telégrafo al ministro mexicano en París de haberse cambiado las anteriores notas, en vista de lo cual aquél dirigirá al señor ministro de Negocios Extranjeros la nota cuyo proyecto propuse y fue aceptado (anexo número 4). El señor ministro de Negocios Extranjeros dará la contestación (anexo número 5) cuyo proyecto fue propuesto por el señor de Courcel y aceptado por mí.

Protesto...

Anexo número 1.

Pro-memoria.

El señor ministro de Negocios Extranjeros de la República Francesa informará al señor Velasco que el gobierno de la República tiene la intención de nombrar, en una fecha que será indicada, un enviado extraordinario y ministro plenipotenciario, acreditado ante el gobierno de México. El señor Velasco trasmitirá esta resolución al gobierno de la República Mexicana, y su ministro de Relaciones Exteriores autorizará al señor Velasco a responder que el gobierno de México ha recibido con el mayor agrado esta resolución, y que en vista de las intenciones del gobierno de la República Francesa, el gobierno de la República Mexicana tiene la intención de nombrar el mismo día un enviado extraordinario y ministro plenipotenciario acreditado ante el gobierno de la República Francesa.

La indicación del señor Freycinet significará que, para la fecha convenida, el ministro nombrado tendrá sus cartas credenciales e instrucciones para las declaraciones abajo mencionadas. La respuesta del señor Velasco indicará que en la misma fecha el gobierno de México hará el nombramiento de su agente diplomático y lo someterá a la aprobación del Senado, pidiendo su ratificación urgente, y que el Senado hará lo posible para que ese mismo día el nombramiento sea ratificado y las cartas credenciales expedidas.

Inmediatamente que el nombramiento hecho en México haya sido comunicado al señor Velasco, el señor Freycinet y el señor Velasco se harán mutua comunicación de los nombramientos hechos por los dos gobiernos. En seguida, y en el barco inmediato, los agentes diplomáticos se pondrán en camino para su destino respectivo.

Las fórmulas para las declaraciones sobre caducidad de los

tratados anteriores y sobre reclamaciones serán convenidas entre el ministro de Negocios Extranjeros y el señor Velasco.

Estas declaraciones se harán según fórmulas y por medio de notas discutidas y aceptadas con anticipación entre el gobierno de México y el agente diplomático de Francia. En la primera nota dirigida al ministro de Relaciones Exteriores de México, el representante de la República Francesa explicará las ideas de Francia acerca de los tratados y reclamaciones. El ministro de Relaciones Exteriores de México, por medio de otra nota, dirigida al agente de la República Francesa, dará testimonio de su adhesión a las ideas expresadas por aquél, y se hará la entrega de cartas credenciales. El agente diplomático de México dirigirá al ministro de Negocios Extranjeros del gobierno de la República Francesa una nota confirmando la adhesión dada por el ministro de Relaciones Exteriores de México a las ideas expresadas por el agente diplomático francés, y entregará sus cartas credenciales, según lo desee el señor Freycinet.

Anexo número 2.

Señor ministro:

Designado para tener la honra de representar al gobierno de la República Francesa, en calidad de enviado extraordinario y ministro plenipotenciario, me apresuro a expresar el deseo que me anima de entrar con este carácter, lo más brevemente posible, en relaciones personales con Vuestra Excelencia. Le ruego tenga la seguridad anticipada de mi voluntad de contribuir en cuanto de mí dependa a restablecer sobre un pie de completa cordialidad las relaciones entre Francia y México, tan desgraciadamente interrumpidas desde hace varios años. Al proceder así, seré el fiel intérprete de las disposiciones de mi gobierno, quien estimaría en mucho abrir negociaciones con la República Mexicana, con el fin de reemplazar por un régimen convencional nuevo, los tratados y convenios internacionales antes existentes entre nuestros dos países, pero que el estado de guerra abrogó. Estoy autorizado, además, para declarar desde ahora que el gobierno de la República Francesa no suscitará ni sostendrá cerca del gobierno de la República Mexicana reclamación alguna, cualquiera qu sea su naturaleza, basada en hechos anteriores al restablecimiento de las relaciones diplomáticas entre nuestros dos países.

Protesto a usted, . . .

Anexo número 3

Señor ministro:

He recibido la nota, fecha de hoy, que Vuestra Excelencia me ha hecho la honra de dirigirme. En ella se sirve decirme Vuestra Excelencia que ha sido designado para tener el honor de representar al gobierno de la República Francesa en calidad de enviado extraordinario y ministro plenipotenciario, y Vuestra Excelencia, al expresar el deseo que le anima de entrar a ese título, lo más brevemente posible, en relaciones personales conmigo, indica su voluntad de contribuir a restablecer sobre un pie de completa cordialidad las relaciones entre México y Francia tan desgraciadamente interrumpidas desde hace varios años.

Añade Vuestra Excelencia que, al proceder así, será el fiel intérprete de las disposiciones de su gobierno, quien estimaría abrir negociaciones con el fin de reemplazar por un régimen convencional nuevo, los tratados y convenios internacionales antes existentes entre nuestros dos países, pero que el estado de guerra abrogó. Vuestra Excelencia concluye expresando que está autorizado para declarar desde ahora que el gobierno de la República Francesa no elevará ni sostendrá cerca del gobierno de la República Mexicana reclamación alguna, cualquiera que sea su naturaleza, basada en hechos anteriores al restablecimiento de las relaciones diplomáticas entre los dos países.

El señor Presidente me ha ordenado manifestar a Vuestra Excelencia que el gobierno de la República Mexicana se ha impuesto con el mayor agrado de haber sido designado Vuestra Excelencia para representar al gobierno de la República Francesa en calidad de enviado extraordinario y ministro plenipotenciario. Al cumplir el acuerdo del señor Presidente, me es grato expresar mis deseos de establecer lo más brevemente posible relaciones personales con Vuestra Excelencia, y asegurarle que el gobierno de la República Mexicana se complacerá en contribuir en cuanto de él dependa a restablecer sobre un pie de completa cordialidad las relaciones entre México y Francia, desgraciadamente interrumpidas hace varios años.

El gobierno de la República Mexicana está enteramente de acuerdo con las ideas que Vuestra Excelencia expresa en nombre de su gobierno. Le será satisfactorio seguir negociaciones con Vuestra Excelencia con el fin de reemplazar por un nuevo régimen convencional los tratados y arreglos internacionales antes existentes entre los dos países, pero que el

estado de guerra abrogó. El señor Presidente me ha autorizado, además, a declarar a Vuestra Excelencia que el gobierno de la república Mexicana no elevará ni sostendrá cerca del gobierno de la República Francesa reclamación alguna, cualquiera que sea su naturaleza, basada en hechos anteriores al restablecimiento de las relaciones diplomáticas entre nuestros dos países.

Aprovecho...

Anexo número 4

Señor ministro:

El señor enviado extraordinario y ministro plenipotenciario de la República Francesa en México, al ponerse en relación con el señor secretario de Relaciones Exteriores de la República Mexicana, le dirigió una nota que el segundo se apresuró a contestar.

En esta correspondencia, el señor ministro de la República Francesa en México, y el señor secretario de Relaciones en nombre de sus gobiernos respectivos, después de haber expresado la complacencia que a los últimos causaba al restablecimiento de las relaciones diplomáticas entre ambos países, enunciaron algunas ideas, que fueron mutuamente aceptadas, sobre los tratados antes existentes y sobre las reclamaciones que pudieran ofrecerse.

Conforme a estas ideas, ambos gobiernos apreciarán seguir negociaciones con el fin de reemplazar por un nuevo régimen convencional los tratados y convenios internacionales antes existentes, pero que el estado de guerra abrogó. Se declaró, además, que ninguno de los dos gobiernos elevará o sostendrá cerca del otro reclamación alguna, cualquiera que sea su naturaleza, basada en hechos anteriores al restablecimiento de las relaciones entre los dos países.

Mi gobierno, al darme conocimiento de la anterior correspondencia, me ha comunicado instrucciones para confirmar a Vuestra Excelencia, como tengo la honra de hacerlo, las declaraciones contenidas en la nota que el señor secretario de Relaciones de la República Mexicana dirigió al señor ministro de la República Francesa en México. Es satisfactorio para mí cumplir con estas instrucciones, que me permiten, en nombre de la República Mexicana, contribuir a restablecer sobre bases de la más cordial amistad las relaciones entre los dos países.

Anexo número 5

Señor ministro:

He recibido la nota que habéis hecho el honor de dirigirme para informarme de las amistosas seguridades que acaban de ser cambiadas entre el ministro de la República Francesa en México y el secretario de Relaciones Exteriores de la República Mexicana.

Deseáis confirmarme esas seguridades en nombre de vuestro gobierno y hacerme saber, por una parte, que la República Mexicana aprecia entrar en relaciones con la República Francesa para reemplazar por un régimen convencional nuevo los tratados y convenios internacionales antes existentes entre Francia y México, pero que el estado de guerra abrogó; por otra parte, que el gobierno mexicano no elevará o sostendrá cerca del gobierno francés reclamación alguna, cualquiera que sea su naturaleza, basada en hechos anteriores al restablecimiento de relaciones entre los dos países.

Agradeciéndoos esta comunicación, me apresuro a confirmar por mi parte las declaraciones que el ministro de Francia en México hizo saber al gobierno de la República Mexicana, a saber que nos es satisfactorio reemplazar por un régimen convencional nuevo los tratados abrogados por la guerra, y que no elevaremos o sostendremos ante el gobierno mexicano ninguna reclamación basada en hechos anteriores al restablecimiento de relaciones entre los dos países.

Añado que personalmente me es satisfactorio, como lo es para vos, contribuir a restablecer sobre bases de la más cordial amistad las relaciones entre los dos países.

A PROPÓSITO DE LINCOLN Y MATÍAS ROMERO

Antonio CARRILLO FLORES,
Embajador de México en Washington

En el número 3 de *Historia Mexicana,* volumen XI, aparece un artículo de don Jorge Fernando Iturribarría sobre el "diario" de Matías Romero. En la página 394 se relata la entrevista que Romero tuvo en Springfield con el entonces Presidente electo Abraham Lincoln el día 19 de enero de 1861.

El autor del artículo apunta, como opinión personal, la posibilidad de que la nota del Ministro de Relaciones que don Matías leyó a Lincoln "contuviera una apelación al Presidentet electo, con mayoría republicana en el Senado, para que este cuerpo aplazara o llegara a descartar la ratificación del Tratado MacLane-Ocampo".

Romero anota que le dijo a Lincoln el objeto que lo había llevado a la capital de Illinois y agrega: "le leí la nota del Ministerio de Relaciones en que se me previno lo hiciera yo". No hay pues duda que el documento que Romero leyó, en versión inglesa, fue la nota reservada númro 17 de 22 de diciembre de 1860 que recibiera de Ocampo, cuya parte central dice así: "Es el deseo del Presidente que vaya usted al lugar de residencia del Presidente electo Lincoln y en nombre de este Gobierno le haga saber de una manera franca, si se ofrece la oportunidad, el deseo que anima al Presidente Juárez de entablar las más cordiales relaciones con ese Gobierno". (Acerca de esta visita y de las otras que celebró Romero con Lincoln en Sprigfield y en Washington, ha escrito una monografía Ernest G. Hildner, Jr. que fue publicada en *The Abraham Lincoln Quarterly,* volumen VI, número 1, correspondiente a marzo de 1950).

Como según lo asienta Romero en su diario, al despedirse de Lincoln el 19 de enero, le dejó "varios papeles que llevaba yo dispuestos, relativos a México, para que se impusiera de ellos", es siempre posible aventurar la hipótesis de que algunos de esos papeles versaran sobre el Tratado MacLane-Ocampo.

Ello sería, sin embargo, simplemente a título informativo, pues el pacto había sido ya rechazado en la sesión del Senado

Norteamericano, de 31 de mayo de 1860. Romero así lo relata en la entrada de su diario correspondiente a esa fecha en las siguientes palabras: "Vino Butterfield y me dijo que las modificaciones de Mr. Simmons primero y después el Tratado, habían sido desechadas." (Página 313 del *Diario.*)

Las modificaciones a que alude el diario eran las que el Ministro José María Mata, con la colaboración de Romero, negoció con el Senador Simmons de Rhode Island a los artículos 8º y 10º, relativos el primero a la lista de mercancías que el Congreso de Estados Unidos podría decretar "bajo condiciones de una perfecta reciprocidad" como de libre importación y el segundo, a las compensaciones económicas. De esas enmiendas Mata dio cuenta en su comunicación de 17 de abril del propio 1860 a la Secretaría de Relaciones (páginas 66 a 70 del tomo primero de la correspondencia).

Que el mismo Romero consideraba el asunto liquidado se desprende de la siguiente anotación acerca de su conversación con Lincoln: "Le dije que México se había congratulado mucho con el triunfo del Partido Republicano porque esperaba que la política de ese Partido sería más leal y amistosa y no como la del Demócrata que ha estado reducida a quitarle a México su territorio para extender la esclavitud".

No dejó Romero de tener, inclusive con la administración republicana, preocupaciones de esa índole, cuando el Ministro norteamericano en México, Corwin, hizo alguna sugestión acerca de la hipoteca de terrenos nacionales. En su nota del 30 de abril de 1862 (tomo segundo de la correspondencia, 1870, documento número 142, página 157), se lee: "Siento decir, que como usted lo notará, el arbitrio fue propuesto por Mr. Corwiwn, quien en su despacho número 3, de 29 de julio último, página 15, dice lo que sigue: 'Estoy persuadido de que México consentiría en hipotecar todos sus terrenos baldíos y muchos minerales en la Baja California, Chihuahua, Sonora y Sinaloa... Esto probablemente vendrá a parar en la cesión de la soberanía' ". Afortunadamente la disparatada sugestión de Corwin no pasó de eso.

Desde otro punto de vista, las anotaciones de don Matías acerca de su entrevista con Lincoln, son extremadamente interesantes porque contienen el único juicio del futuro Presidente que se conoce acerca de la verdadera esclavitud en que vivía el peón mexicano.

LA ALIANZA TRIPARTITA EN EL "PUBLIC RECORD OFFICE" DE LONDRES

Gloria GRAJALES
Universidad Nacional de México

LOS DOCUMENTOS que a continuación se citan, relativos a la intervención en México de Inglaterra, Francia y España, los espigamos en el Public Record Office de Londres. Aprovechamos la oportunidad del primer centenario del penoso incidente para darlos a conocer. Por otra parte, agradecemos a los encargados del gran archivo inglés las atenciones de que fuímos objeto durante la marcha de nuestra investigación.

Creemos que el conocimiento de estos documentos iluminará aspectos, aún oscuros y controvertidos, de las relaciones diplomáticas de México en los días de la intervención tripartita. Para quienes quieran leer los papeles en su integridad, ya que nosotros sólo damos una síntesis de ellos, indicamos el lugar donde se encuentran dentro del vasto acervo documental consultado. Además de las siglas de ubicación, ofrecemos como dato complementario la lengua en que los documentos están escritos, salvo los redactados en inglés.

1861

Lady Kirk, Berwick on Tweed, 31 de marzo de [1861].—Robertson a Chas, Whitehead, Esq., México: Sobre el robo de $ 660,000 dólares a la Legación Británica en México, considerado como un insulto a la corona y al gobierno inglés. Se pide el pago antes de que el gobierno de Su Majestad reconozca al nuevo gobierno de México. (F.O. 97/280, Vol. 5, pp. 16-17, copia) [1

México, 24 de mayo de 1861.—Carta abierta, de gratitud a la labor desarrollada por George B. Mathew durante el desempeño de su cargo como encargado de negocios de S.M. Británica. (F.O. 97/280, Vol. 5, ff. 81-82. Impreso en inglés) [2

México, 26 de julio de 1861.—Whitehead a Robertson: Consideraciones generales sobre el apoyo de los mexicanos adinerados a una intervención armada o protectorado en México para restablecer la tranquilidad. Sus puntos de vista sobre conversaciones sostenidas con Wyke; ventajas y desventajas del comercio inglés. Ocupación de los puertos mexicanos por

Inglaterra. Los grupos políticos: juaristas, clerical y moderado de Comonfort y la política a seguir por Inglaterra. Establecimiento de un protectorado de Inglaterra en México y sus ventajas político-económicas. Suspensión de dos años para el pago de sus deudas por el gobierno mexicano. (F.O. 97/280, Vol. 5, pp. 117-121) [3

31 de julio de 1861.—A Sir Charles L. Wyke: Copias de cartas con David Robertson, relativas a las reclamaciones de los tenedores de bonos. Se propone el nombramiento de interventores e invitar al gobierno de México para un arreglo formal. (F.O. 87/280, Vol. 5, pp. 90-92, borrador) [4

Londres, 31 de julio de 1861.—David Robertson a Russell: De la orden dada por el gobierno de México para suspender el pago que se hacía a Inglaterra con los impuestos de las aduanas. Se solicita a Russell pedir a México inmediata satisfacción al respecto, etc. (F.O. 87/280, Vol. 5, ff. 94-95) [5

Sin fecha.—Russell a Wyke: Respuesta a su despacho No. 4. Le da instrucciones para romper las relaciones con México en el caso de no conseguir el pago de los 660,000 dólares. (F.O. 97/280, Vol. 5, f. 101) [6

21 de agosto de 1861.—S.M. Británica romperá relaciones con México en el caso de que éste no restituya el dinero robado a su Legación en la ciudad de México. (Visto por Lord Palmerston y la reina). (F.O. 97/280, Vol. 5, Borrador No. 39, 1 hoja) [7

Royal Hotel, Aberdeen, 28 de agosto de 1861.—Firmado por Russell: Instrucciones a Wyke para que haga saber a los tenedores de bonos lo relativo a la convención Dunlop-Aldham, y sobre el robo cometido en la Legación. El gobierno inglés no puede apoyar todas las reclamaciones de sus súbditos. F.O. 97/280, Vol. 5. ff. 113-114) [8

México, 26 de septiembre de 1861.—(Comité de los tenedores de bonos, 10 Basinghall St.) Wyke a Russell: Imposibilidad de tener interventores en las aduanas por parte de los tenedores de bonos de Londres. Consideraciones sobre el carácter hispanoamericano en relación con las deudas del gobierno inglés. (F.O. 97/280 Vol. 5, ff. 135-137, No. 41) [9

[Londres], 17 de octubre de 1861.—Alx. F. Wook (*sic*) a Russell: Extracto de carta de Whitehead e informe de su comité (29 de abril de 1861). Interesantes consideraciones sobre la cesión de tierras baldías de los Estados del Norte e Istmo de Tehuantepec a los Estados Unidos como pago de los diez millones de dólares que dieran a México. Inglaterra exige el pago de lo que se le debe con el dinero que produzcan las tierras hipotecadas. Si el tratado entre México y Estados Unidos se ha concluído, Wyke recibirá instrucciones para insistir en que Estados Unidos pagará a los tenedores de bonos, pues aquellas tierras representaban la garantía de la deuda. (F.O. 97/280, Vol. 5, ff. 139-140) [10

28 de octubre de 1861.—Russell a McCalmont & Co., 3 Crown Court, Philipot Lane: Respuesta a su carta a 7 de octubre, referente a los tenedores de bonos. El gobierno inglés no puede cancelar las convenciones ya establecidas, ni acuerdos o convenios que comprometan a intereses británicos. (F.O. 97/280, Vol. 5, f. 156, borrador) [11

29 de octubre de 1861.—A Wyke: Copia de carta de McCalmont & Co. (7 a 28 de octubre), sobre su objeción a que el gobierno inglés inter-

venga por la parte de los tenedores de bonos mexicanos. (F.O. 97/280, Vol. 5, borrador No. 53, f. 158) [12

12 de noviembre de 1861.—A Wyke: Copia de la demanda de los tenedores de bonos mexicanos (17 de octubre 1861) exigiendo a los Estados Unidos el pago de 206. 16. libras esterlinas por legua cuadrada de las tierras baldías que México le había cedido. (F.O. 97/280, Vol. 5, f. 160) [13

20 de noviembre de 1861.—(Comité de los tenedores de bonos mexicanos, 19 Basinghall St.). N. A. Nilsen, secretario, a Russell: Solicita que el gobierno inglés recomiende un comisionado para que se encargue de los intereses del Comité en México, etc. (F.O. 97/280, Vol. 5, f. 170) [14

Londres, 22 de noviembre de 1861.—(Comité de los tenedores de bonos mexicanos). Por orden del Comité, su secretario N. A. Nilsen: "El caso de los tenedores de bonos de la Deuda Nacional contraída por México": "*a)* Origin, present amount and rate of interest of the debt; *b)* Sacrifices submitted by the bondholders in favor of Mexico; *c)* Priority of the claims on account of the national debt over all others; *d)* Robbery of $ 660,000; *e)* Dividends in arrear; *f)* Interest of the arrear dividens; *g)* Sinking funds; *h)* Arrears under the agreement of the 4th of June 1846 for which the Mexican Government is still accountable; *i)* Deferred bonds of 1837, shut out in the convention of 1846; *j)* Recapitulation; *k)* Annual revision." (F.O. 97/280, Vol. 5, ff. 176-185) [15

2 de diciembre de 1861.—A los tenedores de bonos mexicanos: Sobre la actitud de Lord Russell respecto de las reclamaciones inglesas a México y de las instrucciones dadas a Wyke para el caso, etc. (F.O. 97/280, Vol. 5, ff. 263-265, borrador) [16

Convenio celebrado en Londres el 31 de octubre de 1861: por España don Javier de Isturiz, por Francia conde de Flahaut, por Inglaterra conde Russell, para exigir a la República de México la protección de las personas y propiedades de sus súbditos. Dado en el Palacio de Madrid a 9 de noviembre de 1861. Rúbrica de la reina doña Isabel II; Saturnino Calderón Collantes. (F.O. 94/542, bajo "Treaties", 3 ff.) [17

Son cinco artículos en francés, traducidos al español. Posiblemente se trata de una copia del original.

"Cuenta de los dividendos por medio año de intereses pagados y sin pagar de la Deuda Nacional contraída en Londres bajo la Ley de 14 de octubre de 1850". (F.O. 97/280, Vol. 5, f. 192, No. 6) [18

Comprende del 1º de julio de 1851 al 1º de enero de 1862.

"Mexican national debt contracted in London". (Decrees and regulations since the adjustment: October 14, 1850 — December 23rd, 1860). London, Printed by Letts Son. Co. Royal Exchange, E. C., 1860. (F.O. 97/280, Vol. 5, ff. 211-221) [19

Contiene 12 decretos, de 1850 a 1858 inclusive. Impreso inglés-español.

Impuestos de las aduanas marítimas de México, en dólares, hasta junio de 1854. (F.O. 97/280, Vol. 5, f. 193, No. 7) [20

Igual que el anterior, para el año de 1855. (F.O. 97/280, Vol. 5, p. 194, No. 8) [21

Sin fecha.—A los comerciantes ingleses: Relativo a aparecer firmando como comerciantes mexicanos. Consideraciones sobre empréstitos hechos a México, en 1824-1825, por Canning, en representación del gobierno inglés, permitiendo la independencia de México y su comercio con Ingla-

terra: la conducta política de México en contraposición con sus riquezas materiales y el caos al que lo habían conducido las revoluciones; sobre los acreedores británicos en México. (F.O. 97/280, Vol. 5, ff. 147-149) [22

Sin fecha.—"IX. Lien on the Mexican territory": referente a la supuesta cesión de territorio mexicano a los Estados Unidos en 1847. (F.O. 97/280, Vol. 5, f. 142 — pegada en la f. 143) [23
Impreso.

1862

16 de enero de 1862.—Javier de Isturiz a Sir Charles Wyke (No. 2): Incluye nota relativa la expedición española a México. (F.O. 50/363, f. 3, borrador) [24

27 de enero de 1862.—A Sir Charles Wyke (No. 7): Envío de tropas francesas para que en unión de las españolas, en Veracruz, marcharan hacia la capital. Invitación al Archiduque Maximiliano para ocupar el trono de México. Sobre lo acordado en la Convención y el bloqueo de los puertos mexicanos. Consideraciones sobre la actitud de Inglaterra en el caso de que México llegara a tener una monarquía austríaca. Instrucciones relativas a la expedición contra México. (Visto por Lord Palmerston). (F.O. 50/363, ff. 13-15, borrador) [25

29 de enero de 1862.—A Sir Charles Wyke (No. 6): Nombramiento de Baring y Hermanos como agentes en México e Inglaterra de los tenedores de bonos mexicanos; prestarían ayuda al señor White, el cual viajaba a México. (F.O. 50/363, f. 11, borrador) [26

30 de enero de 1862.—A Sir Charles Wyke (No. 9): Aprobando la respuesta a la comunicación de los residentes ingleses, relativa a sus negociaciones con el gobierno de México. (F.O. 50/363, f. 21) [27

30 de enero de 1862.—A Sir Charles Wyke (No. 10): El gobierno inglés aprueba su permanencia en Veracruz en lugar de proseguir a Jamaica. (F.O. 50/363, f. 23, borrador) [28

31 de enero de 1862.—A Sir Charles Wyke (No. 11): Copia de correspondencia relativa a la expedición conjunta contra México. (F.O. 50/363, f. 25, borrador) [29

8 de febrero de 1862.—A Sir Charles Wyke (No. 14): El cónsul inglés en Cherburgo comunica la salida, 2 de febrero, de refuerzos franceses para la expedición contra México. (F.O. 50/263, f. 29, borrador) [30

24 de febrero de 1862.—A Sir Charles Wyke (No. 19): Consideraciones sobre el verdadero motivo de la expedición aliada en México, ampliamente estipulado en la Convención del 31 de octubre de 1861. El gobierno inglés no intervendrá en el derecho de los mexicanos para elegir su propio gobierno. El objeto de la expedición aliada no es tanto para reorganizar el gobierno mexicano como para obtener reparación de daños. (Visto por Lord Palmerston y la reina). (F.O. 50/363, ff. 39-40, borrador) [31

25 de febrero de 1862.—A Sir Charles Wyke (No. 20): El gobierno inglés desaprueba la proclama de los Comisionados Aliados, de 10 de enero de 1862. (Visto por Lord Palmerston y la reina). (F.O. 50/363, ff. 45-46, borrador) [32

1º de marzo de 1862.—A Sir Charles Wyke (No. 22): Con copia de correspondencia de la firma Finlay Hodgson (sic) y Co., sobre reclamacio-

nes contra el gobierno de México. Sobre órdenes del conde de la Cortina para la administración de las aduanas (F.O. 50/363, f. 51) [33

1º de marzo de 1862.—El conde Russell a Sir Charles Wyke (No. 23): Reclamación de Percy Doyle al gobierno de México por dinero que tomó de una conducta el Gral. Márquez, considerando ese dinero dentro de las reclamaciones pendientes de Inglaterra a México. (F.O. 50/363, f. 55, borrador) [34

1º de marzo de 1862.—A Sir Charles Wyke (No. 24): Incluye copia del despacho de Lord Cowley, No. 230, referente a malentendido en las reclamaciones del gobierno francés con respecto a una conversación habida entre Wyke y Dubois de Saligny. (F.O. 50/363, f. 57, borrador) [35

4 de marzo de 1862.—La Gran Bretaña no quiere aparecer como interviniendo en los asuntos internos de México; si los mexicanos pueden establecer un gobierno central capaz de mantener el orden en su territorio y de proteger a los comerciantes extranjeros, aquella dará su apoyo moral a cualquier clase de gobierno que México elija. (Visto por Lord Palmerston y la reina). (F.O. 50/363, f. 59, borrador) [36

4 de marzo de 1862.—A Sir Charles Wyke (No. 26): S.M. Británica encuentra satisfactoria la respuesta dada al Gral. Doblado, con la excepción del reembarque de las tropas aliadas. Reunión de los comisionados de las fuerzas aliadas en Jalapa y Orizaba. El Gral. Doblado se propone formar un gobierno que restablezca la paz, etc. (F.O. 50/363, f. 63, borrador) [37

11 de marzo de 1862.—A Sir Charles Wyke (No. 27): El contralmirante Dacres se dirige a Veracruz para substituir al comodoro Dunlop. (Visto por Lord Palmerston y la reina). (F.O. 50/363, f. 67, borrador) [38

11 de marzo de 1862.—A Sir Charles Wyke (No. 28): Puntos de vista del gobierno inglés relativos al reembarque de sus marinos, debido a la negativa del Gral. Miramón para que tomaran tierra. Opinión errada del comodoro Dunlop al suponer que estaba encargado por su gobierno para promover la regeneración de México. (Visto por Lord Palmerston y la reina). (F.O. 50/363, f. 71, borrador) [39

11 de marzo de 1862.—A Sir Charles Wyke (No. 29): Interpretación personal de Wyke y el comodoro Dunlop, opuestas a las instrucciones recibidas del gobierno inglés, todo ello en detrimento de las relaciones con México. (Visto por Lord Palmerston y la reina). (F.O. 50/363, ff. 75-76, borrador) [40

14 de marzo de 1862.—Hammond a Sir Charles Wyke: Le llama la atención por su actitud, y la del comodoro Dunlop, contrarias a la Convención e instrucciones del gobierno inglés. (F.O. 50/363, ff. 81-82, copia. Privado) [41

15 de marzo de 1862.—A Sir Charles Wyke (No. 32): Las opiniones de Wyke y Dubois de Saligny perjudican la uniformidad de acción de las tres potencias en sus reclamaciones a México. S.M. Británica desea que haya reciprocidad entre los comisionados de las tres potencias, y habrá de aceptar las demandas de Francia enmendadas, siempre y cuando sean justas y razonables. Wyke no debe apoyar la reclamación Jecker al ser presentada por Saligny, etc. (Visto por Lord Palmerston y la reina; copias a París y Madrid). (F.O. 50/363, ff. 85-88, borrador) [42

14 de marzo de 1862.—R[ussell] a Lord Cowley: Sobre no dar su apoyo a la reclamación Jecker que presenta Dubois de Saligny. (F.O. 50/363, ff. 89-90) [43

15 de marzo de 1862.—A Sir Charles Wyke (No. 32): Para extender las reclamaciones francesas en puerto mexicano. Los comisionados deberán apoyar otras reclamaciones, siempre que sean razonables. Se desea que los motivos personales no interfieran la unidad de acción. (F.O. 50/363, ff. 91-94, borrador) [44

14 de marzo de 1862.—A Sir Charles Wyke (No. 33): se le pide enviar relación detallada de las deudas que Inglaterra demanda al gobierno de México, distinguiendo las más urgentes de aquellas que requieren examen previo. (F.O. 50/363, f. 95, borrador) [45

21 de marzo de 1862.—A Sir Charles Wyke (No. 36): Se le envía copia de correspondencia con el Almirantazgo, relativa a las operaciones que se efectuarán en la costa mexicana del Pacífico. (F.O.50/363, f. 97, borrador) [46

[Londres], 2 Park Hill Villas Highweek near Newton Abbot, 24 de marzo de 1862: Los tenedores de bonos han designado a George R. White como su agente en México, el cual también se encargará de los intereses de bonos diferidos. (F.O. 97/280, Vol. 4, f. 320) [47

31 de marzo de 1862. A Sir Charles Wyke No. 37): Acerca de su conversación con el encargado de asuntos de España sobre la conducta seguida por el comodoro Dunlop con el Gral. Miramón. (F.O. 50/363, f. 99, borrador) [48

31 de marzo de 1862.—A Sir Charles Wyke (No. 39): El gobierno de S.M. Británica aprueba sus procedimientos con respecto a la intervención en México. (F.O. 50/363, f. 101, borrador) [49

31 de marzo de 1862.—A Sir Charles Wyke (No. 41): Se aprueban las medidas tomadas en consecuencia con la séptima Conferencia de los Comisionados Aliados para hallar una solución pacífica en las dificultades con México. (F.O. 50/363, f. 105 borrador) [50

31 de marzo de 1862.—A Sir Charles Wyke (No. 43): El gobierno inglés aprueba el reglamento para el gobierno civil de Veracruz. (F.O. 50/363, ff. 109, borrador) [50

31 de marzo de 1862.—A Sir Charles Wyke (No. 44): El gobierno inglés aprueba el despacho No. 30 de 7neas Giffard, referente a la intervención inglesa en la aduana de Veracruz. (F.O. 50/363, f. 111, borrador) [52

31 de marzo de 1862.—A Sir Charles Wyke (No. 45): El gobierno inglés aprueba el proyecto de Wyke y el comodoro Dunlop para trasladar a los marinos a Bermuda. (F.O. 50/363, f. 113, borrador) [53

1º de abril de 1862.—A Sir Charles Wyke (No. 48): El gobierno de S.M. Británica aprueba la Convención firmada por el conde Reus y el Gral. Doblado en La Soledad, el 19 de febrero. Ratificación de dicha Convención por los aliados. Entrevista de los generales Doblado y Prim con objeto de desvanecer los temores de una intervención aliada en los asuntos internos de México. (Visto por Lord Palmerston y la reina). (F.O. 50/363, ff. 119-120, borrador) [54

1º de abril de 1862.—A Sir Charles Wyke (No. 49): S. M. Británica no desea establecer un protectorado extranjero en México. Considera-

ciones sobre ello y sus consecuencias. La posible ocupación de los puertos mexicanos. S. M. confía en que el Gral. Doblado será capaz de una buena administración en México. (Visto por Lord Palmerston y la reina). (F.O. 50/363, ff. 121-122, borrador) [55

1º de abril de 1862.—A Sir Charles Wyke (No. 50): Observaciones en torno a la discrepancia de opiniones respecto a la ocupación y bloqueo de Mazatlán. (F.O. 50/363, f. 123, borrador) [56

30 de abril de 1862.—A Sir Charles Wyke (No. 52): Consideraciones del gobierno inglés en cuanto a los asuntos más importantes de la política mexicana. Sobre el derecho de Dubois de Saligny para permitir que bajo protección de la bandera francesa penetraran en el interior del país el Gral. Almonte y el P. Miranda; protesta del Gral. Prim por el hecho. Sobre la decisión del Gral. Prim para retirar sus tropas. La actitud francesa y la Convención del 31 de octubre. El gobierno inglés está de acuerdo con la ocupación de Veracruz por las fuerzas aliadas. En caso de suspenderse la Convención de octubre, Wyke deberá retirarse a las Bermudas hasta nueva orden. (Visto por Lord Palmerston y la reina). (F.O. 50/363, ff. 127-131, borrador) [57

30 de abril de 1862.—Actitud de los agentes de Francia después del tratado de La Soledad. Proposiciones del almirante Jurien de la Gravière, contrarias a lo estipulado en dicho tratado. Posición de Inglaterra y lo que en el año de 1860 se proponía en relación con los asuntos de México. Diferencias surgidas entre Inglaterra y España respecto de Francia. Bases del tratado de La Soledad. Consideraciones en pro y contra sobre el posible establecimiento de una monarquía en México, solución que colocaría a Francia del lado del partido reaccionario mexicano. Posición de los Estados Unidos en caso de una intervención europea en los asuntos del continente americano, etc. (Visto por Lord Palmerston y la reina). (F.O. 50/363, ff. 139-145, borrador) [58

30 de abril de 1862.—A Sir Charles Wyke (No. 54): Actitud a seguir por el agente inglés de acuerdo con las instrucciones de su gobierno y en relación con los agentes de Francia y España. La deuda Jecker. Consideraciones sobre la política intervencionista de Francia. (Visto por Lord Palmerston y la reina). (F.O. 50/363, ff. 155-159, borrador) [59

1º de mayo de 1862.—A Sir Charles Wyke (No. 60): El comodoro Dunlop debe seguir actuando como comisionado. (F.O. 50/363, f. 173, borrador) [60

17 de mayo de 1862.—[A Sir Charles Wyke No. 63]: Fin de la acción conjunta de las tres potencias. Inglaterra y España opuestas a Francia. Como consecuencia de la ruptura Wyke pasa a Nueva York. (Visto por Lord Palmerston y la reina). (F.O. 50/363, ff. 183-185, borrador) [61

22 de mayo de 1862.—A Sir Charles Wyke (No. 67): Puntos de vista de S.M. Británica en los asuntos de México. Fin de la alianza de las tres potencias. El almirante Jurien de la Gravierè y Dubois de Saligny deciden marchar sobre la capital de México. El Gral. Prim y Wyke acuerdan reunirse en Orizaba, el 15 de abril, con los comisionados mexicanos. Divergencias entre los comisionados. La protección dada por Francia al Gral. Almonte puede provocar una guerra civil. Wyke se niega a firmar la comunicación enviada por Dubois de Saligny al Gral. Doblado, sobre la negativa de negociar con el gobierno de Juárez. Se aprueba la con-

ducta seguida por Wyke. Inglaterra deplora el curso que han seguido los acontecimientos, etc. (Visto por Lord Palmerston y la reina). (F.O. 50/363, ff. 190-202, borrador) [62

México, 22 de mayo de 1862.—"Bonos mexicanos aplazados". Sobre el arreglo de la deuda efectuado en Londres el año 1837 por F. de Lizardi y Co., como agente del gobierno mexicano. Total de la deuda: 9.248,000 libras esterlinas, y datos relativos a ella. (F.O. 97/280, Vol. 4, ff. 330-331) [63

27 de junio de 1862.—A Sir Charles Wyke (No. 69): Se acusa recibo de sus despachos Núms. 62 al 65, del 20 al 29 de abril, la convención firmada por Wyke en Puebla el 28 de abril y la de México del 12 de mayo, suscrita por el mismo, Dunlop y Doblado. Inglaterra opta por el retiro de Wyke ante la intención de Francia de enviar tropas para arrojar del poder al presidente de México, pues lo contrario violaría la Convención de Londres y la definida actitud inglesa de no intervenir en política mexicana. Inconformidad del gobierno británico por el acuerdo de un empréstito de los Estados Unidos a México, cuya garantía el primero se reserva con las vastas tierras eriazas mexicanas. Observaciones sobre la posible negativa de Estados Unidos a otorgar dicho empréstito; la reclamación de Inglaterra sobre la deuda de México. S.M. Británica estudia la no ratificación de la Convención suscrita en Puebla el 28 de abril y el artículo suplementario firmado en México el 12 de mayo. (Visto por Lord Palmerston y la reina). (F.O. 50/363, ff. 217-224, borrador) [64

27 de junio de 1862.—A Sir Charles Wyke (Secreto. Nº 70): El gobierno inglés atento a la reacción de los mexicanos frente al posible establecimiento de una monarquía francesa. Consideraciones sobre la política intervencionista de Francia en México. El gobierno inglés deberá considerar el problema de las deudas en Convención propuesta al Gral. Doblado. Omisión de la referencia al tratado de México con los Estados Unidos en el borrador de un nuevo pacto inglés con México, previendo el caso de que el gobierno mexicano se opusiera al artículo XVI tocante a empréstitos forzosos. Instrucciones dadas a Wyke ante la eventualidad de guerra franco-mexicana. (Visto por Lord Palmerston y la reina). (F.O. 50/363, f. 288, borrador) [65

27 de junio de 1862.—A Sir Charles Wyke (Secreto. No. 71): Instrucciones para el caso en que los generales de Lorencez y Forey negociaran el pago de deudas en un tratado con México. Deberá mediar amistosamente tal como en el caso de España. (Visto por Lord Palmerston y la reina). (F.O. 50/363, f.288, borrador) [66

México, 27 de junio de 1862.—Sobre la situación de México y las deficiencias de su gobierno centralizado. Actividades comerciales en los puertos. Sugerencias para el manejo de las aduanas. *Statu quo* que se mantendrá hasta saberse los efectos del tratado suscrito por Wyke y las decisiones que se tomen sobre la intervención francesa.—Sin firma. (F.O. 97/280, Vol. 4, ff. 334-337, copia) [67

30 de junio de 1862.—A Sir Charles Wyke (No. 73): Instrucciones sobre la no ratificación de la Convención de Puebla de 28 de abril y el artículo suplementario (México, 12 de abril). En el caso de que el gobierno francés reconociera a la administración de Juárez con objeto de

arreglar el pago de sus deudas, Wyke deberá presentar al Gral. Doblado el borrador de la convención: de ocurrir la intervención armada de Francia en México habrá de esperar antes de proponer la nueva convención. En su calidad de ministro, aunque las relaciones con México estuvieran suspendidas, habrá de hacer valer la prioridad de las deudas a Inglaterra ante cualquier gobierno mexicano. (Visto por Lord Palmerston y la reina). (F.O. 50/363, ff. 298-300, borrador) [68

Junio de 1862.—Borrador de la "Convención entre Su Majestad Británica y la República de México" para el arreglo de las reclamaciones por deudas ante el gobierno mexicano. (F.O. 50/363, ff. 239-243) [69

Preámbulo y los XVIII artículos de la Convención. (*Ibid.*, ff. 245-264) [70

Borrador del mismo instrumento, para su ratificación. Impreso en inglés. (*Ibid.*, ff. 265-283) [71

Vid, infra Nº 74

17 de julio de 1862.—A Sir Charles Wyke (No. 75): El gobierno inglés aprueba que en caso de ser necesaria la repartición del producto de la aduana de Veracruz, los representantes de Inglaterra, Francia y España, de acuerdo con lo estipulado en el tratado con el gobierno de México, tomarán la parte que les corresponda. (F.O. 50/363, f. 308, borrador) [72

30 de julio de 1862.—A Sir Charles Wyke (No. 77): El gobierno inglés de acuerdo con Wyke en lo resuelto por el capitán Graham, del barco "Mutine", al dejar una fuerza armada en las Guayanas. (F.O. 50/363, f. 312, borrador) [73

1º de noviembre de 1862.—A Sir Charles Wyke: "To substitute amended schedule of British Claims for that annexed to draft of Treaty". (F.O. 50/363, f. 332, borrador Nº 89) [74

1º de diciembre de 1862.—A Sir Charles Wyke (No. 92): Debe evitar diferencias con el Sr. Wagner del partido católico de México. Sobre dar asilo al Sr. Bourdillon. (F.O. 50/363, ff. 338-339, borrador) [75

México, 7 de diciembre de 1862.—Wyke a Russell (Nº 148, confidencial): El Sr. Bourdillon, corresponsal del *Times* y agente de la casa Rothschild, facultado para negociar un empréstito a favor de México con los socios de esa firma en Londres y París, por la cantidad de 20 millones de libras que se reintegrarían con los intereses del producto de todas las aduanas de la República Mexicana. De la toma de la capital por los franceses. Hostilidad del pueblo mexicano por considerar la intervención peligrosa para la independencia de la nación. Consideraciones sobre la eventualidad de renovarse la alianza tripartita. Sobre la deuda del gobierno de México a Francia y Gran Bretaña, con intereses vencidos por total de 13 millones de libras. Bourdillon a favor de la intervención francesa y de la transacción de los bonos Jacker. (F.O. 97/280, Vol. 4, ff. 339-342) [76

Veracruz, 19 de diciembre de 1862.—Jules Doazan a Eneas M. Giffard: Responde a protesta de los cónsules español e inglés (22 de noviembre de 1862). Decisiones del ministro de Francia y el General en Jefe de la fuerza expedicionaria sobre los fondos comunes de la Alianza, depositados en la aduana según lo estipulado en la Convención, etc. (F.O. 97/280,

19 de diciembre de 1862.—A Sir Charles Wyke (No. 95): Remite co-

ff. 348-349, copia en francés) [77

rrespondencia del Sr. Bourdillon, relativa a habérsele negado asilo en la Legación de Inglaterra. (F.O. 50/363, f. 344, borrador) [78

Veracruz, 24 de diciembre de 1862.—Eneas M. Giffard a Wyke: Sobre la protesta de los cónsules de España e Inglaterra ante el de Francia en relación con el depósito de bonos y dinero de los acreedores extranjeros en la aduana de ese puerto. Intenciones francesas al respecto. (F.O. 97/280, Vol. 4, Nº 13, f. 346, copia) [79

1 8 6 3

Veracruz, 26 de enero de 1863.—"Protocolo de los interventores en la aduana de Veracruz". "Proceso verbal de la deliberación tomada por la Comisión Interventora de la Aduana Marítima de Veracruz". (F.O. 97/280, Vol. 4, ff. 364, impreso francés-español) [80

Con solicitud de 10 de febrero de 1862, presentada por seis casas comerciales de Veracruz; consta de varios puntos y artículos. Documento firmado por Jules Doazan, Francia; Balbino Cortés, España; E. M. Giffard, Inglaterra. Óscar Collean, secretario.

México, 10 de febrero de 1863.—John Walsham a Giffard: Consideraciones respecto al protocolo firmado con los otros representantes de las potencias aliadas, relativo a la administración de la aduana, mercancías, comercio, etc. (F.O. 97/280, Vol. 4, ff. 365-371, copia No. 1) [81

México, 5 de marzo de 1863.—Walsham a Russell: La aduana de Veracruz; su historia desde la llegada de las fuerzas aliadas hasta esa fecha. (F.O. 97/280, Vol. 4, No. 13, ff. 350-362) [82

Consulado Británico, 15 de marzo de 1863.—Giffard a Walsham: Sobre los impuestos aduanales, fianzas y dinero depositado en la aduana, etc. (F.O. 97/280, Vol. 4, ff. 375-377, copia No. 2) [83

México, 17 de abril de 1863.—Walsham a Giffard: Con referencia a su despacho No. 2, sobre las dificultades surgidas en la aduana de Veracruz. Conducta diferente seguida por ambos en su calidad de interventores, etc. (F.O. 97/280, Vol. 4, ff. 379-381) [84

Londres, 1º de mayo de 1863.—Rothschild y Baring Hermanos a Russell: Informan que las autoridades francesas están haciendo arreglos para depositar fondos en Veracruz. El ministro británico en México reclama de las autoridades francesas los fondos asignados al amparo de las convenciones inglesas, disponibles a beneficio de los tenedores de bonos, etc. (F.O. 97/280, Vol. 4, ff. 383-384) [85

3 de mayo de 1863.—Wyke a Layard: Sobre los arreglos de fondos en Veracruz. (F.O. 97/280, Vol. 4, ff. 387-389, confidencial) [86

8 de mayo de 1863.—R[ussell] a Rothschild y Baring: Relata los arreglos de las consignaciones aduanales de Veracruz, debidas a las convenciones de las tres potencias. (F.O. 97/280, Vol. 4, ff. 391-392) [87

9 de mayo de 1863.—R[ussell] a Giffard: Explicaciones requeridas sobre la posición de los acreedores ingleses respecto de las sumas acrecentadas para ellos de los impuestos sobre importación, además de las necesarias para liquidar las reclamaciones inglesas, francesas y españolas. (F.O. 97/280, Vol. 4, ff. 393-394, borrador Nº 3) [88

Londres, 20 de junio de 1863.—Baring Bros a Russell: Tocante a las proposiciones francesas para el arreglo de los recibos de la aduana de México. Medidas que se deben tomar para hacer los pagos a los tenedores de bonos. Piden que Russell use de su influencia ante el gobierno de Francia. (F.O. 97/280, Vol. 4, f. 395) [89

México, 12 de julio de 1863.—Walsham a Russell: Comunica que hablará con Dubois de Saligny sobre división de fondos depositados en el arca de los interventores en Veracruz. (F.O. 97/280, Vol. 4, No. 30, ff. 410-411) [90

México, 22 de julio de 1863.—Walsham a Giffard: Sobre la distribución de los fondos de la aduana de Veracruz, etc. (F.O. 97/280, Vol. 4, ff. 412-413, copia Nº 3) [91

México, 25 de julio de 1863.—Walsham a Russell: Comunica haber concluído un arreglo con el ministro francés acerca de los tenedores de bonos. (F.O. 97/280, Vol. 4, No. 32, ff. 410-411) [92

Consulado Británico, Veracruz, 30 de julio de 1863.—Griffard a Russell: Le enviará una cuenta de los bonos mexicanos en Londres por la suma de 47,509.22 dólares, como primer abono del total que se les debía, y proporcional a los impuestos recaudados en Veracruz desde la ocupación francesa, etc. Espera que esos pagos sean mensuales. (F.O. 97/280, Vol. 4, Nº 23, f. 419) [93

Consulado Británico, Veracruz, 30 de julio de 1863.—Giffard a Walsham: Ocupación de Tampico por los franceses. Sumas de la aduana, en billetes sobre México, para los acreedores ingleses. Liquidación de los impuestos aduanales bajo la administración de España, etc. (F.O. 97/280, Vol. 4, ff. 423-426, copia) [94

[Consulado Británico, Veracruz], 26 de agosto de 1863.—Extracto de despacho del vice-cónsul Giffard: Sumas recibidas de la aduana para los acreedores ingleses en billetes sobre México. Remisión de las mismas para los tenedores de bonos y las convenciones, etc. (F.O. 97/280, Vol. 4, No. 7, ff. 433-434) [95

4 de septiembre de 1863.—A Walsham: Aprobación de los arreglos para el pago a los tenedores de bonos por las sumas vencidas a cuenta de los recibos de la aduana de Veracruz. (F.O. 97/280, Vol. 4, No. 17, f. 429, borrador) [96

México, 27 de noviembre de 1863.—Walsham a Russell: Regreso de White a Inglaterra. Glennie encargado temporalmente de los intereses de los tenedores de bonos de Londres. (F.O. 97/280, Vol. 4, No. 52, f. 435) [97

1865

México, 7 de septiembre de 1865.—Ramírez a Campbell Scarlett (Ministerio de Negocios Extranjeros y Marina): Informa de su recomendación al subsecretario de Hacienda para el arreglo de los bonos diferidos por la deuda contraída en Londres, negociación que terminará en breve, de forma honrosa para el gobierno imperial y ventajosa para los tenedores de bonos. (F.O. 97/281, ff. 125-126, No. 132) [98

México, 8 de septiembre de 1865.—Campbell Scarlett a Russell: Cantidad de los bonos diferidos. Promesa de justicia para los reclamantes por parte de Maximiliano. El crédito y honor del gobierno mexicano

dependen de su cumplimiento, etc. El Sr. Ramírez intervendrá para tomar medidas favorables. (F.O. 97/281, f. 128, copia) [99

México, 28 de octubre de 1965.—(Agencia de los Tenedores de Bonos en Londres) Glennie a Campbell Scarlett: Informa que el gobierno imperial ha decidido arreglar la reclamación sobre bonos diferidos bajo las mismas bases observadas en la convención de la deuda extranjera de 1864, etc. [100

México, 28 de octubre de 1865.—F. P. César, subsecretario de Hacienda, a Glennie: En relación con el documento anterior, el Emperador ordena que los bonos diferidos, como parte de la deuda mexicana contraída en Londres, sean convertidos en títulos de renta de 6 %, bajo las bases y términos aceptados por los tenedores en 1864. (F.O. 97/281, f. 157, copia en español) [101

1º de noviembre de 1865.—A Baring y Hermanos: El Emperador Maximiliano ha dado órdenes para que una comisión examine el plan propuesto por ellos para el arreglo del asunto de bonos diferidos. (F.O. 97/281, f. 136, No. 145, borrador) [102

20 de noviembre de 1865.—Baring Bros. a E. Hammond: En caso de que el gobierno mexicano no disponga otras providencias para el pago de dividendos, los tenedores de bonos pedirán la protección del gobierno británico, etc. (F.O. 97/281, f. 147) [102

23 de noviembre de 1865.—A Campbell Scarlett: Los tenedores de bonos tomarán parte de los impuestos aduanales para el cobro de su deuda, como arreglo anterior entre el gobnerno de México y los tenedores; a la terminación del período, 1º de enero de 1866, se renovará nuevamente. (F.O. 97/281, ff. 151-152, No 8) [103

París, 28 de noviembre de 1865.—Y. de Ibarrondo a Baring Bros.: El Conde Germiny, presidente de la Comisión Financiera en París, tiene instrucciones del Emperador para la conversión de los bonos diferidos de 1837. (F.O. 97/281, f. 167) [104

1866

México, 8 de enero de 1866.—Campbell Scarlett al conde Clarendon: Los tenedores de bonos ingleses y sus intereses durante los convenios Dunlop-Aldham. Arreglos sancionados por el Emperador. Sobre la renovación de pagos bajo aquellos convenios, etc. (F.O. 97/281, ff. 173-175, No. 2) [105

Londres, 16 de febrero de 1866.—Baring Bros. a E. Hammond, F. Office: Incluye convenio que tuvo lugar con los tenedores de bonos mexicanos en abril de 1864. Dispone que, si México dejara de pagar los intereses de la deuda, cualquier derecho traspasado por la convención Aldham debe continuar en vigor. (F.O. 97/281, f. 179) [106

Londres, 11 de abril de 1866.—Glynn Miles, por la Sociedad Financiera Internacional, a I. Capel, Esq.: En relación con el nuevo préstamo, negociación que les ha sido conferida en representación del Emperador Maximiliano. (F.O. 91-287, ff. 181-182) [107

Londres, 17 de abril de 1866.—Baring Bros. a E. Hammond: Los tenedores de bonos mexicanos también tienen derecho a percibir el 5 % sobre los impuestos de exportación por los puertos del golfo y el 75 %

sobre los del Pacífico. Campbell Scarlett debe ser instruído al respecto. (F.O. 97/281, ff. 203-204) [108

México, 20 de abril de 1866.—Campbelle Scarlett al ministro de Negocios Extranjeros y Marina Martín del Castillo: El gran descontento que había entre los tenedores de bonos por el incumplimiento de lo convenido con el Emperador en Miramar. Deseo e intenciones del gobierno de México por cumplir ese compromiso, etc. (F.O. 97/281, ff. 227-228, copia) [109

México, 16 de junio de 1866.—Martín del Castillo a Campbell Scarlett: El gobierno del Emperador sigue los trámites para pagar los dividendos de la deuda contraída en Londres, etc. (F.O. 97/281, f. 233, copia en español) [110

México, 24 de agosto de 1866.—Campbell Scarlett al conde Clarendon: La deuda correspondiente a la convención inglesa será cancelada en unos ocho años. (F.O. 97/281, ff. 249-250, No. 123) [111

11 de septiembre de 1866.—A Campbell Scarlett: Las reclamaciones inglesas a México para asegurar el pago de las sumas asignadas por la convención de 26 de junio de 1866 con la reversión de las aduanas. (F.O. 97/281, ff. 247-248, No. 18) [112

México, 16 de noviembre de 1866.—I. N. de Pereda, subsecretario interino de Negocios Extranjeros, a R. T. C. Middleton, Encargado de Negocios: Sobre remisión de 600,000 pesos hecha por barco de 2 de julio de 1866, a cuenta de los dividendos de los tenedores de bonos. (F.O. 97/281, ff. 261-262, copia) [113

31 de diciembre de 1866.—A R. T. C. Middleton: Aprueba su nota enviada a I. N. de Pereda sobre el retraso por el gobierno del Emperador en el pago a los tenedores de bonos. (F.O. 97/281, f. 265, Nº 5) [114

1867

Diario del Imperio, México, 21 de abril de 1867: "Queda solucionado el pago de las libranzas procedentes de las asignaciones de la Convención Inglesa, cuyo endoso estuviera a favor del Sr. Rolland, french collector." Suscriben: Vidaurri, ministro de Hacienda; Glennie, agente de la Convención Inglesa. (Igual comunicación se entregó al agente de España.) (F.O. 97/281, f. 318, impreso) [115

Londres, 24 de mayo de 1867.—Baring Bros. a Hammond: El general Juan N. Almonte, nombrado ministro de México en Inglaterra, pide al Foreign Office el reconocimiento de su cargo. (F.O. 97/281, f. 296) (116

México, 30 de octubre de 1867.—J. Torrea a Glennie: Sobre 130,000 pesos que se hallan en su poder y que el gobierno legítimo del país le prohibe disponer. (F.O. 97/281, f. 360) [117

México, 24 de septiembre de 1867.—Disposición de la Tesorería General de la Nación, dirigida al jefe de Hacienda en Michoacán, P. Izaguirre: Los bonos que, aunque legales, fueran reconocidos por el Impe-

rio, no serán admitidos; y tampoco los creados y emitidos por el gobierno desde 17 de diciembre de 1857 a 1º de enero de 1861, etc. (F.O. 97/281; impreso de *The London Gazette,* 17 de noviembre de 1867) [118

19 de diciembre de 1867.—A Middleton: Aprueban su despacho a Glennie para que ponga una suma de dinero a disposición del gobierno mexicano. (F.O. 97/281, f. 374, No. 69, borrador) [119

[México], 22 de diciembre de 1867.—I. N. de Pereda a Middleton: Aclara que la deuda mexicana contraída en Londres no procede de pacto internacional ni tiene nacionalidad determinada, y por lo tanto queda fuera de los asuntos de ese ministerio. (F.O. 97/281, f. 286, copia en español, confidencial) [120